RAMON H. JURADO

DESERTORES

NOVELA





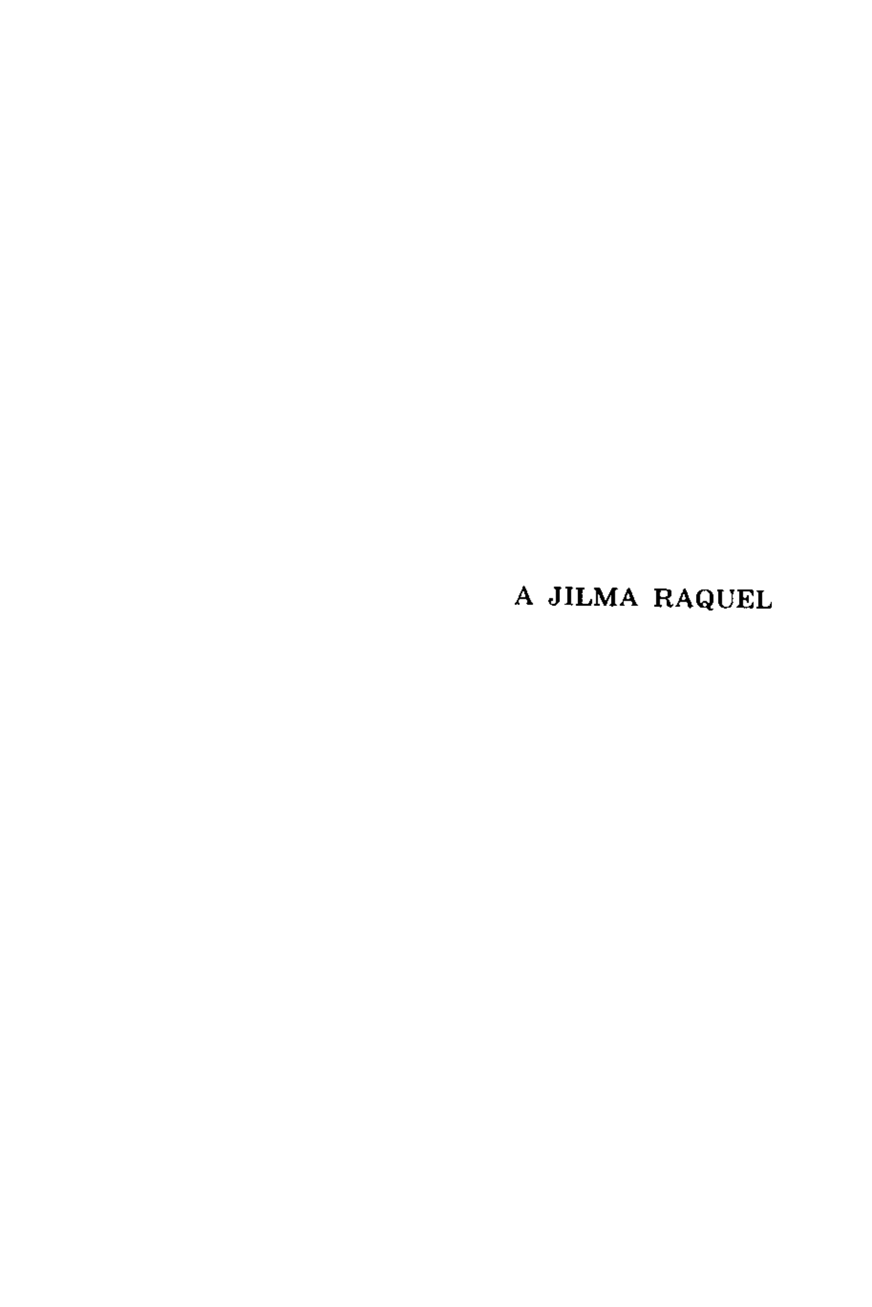
RAMON H. JURADO

DESERTORES

NOVELA



8a. EDICION
PANAMA
1974



A JILMA RAQUEL

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Anochece a mediados de septiembre. Aquí, el tiempo, solo llega los domingos, precisamente a la hora en que la vieja campana de la capilla se desgañita. Entonces pregunta por acontecimientos, por sucesos, pero como siempre le responde el rostro inalterable de las mismas casas —¡nada! ¡nada!— continúa viaje, indiferente al pueblo y sus afanes... Porque aquí la historia es sencilla, humilde: la construcción de la primera casa de quincha; la inauguración de la Cantina y la Tienda de Pedro Concepción; la llegada del Padre Jiménez... ¡Ah! La llegada del Padre Jiménez fue un acontecimiento, porque justamente entonces se empezó la construcción de la Capilla, hubo misas y una que otra rogativa para recordarle a Dios que por ausencia de lluvias los sembríos languidecían.

* * *

Hace poco que la noche entró y el Padre Jiménez abandona la casa cural, luego de cerrar con extremada diligencia la puerta única. Acaricia de paso los cipreses y empieza la travesía de la amplia plaza, camino de la Tienda, a ocupar su puesto en la tertulia. Es alto y delgado. Tiene los pómulos salientes y unos ojos pequeños, muy metidos. Una

frente amplia, escaso pelo gris y barbilla delgada. Los labios van finos, casi una línea imperceptible en la sobriedad del rostro. Viste raída sotana y calza botas.

Perteneció a los cuadros jesuítas destinados a catequizar a Colombia, pero su espíritu, un tanto demolido por todas las peripecias de una vida aventurera —vida de Jesuíta— resolvió quebrar votos y echar raíces para siempre en este campito que se le antojó muy lejos de Dios. Empezó así una nueva vida para el sacerdote. Murieron en él las impulsivas fuerzas que muchas veces lo obligaron a internarse en selvas desconocidas, a cruzar ríos y superar montañas, con la esperanza de descubrir otras ovejas descarriadas. Y un nuevo estado espiritual —el contemplativo— se afianzó de él. Trocó la militancia por la meditación. El Padre Jiménez se dijo muchas veces que al pecado no se le destruía persiguiéndolo, sino más bien descubriendo a Dios en cada hombre, en cada caso. No era cuestión de encontrar al demonio; había que exaltar lo bueno, lo divino que hay en cada criatura.

Desde luego, esta decisión del sacerdote de amarrarse a Capira no era hija de un momento ni mucho menos un gesto irreflexivo. La disciplina un tanto militar de su orden molestaba su condición pacífica. Además, la fuerza, la imposición, empañaban el pensamiento de Cristo. El tenía esa experiencia. Cierto que se ganaban almas acobardadas por el anuncio de castigos inminentes o perseguidas por la descripción del infierno, pero se perdía la fe, es decir, no llegaban hasta la fe. Y esto era, según el entendimiento del Padre Jiménez, desmentir los más altos designios de la religión. Aquí, lleno con la paz profunda de esta tierra, no sentía arrepentimiento alguno por haber roto el sagrado juramento. Ahora empezaba a servir a Dios.

Camino de la tienda, el sacerdote revivía la historia del pueblo. De ese pueblo que era parte de él mismo. Primero fueron unos cuantos ranchos, diseminados caprichosamente, sin otra función que la de servir de refugio temporal a los hombres. Luego, conversando siempre, consiguió alinearlos; robar a la llanura espacio, y hacer esa amplia plaza por la que ahora caminaba. Su mayor triunfo fue la construcción de la capilla. Lo otro, el arribo de hombres que bajaban desde muy lejos para conocer al Padrecito; la decisión de muchos de arraigarse para siempre allí, a su lado; el creciente público para sus sermones dominicales, eran cosas con las que contaba el sacerdote desde el momento mismo en que rompió con la Orden de Loyola. Por eso, camino de la Tienda, el Padre Jiménez pensaba en el pueblo, en sí mismo.

Cierta vez, cuando el ritual de la misa termino y él se disponía a abandonar la iglesia, detúvose ante un feligrés cuya cara reflejaba una profunda angustia. Preguntole cuál era la causa de su aflicción, a lo que el hombre contestó, entre incoherencias y palabras cortadas, con otra pregunta: "si a Dios únicamente se llegaba por la oración". Fijó en él su mirada y luego de meditar por breves instantes, respondió:

—No, tú puedes llegar a Dios por todas las cosas que te rodean.

Mas como el visitante insistiese en la angustiosa expresión, fue más explícito:

—Es decir, si amas a tu tierra, tu casa, tu mujer; si tratas con cariño todas las cosas que tú miras, que han sido hechas por El, estás venerando a Dios, acercándote a El.

Entonces el hombre sonrió haciendo gestos afirmativos con la cabeza. Esta y muchas otras situaciones parecidas vivió el buen sacerdote. Por eso

ahora, llegando a la Tienda, pensaba en el pueblo, en sí mismo.

—Buenas noches Padre —se apresuró a saludar alguien que descansaba sobre un banquillo.

* * *

Integraron el mismo grupo de todas las noches. Casi siempre era el Padre quien llevaba la conversación, mas ahora, Pedro Concepción, viejo andaluz abandonado por la Colonia en esta tierra, alarmista y charlatán, en cuanto hubiéronse sentado, notificó al cura de algo que hacía rato discutía con sus contertulios:

—Mal anda esa cosa, Padre —dijo.

—¿Qué queréis significar, Pedro Concepción?

—La política, Padre —esclareció el español. La capital está revuelta.

—¿Quién te ha informado, Pedro Concepción?

—Yo diría que era un correo. Tocó la tienda en camino a San Carlos. Bajaba de Panamá. Estuvo largo rato hablando y dijo que no andaba bien la cosa. A poco le tocan a usted una corneta y es hora ya que estamos nuevamente en el tira y corre.

—Exageras, Pedro Concepción y la mentira no es cristiana.

El informante contrajo el ceño y movió los hombros con gesto de resignación. El hecho de que alguna vez hubiese contado las noticias con algo de su fantasía; el que en más de una ocasión echara a rodar una verdad supuesta, que luego fue confirmada; y el que otras tantas sus datos quedaran sin confirmarse, no eran razón suficiente para que no se le creyese. Mortificábanle las observaciones del Padre Jiménez. Las sonrisas escépticas que a menudo dejaban su conversación en suspenso, eran cosas que lo perturbaban. Y él tenía sus motivos.

Acontecía que ellos no se daban cuenta de lo que él sí percibía: el pueblo —¿qué estaba diciendo? ¿Pueblo? ¡Bah! Caserío realmente—, el caserío, pues, no podría vivir sin él, es decir, sin sus noticias. Cierto que más de una vez trájole sus dolores de cabeza. Pero qué significaba eso ante el soberbio espectáculo de ver todo un pueblo, ¡qué dice!, caserío, discutir, comentar, desarrollar, esclarecer, interpretar, rebatir, agitar, examinar, ilustrar, explicar, aclarar, acrecentar, perfeccionar la noticia, —¡vamos hombre!, hay que decir la verdad—, esa frase se le ocurrió mientras atendía un pedido de velas. A veces sucedía que en cuanto echaba a rodar una noticia sentábase en el portal y podía, con increíble facilidad, ver la información dar la vuelta a la plaza, huír por el trillo que lleva a la Sierra y retornar a él. Cuestión de opiniones. Pero estaba seguro de que así tonificaba la salud del "caserío". Muchas veces pensó seriamente en la posibilidad de que la población no despertara a la siguiente mañana. Sobre todo, al amanecer de una noche lluviosa, torrencial. Se vive quietamente, hay en todos los ojos tanta tristeza —como si se mirara un punto indescriptible en la lejanía— que él, Pedro Concepción, cree que aquí la gente no quiere vivir. No tiene nervios. Pero el pueblo sí: todos los pueblos tienen nervios. Y ellos, únicamente ellos, dan la vida. De allí la razón de esas noticias de Pedro Concepción: tocar los nervios del pueblo.

—Bueno Padre, quizás aumente un poquito, pero quiera Dios que no me quede corto.

—Los políticos creen atender siempre la voluntad de los demás, que ellos llaman mayoría, pero solamente obedecen a sus propias convicciones —se abstrajo el Padre Jiménez.

Pedro Concepción lo miró atónito. Otro de los presentes asentía sistemáticamente. En eso, llegó

hasta la conversación un galope de caballo que atravesaba la plaza camino de la Tienda. Pronto, frente a ellos una voz gritaba:

—¡Pedro Concepción...!

Frenó violentamente el corcel y sobre el suelo anduvo un claro sonido de espuelas. Ya en el portal, el jinete se quitó el grueso capote que le cubría y fue hasta la prolongación de la solera para colgarlo. Luego regresó a la Tienda.

—Vamos hombre, si es el Teniente. Ni más ni menos que un fantasma encapotado —bromeó Pedro Concepción.

—Afuerita llueve y el viento es frío —explicó el visitante.

Se dirigió al sacerdote:

—¿Cómo se encuentra, Padre?

—Obedeciéndole al Señor, Antonio.

Terminados los saludos, Pedro Concepción preguntó:

—¿Bueno Teniente, cómo están las cosas por allá?

Hubo silencio. El Padre Jiménez se entretuvo en contar los botones de su pechera, costumbre en la que se divertía su extremada paciencia.

—Pedro Concepción, tú siempre buscándole tres pies al gato; las cosas están bien.

No fue la vaguedad de la respuesta; tampoco el que creyera en las fantasmagorías del español. Seguramente fue el tono, un tanto dudoso en la respuesta del Teniente, lo que obligó al Padre Jiménez a preguntar:

—No mienta, Antonio; somos gente de confianza.

—Lo sé Padre, pero es el caso que no veo razón para alarmarse. Asuntos de política nada más.

—¿Otra revolución? —indagó entusiasmado el andaluz.

—No creo. Solo se nos ha dado el alerta; estar

acuartelados para cualquier emergencia.

Cambiando de tema, Antonio se dirigió al sacerdote:

—¿Cómo ve usted la cuestión política?

Jiménez sonrió:

—Yo no soy político, Antonio. Es cuestión que no me interesa.

—Ahora soy yo quien le dice que no mienta, Padre —cortó el militar socarronamente.

—Me adhiero a la opinión del Teniente.

—La política es una necesidad humana. Es factor esencial en las relaciones del hombre. Así la veo y desde este punto de vista me interesa. Creo además en la necesidad que hay de que todo hombre piense y actúe políticamente. Ello anularía la pasión baja y no permitiría las actitudes sospechosas.

—No veo muy claro, Padre —advirtió el español.

Los otros componentes del grupo —hijos del pueblo —asentían frecuentemente sin que al parecer les interesase mucho la conversación.

—¿Se refiere usted a la situación actual? —preguntó el Teniente forzando una respuesta categórica del santo varón.

—No me dirá usted que está muy clara.

—No lo diré, pero creo indiscutible la necesidad de una seria reforma constitucional.

—Yo sostengo el punto contrario, Antonio, pero tratándose de un paso tan trascendental como el que se piensa dar, creo que son precisas ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones, por ejemplo?

—Cierta tranquilidad espiritual; sereno estudio de la situación política; intervención de distintos criterios... etcétera.

—Tiene razón, Padre, pero creo que todo eso se-

rá consultado a su debido tiempo.

—Dios lo escuche —cerró el sacerdote.

Pedro Concepción liberó un gesto nervioso —encogimiento de hombros— y exclamó:

—¿Será bueno café, eh?

El Padre Jiménez y el militar salieron al portal mientras los otros dos parroquianos, de lejanas miradas, de profundo pensamiento a fuerza de meditar sobre lo mismo, apretaban sendas pipas, cuadriculando su silencio con los puntos y apartes de sonoros escupitajos.

En el portal, sobre la frente de unas piedras "vivas" robadas a algún riachuelo cristalino, las espuelas del Teniente dejaban rastros sonoros. A su lado, el Padre Jiménez caminaba pensativo, acariciando los botones de su pechera. Fueron hasta la esquina derecha.

La noche era oscura. Una delgada llovizna aletargaba el caserío y de la Sierra bajaba un viento helado. De la plaza solo llegaba la luz de la cantina y el eco de golpes que daban a una mesa. De tiempo en tiempo resbalaba una maldición profana que se abría bajo las sombras para perderse por cualquier recodo.

Las noches, estas noches campesinas de los pueblos, se adornan de un aire dramático, —meditaba el Padre Jiménez. Hay como un raro dolor en la forma de las casas y los ranchos. En los horcones torcidos de los portales hay un inexplicable temor a erguirse y un deseo de huir... huir. ¿A qué se huye? Los vientos solo son visitantes. No son del caserío. Bajan fugitivos de las montañas rumbo a tierras que se ignoran, y llegan porque el pueblo vive en su camino. Los vientos van, corren, ¿temerosos de qué? ¿Fugitivos de quién? Los hombres van, van lentos, perezosos, llenos de miedo, camino de alguna parte. Solo en el día parecen detenerse.

Pero al llegar la noche, se agachan, arrastrándose miedosos, conservando palabras para una conversación presentida, escondiéndose en los ranchos como si trepasen a un barco sin destinación. Se siente ese transitar involuntario. Las cosas todas van. Caminan hacia Dios. Baja uno de El; camina un trecho corto en que se piensa poder vivir sin su ayuda, mas al poco tiempo se palpa la necesidad, el deseo de subir hasta Dios, y el espíritu, obediente a esas fuerzas vitales, abandona la razón y se orienta hacia El. La vida es un claro eclipse entre Dios y Dios.

Hundido en sus meditaciones, el Padre Jiménez acariciaba los botones de su pechera.

Continuaba cayendo la llovizna y, por momentos, ráfagas de viento frío metían la lluvia hasta el portal.

—Caminemos —pidió el sacerdote y juntos regresaron hacia la otra esquina del portal.

Se aproximaban ya al lugar en donde piafaba el caballo del Teniente, cuando éste, sujetando al Padre por un hombro, le indicó dos bultos acostados en el suelo. Detuviéronse un instante para luego aproximarse con cautela. Seguramente se trataba de dos campesinos que bajaron de la montaña al comenzar el día y que ahora dormían la borrachera poblana antes de retornar a la Sierra. No era la primera vez que tal cosa acontecía. Muchas veces los sermones dominicales se fundamentaron en estos relajamientos que el Padre Jiménez siempre atribuyó a las flaquezas humanas.

—¡Oiga usted! —llamó el Teniente Antonio a los que dormían.

Idéntica sorpresa asomó en los rostros cuando un cuerpo menudo se incorporó, llenos los ojos de miedo, como animal sorprendido.

—¡Santo Dios, si es un niño! —exclamó el sacerdote inclinándose.

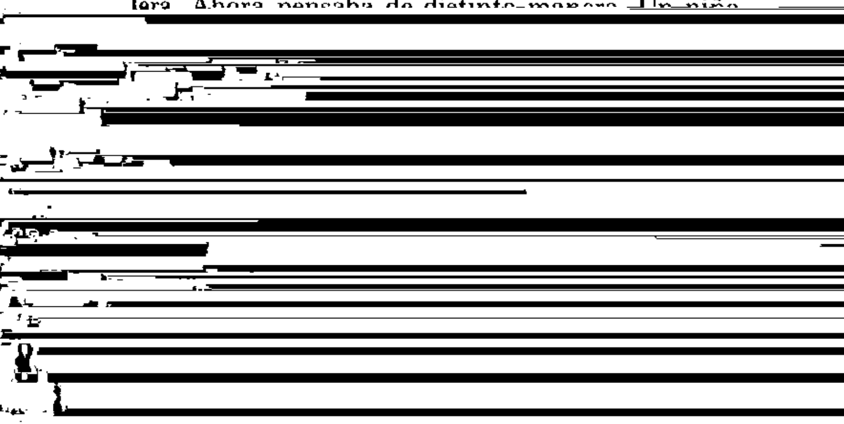
Sonrió el militar cuando el niño, temeroso de los



y eso de estar tendido allí era natural y lógica conclusión de un fin de semana en el pueblo. Desde luego, él aseguraba que esos indios dormidos eran felices.

El Padre Jiménez era de distinto parecer. Sostenía que el indio no encontraba placer en esa borrachera torpe. Unicamente era para su espíritu chato, limado por largas camintas, turbio por la perspectiva idéntica de los mismos paisajes, una rara sensación. Tampoco nueva. Solo el militar no opinó. Estuvo serio, meditabundo. Parecía que el trágico cuadro del portal hurgaba dormidos recuerdos. Quizás pensara en el destino de Estercita. Estercita, su hija, la niña cariñosa, capaz de mitigar esa profunda nostalgia que lo agobiaba desde la muerte de su esposa. Sí, tal vez el militar pensara que la vigilia de un niño es un cuadro tremendo.

Antes, en su agitada vida de militar, en las frecuentes asonadas y revoluciones, tropezó con ese espectáculo repetidas veces; mas entonces, o provocábale risa la expresión del niño, o le movía a cólera. Ahora pensaba de distinta manera. Un niño



* * *

Avanzaban los primeros claros del amanecer y Pedro Concepción tomaba una taza de café mientras contemplaba el profundo sueño de los indios. Borrachera grande debía padecer el viejo campesino para dormir tanto. Tiempo era ya de despertar. El día estaba próximo y el peón caminero debía aprovechar el fresco de la alborada. Bueno sería despertarles. Tal vez la borrachera persistía. Mas no. Era mejor esperar. Sueño de indio es como creciente de río a media noche: sepa Dios qué trae en el fondo.

Se internó Pedro por más café y al regresar sonrió satisfecho: los durmientes del portal se desperezaban. Acercose el español saludando cariñoso.

—Buen día, Lorenzo. Ya las claras te alcanzaron.

—Güen día, señor. Lejos me ha dejado er sueño.

—Pasa adelante. Tengo café para ustedes.

—Dios se lo pague, señor.

Tomando el café, Pedro Concepción dijo que el Padre Jiménez deseaba hablarle. Nada respondió el indio, pero siguiole en silencio, sintiendo a su espalda los menudos pasos del pequeño.

—¡Padre Jiménez! ¡Padre Jiménez!

—¡Voy, Pedro. Ya voy!

Era la hora en que el sol acompañaba a un dicharachero cordón de gallinas al centro de la plaza.

CAPITULO II

—¡Victorianooo! ¡Victorianooo!

De pronto, desde uno de los lados de la capilla, más precisamente, soltándose de la rama baja de un naranjo maduro, partió veloz un niño rumbo a la tienda del español.

—Mande, señor Pedro.

—¿Trepado en el naranjo, eh? —Corre a casa del Padre y dile que las cosas andan mal. Panamá está revuelta.

Emprendió carrera el muchacho, pero a los pocos pasos se detuvo. Volviéndose al tendero, preguntó:

—¿Qué es eso de revuelta, señor?

Hizo el español ademán de lanzarle una piedra y huyó Victoriano a plaza traviesa hacia la habitación del sacerdote. Dueño del portal, Pedro Concepción soltó a reír frenéticamente.

* * *

Dos años habían transcurrido desde la mañana aquella en que el Padre Jiménez pidió al viejo Lorenzo que dejara en la capilla al pequeño Victoriano. Dos años largos en que el buen sacerdote luchó tenazmente contra el ancestro y la selva. Pero la

tenacidad del padre fue ganando terreno a la resistencia del niño. En un comienzo se le vio andar huraño, silencioso, añorando la sierra. No era fácil precisar sus sentimientos. Inútiles resultaban los esfuerzos del sacerdote por ahondar su espíritu. Nada. Solo esa mirada de fuego a la que el sacerdote buscaba traducción. Pasaba horas y horas, las piernas cruzadas, la barbilla sobre la mano derecha, metido en un sombrero tosco hasta las orejas, mirando el camino que llevaba a los montes.

Ibanse los días y todo llevaba a creer que el niño jamás se curaría del dolor de la sierra. ¿Mas, por qué no huía? ¿Acaso no era, pese a sus pocos años, conocedor de los caminos? El viejo Lorenzo lo advirtió: "Padre, no será por mucho tiempo. Yo lo dejo y él se va". ¿Qué lo retenía? ¿Ese sendero que tanto contemplaba, no lo llevaría a su sierra? ¿Entonces, por qué no huir? ¿Por qué no perderse entre las sombras de la noche y al amanecer, como viejo baqueano, orientarse hacia las tierras altas? Saber que Victoriano no quería alejarse consolidó las esperanzas del sacerdote. Victoriano Lorenzo sería cristiano.

Paulatinamente, Jiménez fue aproximando el plato del niño a su mesa. En los primeros días no era posible hacerlo comer. Para conseguirlo fue preciso que la comida quedara en el plato abandonada. Más tarde accedió a entrar a la cocina. Pero al comedor, junto al Padre, pasaron muchos meses antes de que aceptara.

Lo esencial era hacerse su amigo. Conquistar su confianza. Comprometer su cariño. Todo ello fue un tremendo esfuerzo y un nuevo experimento psicológico del Padre Jiménez. Pedro Concepción, tiempos después, se preguntaba cómo fue posible tal suceso. Domesticar la fierecilla resultó duro trabajo. Mas el niño llegó a querer entrañablemente

al sacerdote. Juntos se les veía a los atardeceres transitar los alrededores. En los oficios sacramentales era Victoriano su ayudante mejor. Los domingos, sus ojos no disimulaban el goce de sonar y sonar la vieja campana del templo. Fue uno más que bajó para quedarse.

Ocho meses más tarde —aseguraba el sacerdote— Victoriano leía con tanta rapidez que casi podía decirse que era capaz de estudiar al mismo tiempo.

* * *

Cayeron los días y los años como hojas inútiles de naranjos, en la era cálida en que el norte tenso baja peinando la selva. Habitantes de muchos lugares se establecieron para siempre en el tranquilo pueblo que, poco a poco, se alejó de la vieja estampa campesina para ensayar piruetas urbanas. Y no solo mudaron las cosas. Fue como si los hombres de antaño se hubieran ahogado en esta nueva vida mucho más compleja y nerviosa. Pedro Concepción, obeso, mangajo, escondido en unos mostachos robustos, peligrosamente cerca de la muerte, cuidaba la tienda de siempre, ahuyentada de la plaza por nuevos establecimientos. El Padre Jiménez, a quien solo restaba de entonces la costumbre de acariciarse el pecho, sobrevivía al dolor de sus articulaciones reumáticas. Eran ídolos del viejo tiempo y ya tenían en la memoria del pueblo una hierática importancia.

Era el saldo escaso que restaba de la tertulia de otros años. Porque el asiento del Teniente Antonio Becerra y López, maltrecho y muy cubierto de polvo, rodó en pedazos cuando anunciaron que había muerto a palos en la plaza de San Carlos. Fue lo increíble, lo impresionante. El final de una época,

de un tiempo querido que se parapetaba canoso frente al progreso. Poco después se anunció la muerte de Pedro Concepción y el Padre Jiménez viajó para establecerse en Calobre. Partió solo, íngrimo, pues al momento de alejarse habló enérgicamente al pequeño Victoriano Lorenzo, en el sentido de que debía trasladarse a San Carlos a casa del difunto teniente Becerra y López y cuidar mucho a la huérfana Estercita, pues aunque junto a ella estaba Chefa, la sirvienta, siempre era conveniente la presencia de un hombre en la casa. Dos mujeres solas estaban expuestas a muchos peligros. Así él, Jiménez, podía irse tranquilo a Calobre porque estaba seguro de que Victoriano cuidaría de la hija de su gran amigo, ajusticiado por órdenes del Ejército en la plaza de San Carlos.

Así pues, partió el buen sacerdote a servir a Dios en Calobre y Victoriano Lorenzo tomó camino de San Carlos, a la casa de la niña Estercita.

De la vieja tertulia, solo el asiento del Teniente Antonio Becerra y López se cubrió de polvo canoso. Un día, cansado de ser inútil, cayó deshecho, mientras la ausencia del militar prometía ser definitiva.

* * *

Aquí empiezan la leyenda y el misterio a envolver su vida, porque la vieja casa de Becerra y López estuvo cerrada mucho tiempo. Y la frondosa veranera, el ancho portal lleno de sombras, todo, todo en el viejo caserón se empapaba de un profundo silencio. Sí, allí se escondía una muchacha loca. Aseguraban que también Chefa, la vieja sirvienta, estaba loca. ¿Y el cholo, ese cholo Victoriano, acaso estaba cuerdo? Cuando se le preguntaba algo no contestaba. Siempre andaba silencioso y

con los ojos encendidos comprando cosas para la niña Ester.

Unos decían que en las noches se reunían los tres junto al alero de la cocina y, sin hablar, se pasaban horas y horas, la mujer tendida en una hamaca, mirando al cielo, Chefa fumando tabaco y el cholo Victoriano garabateando una hoja de papel. Pero las puertas jamás se abrían. Sí, esa mujer estaba loca. En todas las comidas pedía un adobo de palomas titubúas que el cholo cazaba diariamente para ella.

Un día las conjeturas del pueblo ganaron fundamento. De Bogotá llegó un señor, a todas luces encopetado, y se llevó consigo a la muchacha. Entonces el cholo Victoriano se fue a la Sierra y solo quedó Chefa en el viejo caserón. Todos, todos aseguraban que el silencio se hizo más espeso.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Tiene el tiempo en la montaña una profunda gravitación. Duele. Pesa. Va estrechando el alma, ahogándola, y muchos hay que desesperan. Desesperan solo de ver las hojas caer, desprevenidamente, como si al filo de un golpe último de hastío se abandonaran agonizantes de melancolía. Y el río, ese río que se conoció siempre, jamás permite descifrar su idéntico gemir sobre las peñas. Veces hay en que se asfixia y, en un intento de superar el acento paralítico de las piedras, monta el límite de las riberas y huye más allá, olvidándose de los hombres y las cosas. Es que en la montaña el tiempo tiene esa desesperante fascinación: los árboles se adelantan rígidos, herméticos, para abrir, luego de correr un tanto de la tierra, el regazo de sus manos corpulentas; las piedras se empapan en la profunda seriedad de la cosa estática; los hombres son inexplicablemente más silenciosos, y todo es el tiempo, ese tiempo de la montaña cargado de una fuerza oscura.

Mas no solo son los montes los enfermos; ellos tienen la gloriosa perspectiva del invierno que se adentra entre canciones de lluvia nueva renovando los colores. También padecen las llanuras ama-

rillentas y desahuciadas, los campos meditabundos y los pueblos; los pueblos, que aunque son hijos de la tierra, resultan ilógicos a la perennidad de la montaña ¡Ah, los pueblos largos y delgados, heridos por caminos en cruz, que agonizan clavados al madero de la tierra dura! ¡Sí! Ellos tienen una vida animal también. Los hay bajos, oscuros, tímidos. Existen los mediocres, de talla comedida, sin exigencias mayores. Los otros son brillantes, prominentes, casi que imprescindibles. Vivir en esos pueblos indefinibles es abandonarse a la mediocridad, a la pastosa medianía. Se tiene la sensación de permanecer en el fondo de un pozo cualquiera mientras que la vida, como un loco vendaval, toca rugiendo la única ventana. Un pueblo así, blanco de arena y polvo era San Carlos cuando Ester regresó de Bogotá. Poco; muy poco, había cambiado durante los largos años pasados en la capital. No podría explicar ahora, esa extraña desesperación por volver, por regresar. Inútiles fueron los consejos de los familiares, las advertencias de los amigos: quería volver a su pueblo, a su tierra, y no supo decir porqué. Tampoco lo podría decir ahora.

* * *

Ester se levantó violentamente y caminó nerviosa por el jardín. ¡Liberal; ella liberal! Entre rosas caminaba y su rostro sereno, juguetón, se teñía con una sonrisa maliciosa. Dentro, Josefa preparaba las luces de la casa. Tras los cerros languidecían los últimos jirones del ocaso. Allá, sobre el mar, una mancha de pájaros marinos dibujaba fantásticos diseños. Venía la noche, la noche de su pueblo, arratrando siempre un cortejo de recuerdos. A su regreso supo del infeliz suceso que llevó

a la cárcel a Victoriano. Era increíble: Victoriano Lorenzo asesino. Pero si fue tan bueno, tan inofensivo, tan servicial como el hermano más solícito. Injusticias... el gobierno no hacía más que injusticias. ¿Acaso no era famoso por sus desafueros ese nefasto Pedro Espejos? ¡Regeneradores...!

Se afianzaban las sombras y Ester transitaba pensativa por los senderos del jardín. Los atardeceres lentos, agónicos, llenábanla de nostalgia. Cuando pensaba en su tierra... en su pueblo... alentaba por momento furtivas esperanzas. Pero siempre sentía el temor de languidecer escondida en un recodo de los montes, como una joya que envejeciera entre el polvo de la calle. Desde que dejara la capital sintió con toda su fuerza el cambio de ritmo en el tiempo. Allá era el convencionalismo, la insensibilidad al detalle cotidiano. Acá, la lenta y profunda gravitación de las horas; la fuerza de los detalles; la progresiva importancia de las cosas insignificantes que van tocando desesperadamente el alma.

* * *

—Niña Ester... ¡Niña Ester! —Avanzó la voz de Chefa desde el interior de la casa.

—¿Qué te acalora, Chefa? ¿Qué sucede?

—Niña —se acercó la mujer, y prosiguió en baja voz— allí está el Teniente. Es la tercera vez en la semana.

Hizo un guiño pícaro con los ojos.

—Chefa, Chefa... En seguida estoy.

—Buenas noches, Teniente Sotomayor. La plaza sin novedad —saludó Ester apenas entró a la sala.

—Buenas noches, señorita Ester. Eso disipa temores. Pero un centinela nunca está de más; las

noches son oscuras —devolvió el militar.

—Tome asiento.

Hubo un silencio corto, embarazoso.

—En estos momentos ese lazo rojo es comprometedor. Y para colmos siempre lo usa.

—Usted le da mucha importancia a la coquetería femenina, mi... Teniente.

Y sonrió con delicadeza la muchacha, acariciando el lazo.

—No lo dudo señorita Ester, pero permítame que le diga que usted no ilustra aquello de la frivolidad de las mujeres.

—¡Ja... ja...! ¿Cómo así, Teniente?

—Su lazo siempre es rojo. ¿No cree que sobran colores tan agradables como el rojo?

—¡Qué perspicacia! El ejército colombiano está lleno de diplomáticos... ja... ja ¿Y qué deduce usted... Teniente?

—Perdóneme señorita, me he explicado mal. Nada pienso. Solo que frente a ese color siento la presencia del enemigo.

—¿Cómo, lo ve en todas partes?

Una ligera confusión corrió por las pupilas del militar. Con un ligero movimiento adelantó el busto hacia la mujer:

—¿Piensa que le tememos?

—Teniente... ¿cómo puede pensar tal cosa...? ¡Ja...! ¡Ja...!

—Ester, nunca sé si usted es amiga o enemiga.

—Ja... ja... —volvió a reír la muchacha, tornando la mirada hacia el rincón en donde pendía el retrato de su padre.

El militar permaneció un momento pensativo. La miraba de manera lejana. Más bién había vuelto los ojos hacia adentro, como si intentara ordenar sus sentimientos. Advertido de lo que hacía apartó bruscamente la vista, desviando el tema.

—Es usted una mujer sorprendente. Yo diría que hay algo de extraño, de misterioso en su persona.

—Es que usted se empeña en hacerme su enemiga...

—No... no es eso... es...

—¿El lazo rojo?

—No... no...

—No le gustan mis ojos...

—No es eso... No es...

—¿Le molesta mi risa...?

—Por favor, señorita.

—Lo...

—Ester, por favor, no continúe; ¿cómo puede hablar así?

El oficial tomó un tiempo para proseguir:

—Me refería a usted misma, Ester. Hay en usted algo que seduce... que convence. Y le advierto que no soy el único que piensa así.

—Vamos Teniente, me hace pensar que es obligación de todo militar el ser galante.

—Usted siempre burlándose, Ester.

—Bueno, Teniente Sotomayor —hablaba la muchacha sonriente— dígame qué es lo que la Oficialidad piensa de mí.

—Oh, no es nada malo. Allá se habla mucho de usted. La visitan tantos...

El militar contuvo la expresión, pues sintieron pasos en la calle próxima que, indudablemente, se dirigían a ellos.

—Buenas noches —dijo un coro de cuatro voces.

—¡Vamos, qué fortuna: el Estado Mayor en mi casa! —chisteó Ester.

Instantes después era un grupo amigo que se miraba indiscretamente.

—¡Chefa! —llamó Ester.

—Sí niña, mande, pues.

—Sírvenos café, por favor, Chefa.

Entre los recién llegados se encontraba un hombre que vestía traje civil. Tenía una expresión serena y sus modales eran francos. Francisco Céspedes Roca se llamaba y, al parecer, lo traían andanzas políticas.

—¿La quiere mucho, eh? —preguntó uno de los visitantes.

—Piense usted que es como mi segunda madre.

—Perdone; señorita; no fue mi deseo despertar recuerdos.

—Descuide; no soy de las que curan el dolor olvidándolo. Así no cicatriza. No creo en la necesidad de huír de los recuerdos. Lo esencial es hacer un amigo de cada pensamiento doloroso, así como se añoran los buenos momentos.

—¡Maravilloso señorita! —observó el civil. Algo parecido expresaba un soneto que oí recitar a Darío hace algún tiempo.

—Es don de poetas decir en forma bella lo que a veces todos intuimos.

—Es cierto.

Chefa se aproximó con el café. Ello hizo más franca la conversación y las voces se enredaron con carcajadas. Uno de los oficiales, levantándose, fue hasta el ángulo en que descansaba el retrato.

—¿Algún pariente?

—Mi padre nada más.

Y para cortar una conversación que seguramente le molestaba, se dirigió al civil:

—¿Hace poco llegó de la capital?

—Para ser exacto, esta misma tarde. Poco antes pasé por Panamá. Estoy en lo que podría llamarse un viaje político.

—Ajá, cierto; estamos próximos a la campaña. ¿Y cómo encuentra la situación?

—Bueno, para serle franco, no está bien. Pero nunca nos hemos hecho ilusiones con este Depar-

tamento. Con su perdón, señorita, el Istmo ha sido siempre reaccionario al progreso; no ha sido consecuente con sus benefactores...

Ester, hembra de violentos sentimientos, de imprecisables reacciones, pudo, mal que bien, sofocar el fuego de sus ojos.

—Pensé que iba a referirse al Estado de Santander; o tal vez al Gran Cauca; pero siendo como es su afirmación desearía que me explicase aquello de reaccionario al progreso y eso relativo a la obediencia al benefactor.

—Lamento haber provocado su enojo; señorita Becerra. Fue sin querer. No hubo mala intención, se lo juro.

—!Qué gracioso! —rio Ester. Si no me enoja, no faltaba más. La política no me interesa. Es tan complicada... tan incomprensible... Eso es cosa de hombres inteligentes... ja... ja...

—Oh,... es usted tan bella como sabia... señorita Ester.

—Vamos, la política disputando la gracia a la milicia.

—Ja... ja... es invencible —declaró un oficial. Ya lo había dicho... ja... ja...

—Cierto; es invencible.

De pronto, bajando desde la calle silenciosa, llegó nostálgica una guitarra. Dulces notas de una vieja canción que provocaba olvidadas resonancias. Luego, en el ámbito de esa noche blanca, se dejó oír el lamento de un trovador vagabundo.

Ester y los visitantes escucharon en silencio. La melodía se alargaba, portadora de viejos motivos inconfesables. No era la luz blanca de esa luna cruel e inconmovible; tampoco era un deseo especial, determinado. Había una extraña vaguedad, un vacío en la noche soledosa que corrían a

llenar antiguas formas adoradas. Sin esfuerzo, se imaginaban los caminos canos, largos, como canales de leche por el vientre de la noche.

—Un amante que ofrece serenatas.

Ester quedó un tanto pensativa y luego, entre pausas, intervino:

—Un trovador que canta a la noche.

—No tiene mala voz —ayudó alguien.

—Acompaña con gusto.

—Ester, un tanto agobiada por la compañía, y con un deseo particular de estar sola, forzó la despedida entre sonrisas:

—Muy tarde es para estar en la calle; pasemos a la sala.

—Cierto; tarde es y mejor nos retiramos —pluralizó el político dando las buenas noches con un breve discurso.

Sola, fue a la cama cuando las luces se silenciaron.

CAPITULO II

Una tarde Ester bordaba en el portal al amparo de las veraneras. Con la aguja dejaba un rastro de trazos artísticos mientras que, en su interior, hilvanaba recuerdos, revivía nostálgicamente trechos del pasado. Era una amena labor. Por momentos sonreía, sonreía con languidez, o por el contrario, deteniendo la acción, clavaba la mirada en un punto cualquiera, abstrayéndose.

En un gesto que repetía a menudo, levantó la tela a la altura de los ojos, los brazos extendidos, para contemplar, así, el progreso en la labor, cuando sintió unos pasos que desde la calle avanzaban hacia el portal. Apartó el paño, pero la veranera nada dejó ver. Segura de que la visitaban, suspendió la tarea, cuando en el portal se detuvo de pronto un hombre pequeño, de fuerte contextura, cubierta la cabeza por un sombrero de paja de largas alas y aguda copa. Los dos miráronse por largos segundos hasta que la muchacha, con una sonrisa ancha, feliz, exclamó:

¡Victoriano!

—¡La niña Ester!

Fue un abrazo emocionado, expresivo, como un intento mutuo por simplificar la tremenda significación del tiempo transcurrido. Ester se despren-

dió de los fuertes brazos del cholo y, alejándose unos pasos, lo miró firmemente.

—Victoriano Lorenzo... Victoriano Lorenzo, quién lo esperaba... Mi cazador de titibúas —decía la muchacha como si hablara consigo misma.

Y en lugar de la figura tosca de este hombre, en el sitio en que estaba su sombrero ridículo y esta corbata de lazo sumamente sufrida, surgió el espectáculo imponente de un coro trágico que contaba... ¡uno...! ¡dos...! ¡tres...! ¡cuatro...! ¡cinco...! ¡seis...! una plaza inmensa... una plaza hostil, y ella muy sola... terriblemente sola... Sí, sí, viene un muchacho que anda por la casa... que no sale... que la cuida, y Chefa toda abrazos... toda mimos... El muchacho llega siempre hasta ella con un collar de palomas muertas, ese muchacho... sí, sí... ese muchacho...

—¡Victoriano Lorenzo! —vuelve a exclamar en alta voz, ante la rígida figura del hombre que la mira con unos ojos firmes, ardientes, y una sonrisa afable.

—La niña Ester es ya una dama. ¡Cómo se va el tiempo!

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Cómo te trataron?

—Ya verá usted; ahora soy un asesino que ha cumplido su pena —dijo Victoriano con acento amargo y como avergonzado.

—Ven, sentémonos. ¿Te acuerdas de Chefa?

—Yo tengo buena memoria, niña Ester.

—¡Chefa! ¡Chefa! —gritó la muchacha soltando los frenos del entusiasmo.

Tras las cortinas asomó el rostro amplio de la campesina.

—¿Mande la niña?

—Trae café para el señor —señalando a Lorenzo— y para mí.

La campesina miró con rigor al hombre y, avanzando de cuerpo entero, gritó con alegría:

—¡Niña, pero si es Lorenzo!

—El mismo —se presentó Lorenzo.

—¿Verdad que no ha cambiado, Chefa?

—Pero si está mesmito.

Lorenzo sonreía, amigo siempre del hermetismo.

—En seguida vuervo; como que taba colándolo —advirtió Chefa mientras ponía cortinas de por medio.

* * *

Esa noche las puertas de la inmensa casa en donde vivía Ester permanecieron cerradas a la calle. En el patio, al final de un alero, se reanimó la vieja escena: en la hamaca Ester; recostado a uno de los horcones, Victoriano sobre un taburete; angular, semejando descansar sobre los tobillos, Chefa en una banqueta. De la cocina, por una ventana superior, salía al espacio el humo delgado de un fogón al rescoldo.

Victoriano Lorenzo habló. Dijo que días antes de la partida de Ester para Bogotá, la voz de su tierra lo reclamaba intolerante. Pero calló su necesidad porque no se resignaba a alejarse y abandonarla, sabedor de su pena. Mas en cuanto la niña Ester hubo partido, ya nada era superior al llamado de sus montes. Tomó camino de la Sierra, arribando justamente cuando su padre agonizaba.

—¿Qué es del Padrecito? —fue lo primero que preguntó el viejo Rosa Lorenzo.

—Quedó en Calobre la última vez. No lo he vuelto a ver.

Tiempo después, tras larga agonía, murió el viejo Rosa Lorenzo. Por herencia legole dos fincas

preciosas bautizadas con los nombres de El Cacao y La Trinidad. Mas hubo otra cosa que también heredó: el prestigio que su padre sentara entre su gente de hombre honrado, laborioso, justo, hasta el extremo de que parecía existir un tácito convenio entre los conmarcanos para aceptarlo como jefe de la comunidad: producto todo esto de largos años de permanente pelea contra una tierra huraña; de escrupulosidad en el uso de los derechos; de atinados juicios en las disputas tribales.

El retorno de Lorenzo significó la aceptación de un cargo que ya tenía en la imaginación de los vecinos. Venía de otras tierras donde alternó con los blancos; sabía otros oficios y se rumoraba que era hombre de conocimientos.

Y fue así como al morir su padre, heredó también un puesto prominente en la comunidad, concedido por la confianza y la simpatía.

Entonces, transcurrió su vida sin alternativas, cuidando las fincas que producían para vivir sin apremios, y de juerga en alguna "junta", cuando se desbrozaba un terreno o se "cargaba" un rancho.

Cierto día recibió Lorenzo notificación de trasladarse a Penonomé, citado por el Alcalde del lugar.

—Lo he llamado, Lorenzo —habló el Alcalde— para una cuestión muy importante.

—A su mandar, señor.

—Es el caso que la Prefectura cree necesario que alguien represente a la autoridad en esas tierras del Cirí y Trinidad, que, si no me equivoco, hace mucho tiempo están sin ley.

—Perdone señor, pero somos buena gente y no necesitamos autoridad.

—No digo lo contrario, Lorenzo, pero nunca sobra un representante de la justicia. Esta Prefectu-

ría, por conocerlo bien, lo distingue al hacerlo a usted Regidor de esos contornos.

—Sepa su excelencia, con el perdón debido, que dicho por usted es cosa de ley y digo esto para decir que bien está lo que su señoría resuelve.

El nuevo cargo en nada alteró la vida comunal. De tiempo en tiempo enviaba el Regidor hasta Penonomé notificación de los progresos que en el ornato del campo se notaban, conseguidos con el pago de fajinas al fisco. Mas, como no hay bien que dure cien años ni humanos que lo consientan, apareció por esas soledades un sujeto de nombre Pedro de Hoyos, de no muy santa cara ni mejores intenciones, altanero y parlanchín, con ánimo de hacer jolgorio, quien permaneció allí una semana, desapareciendo al cabo, tal como llegara, por cualquier camino. Cosa de dos meses más tarde reapareció, en compañía esta vez, preguntando por Victoriano Lorenzo.

Al atardecer de ese día encontrábase Victoriano en casa de José de la Cruz Gil, hermano de Tereso Gil, buenos amigos los dos del Regidor, cuando de pronto vieron llegar a Pedro de Hoyos acompañado por dos vecinos de Capira. A pocos pasos del sitio en que descansaban Victoriano y los otros, detúvose el tal Hoyos —que no por hechos buenos era llamado también Pedro Espejos—, y en tono sonoro preguntó:

—¿Eres tú Victoriano Lorenzo?

—Para lo que se le ofrezca al señor —respondió Lorenzo, abandonando el asiento.

Los hermanos Gil presenciaban silenciosos y lejanos la escena.

—Vengo para que sepas que el Regidor de Cacao, Trinidad y Cirí soy yo, Pedro de Hoyos, por voluntad del Alcalde de Capira, que son estos sitios de su jurisdicción.

El hombre soltó un enorme escupitajo que casi alcanza los pies de Lorenzo, quien, encendidos los ojos, habló pausadamente mordiendo una sonrisa.

—Preciso es que conozca el señor que los sitios de Cacao, La Trinidad y Cirí son territorio del Distrito de Penonomé antes de que yo naciera.

Hoyos, desconociendo la observación que Lorenzo le hiciera, con la altanería frecuentemente usada por la gente de ciudad, replicó:

—He venido a dar conocimiento. Solo hay un Regidor en estas tierras y ese soy yo, Pedro de Hoyos, ¡vive Dios! Y desde este momento, como principio, los impuestos, diezmos y primicias son asuntos que atenderé. Y al que se niegue lo llevaré amarrado a la cárcel de Capira.

Dicho lo anterior, Pedro de Hoyos giró en redondo con sus acompañantes, perdiéndose por el trillo que lo trajera. Lorenzo quedó estático, en sus labios aún la sonrisa, siguiéndoles con la vista. Luego regresó al asiento que abandonara a la llegada de los forasteros.

—¿Ha visto osté, manu Victoriano? —dijo Tereso Gil, solicitando con los ojos una declaración.

—¡Qué talla de cristiano! —manifestó, asombrado, Cruz Gil.

Lorenzo, parco en el hablar, con el ceño recogido, los ojos fijos y lejanos, advirtió:

—Disgustos y calamidades tendremos.

Esa vez Victoriano retornó a su casa con la confianza de haber encontrado la solución al problema. No sabía a ciencia cierta si los sitios de Cacao, Trinidad y Cirí eran jurisdicción del Distrito de Penonomé o si pertenecían a Capira. Se le nombró Regidor y no pensaba renunciar; pero el tal Pedro Espejos tenía desmanes de hombre peligroso y ya habían llegado rumores de sus andanzas, como el que afirmaba que era éste un evadido de

la justicia, de donde resultaba razonable notificar al Alcalde los hechos sucedidos.

Al siguiente día no se alejó a los montes, como era hábito, sino que, lleno de esperanzas, escribió una carta al funcionario, que así decía:

"República de Colombia

Departamento de Panamá

Rejiduría de los Sitios de Trinidad, Cacao y Sirí.

El Cacao, Diciembre 29 de 1890.

Sñr. Prefecto de la Probincia de Coclé.

El suscrito Rejidor de los mencionados sitios, con todo el respeto debido ocurro ante la autoridad de V. en solicitud de protección a los individuos sujetos a mi jurisdicción.

Es el caso, Señor Prefecto, que de tiempo inmemorial los referidos caseríos Trinidad, Cacao y Sirí son parte del Distrito Municipal de Penonomé, gobernados siempre por los Rejidores que nombra el alcalde del aludido Municipio, y pagan sus vecinos, sus impuestos del trabajo personal subsidiario, pecuario, Diezmos y primicias a los recaudadores de Penonomé. Pero ahora, un tal hombre que dice llamarse Pedro de Hoyos, natural de Sincelejo, en el departamento de Bolívar y que de suponer es que no por hechos justos y morales, haya abandonado su familia e internadose avivir entre indios tan ynocentes como Sencillos, asalariado por los recaudadores de impuestos, Diezmos y primicias del Distrito de Capira pretendiendo con Amenazas, y con su carácter de hombre de otros lugares cobrar los impuestos públicos a los vecinos de los Sitios, de la comprensión de este Distrito Municipal.

Vuelvo a llamar la atención de V. de que esos sitios, desde tiempo inmemorial, han conrrespondido y conrresponden a Penonomé y corresponde a V. poner coto a los avusos que pretende ejecutar

el tal Hoyos, pues amenaza que llevará amarrados para la cárcel de Capira a los que no paguen el trabajo subsidiario y demás impuestos en el Distrito de Capira.

Soi del Señor Prefecto
S. S.

Victoriano Lorenzo".

Casi toda la mañana consumió el quejoso en escribir la carta que con toda solicitud envió ese mismo día al señor Prefecto de Penonomé. Tomada tal medida, Victoriano sintiose más confiado, pues creía sinceramente en la razón de su causa. Pedro Hoyos era un aventurero. Relatos conocidos afirmaban que escapó de la prisión en que cumplía condena en su departamento natal y por aquí, en donde la acción de la justicia descansaba en el respeto y temor que la gente buena sentía por los actos del gobierno, evitaba la sanción pública sabe Dios por cuál delito. Sus desmanes de hombre audaz tal vez impresionaran el ánimo de los moradores sencillos, pero él, Victoriano Lorenzo, sabía del proceder del blanco, como también que sobraba en sus venas coraje para hacerse justicia.

Los días se hicieron semanas. Las semanas se dilataron y del Municipio de Penonomé no subía comprobante de que el señor Alcalde estaba en autos de los sucesos, ni de que había tomado medidas para solucionar el conflicto. Sin embargo, en el ánimo de Lorenzo anidaba una confianza absoluta en el poder de la Justicia.

Era el atardecer del sábado 23 de abril de 1891 y victoriano descansaba sobre un taburete apoyado en la vergüenza de una de las puertas del

rancho de Miguel Rodríguez, animando una conversación simple, tal vez reconstruyendo la jornada vencida. Ya el sol languidecía y la sombra poderosa de los cerros se estiraba tal que copas invertidas por los valles. Llegaban del monte cercano frágiles lamentos de animales cobardes o débiles que huyendo a la muerte, trazaban fantásticos caminos. Venía la noche. La noche montaraz, cautivadora, que lanza un viento húmedo, paralizante, como heraldo mudo, a danzar por esas trochas sombrías.

De pronto, por el trillo que llevaba al camino real —camino real de los blancos, allá abajo, a lo lejos, más allá del "guabo Maldito", luego de vadear el "Charco de la Tulivieja", casi junto a la mar distante —vieron venir un grupo presuroso de gente forastera.

Lorenzo y los contertulios, que no eran otros que Miguel Rodríguez y su mujer, cortaron de golpe la conversación haciendo esfuerzo para identificar a los extraños. Pero en el claroscuro del anochecer solo eran sombras que avanzaban.

Se me hace que será el tal Hoyos —aventuró Miguel Rodríguez.

La mujer, con un gruñido sordo, dejó oír:

—Mal ánimo traerá el cristiano.

Lorenzo permaneció inalterable y solo cuando los visitantes se detuvieron a pocos pasos dió señales de vida. Había placidez, tranquilidad, infantil inconsciencia en su expresión.

—¿Tú eres Lorenzo, verdad?

—A su mandar, señores.

Lorenzo reconoció a Pedro Hoyos y diose cuenta cabal de lo que sucedería. No en balde caminó en la tarde para arribar al anochecer. Había en sus gestos son de pelea. Aunque no localizaba el brillo de sus ojos, sabía que no rondaba lejos la tra-

gedia. Y quienes lo escoltaban no eran sus amigos: allí estaba sonriente Pablo Morán, con una larga puya que movía maliciosamente; Concepción Cárdenas, tercerola en mano, listo para disparar; serio peligrosamente, aguardaba José de Jesús Rivera, machete en mano; el mismo Hoyos traía la lustrosa escopeta imprudentemente montada. Sí, Victoriano comprendió que el crimen no era extraño a la intención de los forasteros.

Hoyos habló nuevamente:

—Oye Lorenzo, tú estás acostumbrado a burlarte de la justicia. Te advertí que tus robos del subsidiario debían terminar. ¿Te crees muy hombre, verdad?

Lorenzo permaneció firme, mirándole a la cara y como quien realiza esfuerzos respondió:

—Vea Pedro Hoyos: no trate de insultar en balde. Usted...

—¡Tú engañas a tu gente pero a mí no, Lorenzo. Eres un cholito relamío... ¡Aprésenlo muchachos! —gritó Hoyos ordenando a su escolta.

Victoriano no hizo resistencia, y fue atado.

Miguel y su mujer, atónitos, atontados, miraron al grupo que se alejaba empujando al prisionero.

* * *

Cuatro días más tarde, presa de una furia oscura, confusa, Lorenzo escribía en el tenor siguiente:

"Señor Alcalde del Distrito Capital de la Probincia de Coclé:

Ante Ud. respetuosamente me dirijo: Yo el suscrito Rejidor, de los Sitios Trinidad, Cacao y Sirí, nombrado por su escelencia y juramentado con arreglo a la lei, y desde antes con el antiguo Alcalde señor Eligio Ocaña por quien fui autorisado

al veintiseis de Octubre del año 89 quien también se dirigió al Señor don Jaime Carles recomendándome ante la oficina de esa Alcaldía, a quien yo le espliqué y le dije que si más talde yo no estubiera algún atropello por las autoridades de Capira quien me ofreció el Sñr. Dn. J. C. y el señor alcalde que no, por lo que ofresí prestar mi promesa y firmar la dilijencia para constancia, y de esa hépoca ora e tenido a Pedro Hoyos de enemigo en lo que me á injuriado con muchas imposiciones que no me las a de poder provar que yo no creo que a Ud. no le aiga enviado algunas, y por último llegarse el caso de amarrarme y ponerme en el camino para el M. de Capira con sus dos comisarios y un particular y el delito es por ser yo Rejidor nombrado por la Alcaldía de Penonomé y no e acometido un crimen ni mis vecinos tan poco el ver muerto este sujeto. Respetando mi carácter y a un mismo tiempo por estar mui inorante si estos terrenos corresponden a Capira o es verdad que a Penonomé, pero este individuo se a lisenciado el mismo al tomarme a tenido a su Destino de Rejidor de Capira y se lo pongo en conocimiento para el caso si Ud. se le da poco aprecio con que yo haiga sido amarrado como un criminal y todas las burlas de este hombre que ami me ase y me a echo sean garantisadas y yo me quede sufriendo como impabido Ud. me contestará Señor Alcalde lo que avien tenga y según sus medidas del caso.

Esto me apasado el Sabado fecha veintitrés del presente delante de dos comisionados y cuatro particulares en donde allegado armado de una terserola amontada para dispararme y una punta desenbainada los dos comisarios el uno con una punta y el otro con una escopeta y el particular con una escopeta, y me amarraon por espacio de

dos oras caminando para Capira y me mandó soltar por que yo ofrecí le daría la jente y que no me volvía ameter en articulaciones para que me soltara para tener tiempo de enviarle a Ud. el susedido, espero que esto sea castigado y los comisarios también y sino se berifica esto para yo entonces aser justicia y después que no me persigan.

* * *

El Cacao 28 de abril de 1891.
Dios guarde á Ud. Señor Alcalde.
S.S.S.

Victoriano Lorenzo".

CAPITULO III

Entonces, precisamente entonces, fue aquello, el accidente, la conmoción total, el hecho irrevocable. Como el grito impetuoso, sorpresivo, que se empina en la espesura; el viento atrabiliario que descarna, corta y desaparece —Asaltante noctámbulo— por la brecha abierta de algún desfiladero; o el arponazo traidor de una coral desde la húmeda oquedad de la hoja invertida; el río desquiciado, vengativo, que avanza, avanza cansado de ser tonto y maquinal, segando esperanzas, haciendo la historia olvidadiza de las riberas, depositando al mar o al cauce idéntico de otro más tonto el porvenir estático de una tierra olvidada; o digamos que fue igual al zarpazo del gato insomne desde una rama baja a la espalda desprevenida; o al gesto irrenunciable de un aletear de murciélagos en el firmamento angosto de una madrevieja oculta; también fue como la explosión tránsfuga de la luciérnaga, como el hecho contundente del tronco que rueda ladera abajo, como el vuelo silbante de una flecha entre las ramas, hasta encender el grito agónico del ave en las alturas.

* * *

Esa tarde del Sábado 23 de junio de 1891 ce-

rró violentamente entre gritos de fiesta y alaridos de indios borrachos. Eran los días secos del veranito de San Juan y Justo Rodríguez designó la fecha para el traslado de su trapiche. Fue una "Junta" de amigos y familiares que trabajaron incansablemente toda la jornada, libando abundante chicha fementada, mascando tabaco, entre chanzas y dichos maliciosos.

Cuando el sol aleteaba lánguido sobre la cima más lejana, cortaron la faena y todos, con ánimo festivo, se dirigieron a casa de Justo Rodríguez. Lorenzo, como siempre, era el jefe de la fiesta, tan alegre y locuaz entonces como José de la Cruz Gil, cantor y bailarín incansable; Tereso Gil, hermano y de idénticas características, aunque esta vez, cosa que observó Victoriano, permanecía distraído, quizás meditando; tan alegre como Miguel Rodríguez, siempre animoso para el trabajo, y los otros, Ramón Rodríguez, Baltazar Rodríguez, Tomás Arias, Trinidad Rodríguez y Januarios Agrajé, quienes cantaron y bailaron a su turno, ausente en ellos toda prevención.

—¿Qué te pasa Tereso Gil? —preguntó Lorenzo arrastrando aguardentosas sílabas, casi ininteligibles, por los filos de unos dientes apretados.

Tereso Gil, más moderado, sonriendo para no traicionar el espíritu de fiesta, respondió.

—Sabe, manu Victoriano, argo hay que no entiendo. Una cosa ej er dicho y la verdá otra. Toy sitiendo argo malo. Argo que no güelo, pero que ta mal.

—¿Qué será lo que tiene Tereso Gil, pues? —dijo como para sí Victoriano, sonriendo maliciosamente. A decir verdá yo también espero.

Lorenzo cerró la advertencia con un grito loco, desaforado y, apartando a Justo Rodríguez que bailaba, empezó a danzar como un atrabiliario,

sin ritmo ni designios, una encadenación insana de brincos y gestos. Empujados todos por el entusiasmo del Manu Victoriano soltaron a dar saltos y hacer visajes, organizando un fantástico baile.

Cerca a la casa había unos pocos hombres y mujeres que seguían con cierto contento las peripecias de los danzantes. De pronto llegó hasta el cerco de curiosos el sonido de unos pasos en carrera y desprevenidamente abrieron camino a un hombre que se precipitó hasta la casa de Justo Rodríguez.

Nervioso, profundamente atemorizado, gritaba:

—¡Mano Victoriano, mano Victoriano, viene Pedro Espejos!,

Hubo un instante en que pareció que ninguno alcanzaba a entender lo que el hombre exponía. Mas en seguida, como en quien aflora un recuerdo desagradable, Lorenzo se volvió con dificultad:

—¿Qué es lo que pasa, Sebastián?

—Pedro Espejos viene con cinco capireños, Manu Victoriano.

—Si la ley no es ley, nosotros seremos ley— fue la respuesta.

De la fiesta solo quedó en la habitación Lorenzo, con una escopeta en la mano; a su lado, Justo Rodríguez, con un lustroso machete. Pero fue cosa de instantes, pues casi en seguida regresaron los hermanos Gil, los primos Rodríguez, Tomás Arias y Januarios Agrajé, unos con escopeta, otros con machete; y hubo uno a quien la precipitación solo permitió un cuchillo de caza.

Lentamente, como un precario regimiento de avanzada, los hombres fueron abandonando la casa, en los rostros visible la profunda decisión. Se situaron en un descampado, frente al rancho de Justo Rodríguez. Allí estuvieron algún tiempo, como a la espera de un acontecimiento. De pronto,

se oyeron pasos que subían desde las sombras. Serían las nueve de la noche y horas hacía ya que la montaña debía dormir. Sin embargo, sobre el candil de Justo Rodríguez se avivaba el insomnio de la Trinidad.

Apareció el grupo. Los hombres llegaban sabe Dios con qué designios. Al frente, Pedro Espejos, andarín de mil caminos, salteador de la fe tonta de los ignorantes, resto de alguna banda malhechora disuelta por la mala suerte. Traía desmanes del que absorbió la conciencia.

—¡Lorenzo, indio bronco, vengo por vos! —gritó Pedro Hoyos, descolgando la escopeta que terciaba en el hombro.

Victoriano adelantó dos pasos para responder:

—Tú o yo, Pedro Espejos.

Los brazos de Hoyos se iluminaron con una violenta llamarada y sobre la cabeza de Tereso Gil pasó silbando una descarga. Otro fogonazo partió de manos de Lorenzo y por allá un grito estentóreo:

—¡Policía, policía, degüello, degüello, fuego, fuego, degüello. Ay, ay, me matan, me matan!

Era la voz de Pedro Espejos, herido. Otras descargas sonaron y Hoyos rodó por el camino en que los amigos de Lorenzo perseguían al resto del grupo, montaña abajo.

Luego fue la inconsciencia, el hecho oscuro. Unos hombres que gritan, que acribillan la noche con las bocas de sus fusiles, que danzan en torno al cadáver sangrante. Es una furia loca e incontenible. Pedro de Hoyos es arrastrado con diez y siete machetazos en el pecho, mientras un puñado de gritos borrachos cuelga en la noche como el canto trágico del cocorito.

* * *

Pasaron los días en que apuñalaba una duda terrible. ¿Atrincherarse en la montaña y desafiar la ley de los blancos? ¿Rendirse al imperio de la justicia y confiar en la ecuanimidad de los hombres? ¿Acaso no se había hecho justicia, sencillamente justicia? Pero... ¿qué camino seguir ahora, cuando de la noche oscura solo quedaba una zozobra tremenda, asfixiante? Se puede huír por el monte virgen y perderse tal vez para siempre. También, oponer a la ley la ley de los que fueron siempre indios tan buenos como sencillos.

Pero si la conciencia es solo fuerza en los débiles, también lo puede ser en los valientes. Llevaría hasta los hombres su inquietud y ellos dirían la palabra suprema. Resonaba en su interior, como un canto lejano de campanas, la voz del Padre Jiménez: "Busca en el hombre lo bueno, a Dios; no busques al Demonio".

Una mañana, días más tarde, cuando ya Juan B. Peñalosa, Alcalde de Capira, organizaba cuadrillas para cazar al cholo insurrecto, al filo de las ocho horas del amanecer del 3 de julio de 1891, haciéndose abrir el despacho, Victoriano entregóse a la autoridad del Prefecto de Penonomé.

—La noche del Sábado 23 maté a Pedro Espejos en defensa propia.

* * *

Bien entrada estaba la noche cuando Lorenzo concluyó el relato de su vida, de esa vida suya que pareció dislocarse en cuanto Ester partió hacia Bogotá. Estuvieron un tiempo silenciosos. El viento tenía un ruido especial entre los mangos cercanos y por el suelo se arrastraba la voz angustiada de las hojas secas.

—Mendoza se portó bien conmigo —prosiguió

Lorenzo. Fue mi abogado; hizo todo lo posible por ayudarme. No me quejo. Es un buen hombre. Yo le estoy agradecido.

Mirando fijamente a Ester le preguntó:

—¿Bueno, niña, y de su vida qué fue? Yo creí que no la volvería a ver.

—Si supieras Victoriano. Bogotá fue distinto, algo insospechado. Fue como si de pronto me hubieran abandonado en el centro de una plaza llena de gente. Imagínate lo que aquello significó para mí. No sé ni cómo logré habituarme hasta sentirme bien en aquel ambiente. Tuve profesores. Mis primas se esmeraron en ayudarme, alentándome, enseñándome maneras y costumbres. Mis parientes son personas muy bien relacionadas, de modo que por allí desfilaba diariamente lo más conspicuo de la ciudad. ¡Oh, qué cosas...! Figúrate, Chefa, aquellos señores tan serios, tan respetados, enamorándome y relatando chistes como cualquier hijo de vecino. Pero un día sentí nostalgia de esta casa, que solo allá supe cuánto quería. Ja... ja... la cara de Chefa cuando me vio llegar...

—¡Pero ni qué decirlo! ¡Ta uno entregao por entero, barre que barre y de pronto la mesmita en la vergüenza de la puerta!

—Pienso que mejor se hubiera quedado la niña.

—Explícate, Victoriano. ¿Qué quieres decir?

—No, nada.

Nuevamente el silencio. Por el sur se alejaba el coro de las hojas secas.

TERCERA PARTE

CAPITULO I

—¡Ven... regresa... no huyas... no huyas...!

—¡Eaaa! Antonio... no huyas... retorna... ríndete! ¡Ríndete!

¡Pam...! ¡Pam...!

—¡Asesinos... Criminales...! Huye... huye... escóndete y regresa... ¡Viva el Partido Liberal!

* * *

¡Vive Dios! Está vivo... está vivo... ¡ja ja ja! No, no tiene fiebre. Solo es una cortada sobre la pierna derecha. ¿Dónde está? Lodo... ¡únicamente lodo! ¿Cuál es el camino? ¿Será posible? Señor... ja ja ja... es el camino de la muerte... de la muerte. Ah... el mundo se distancia... el mundo es un canto de cigarras fugitivas.

Voces le despertaron:

—¡Capitán, es inútil. Le atraparemos!

—¡Pam! ¡Pam!

Balas perdidas hacia la copa de todos los árboles. ¡Godos miserables, sanguinarios! Es extraño cómo habita la muerte en todas partes: en los árboles, en el lodo, en la sangre que corre por la pierna.

Si no es el tiempo... ni el alma... es la muerte lo único eterno y trivial.

—¡Pam! ¡Pam! Rabi-cenizo cobarde, ríndase!

¡Cobarde! Cuatro balas quedan en la recámara de la pistola. Jamás pensó que el suicidio fuera tan sencillo, tan intrascendente. Pero es preciso caminar... alejarse. ¡Ah, la pierna!

—¡Capitán! ¡Capitán!

Parece lejana pero está presente la voz. Se arrastra torpemente sobre el fango. No importa hacia dónde camina. Ya la tarde se despide y muy pronto alcanzará la selva virgen. Viene del mar un viento húmedo que tumba las hierbas frías. Se sostiene de lianas y bejucos colgantes; avanza abrazándose a algún árbol con enfermo empeño por disimular los rastros de una fuga desesperada.

Tiempo más tarde, densa oscuridad le señala el regazo de la selva. Por fin, la soledad deseada. Sí, la soledad, con sus extraños habitantes. Cree oír ladridos, y un acento lejano —¡Capitán!— pero al volver espaldas, nada, nada que no sea la claridad en los linderos de la selva. La imaginación. La imaginación vencida por la muerte, allá donde el último llamado se empinó huraño en la maleza.

Franjas de aire que logran vencer el cerco de la montaña aseguran que pronto vendrá la tempestad. Viento marinero con memorias de espumas huyendo hacia la tierra firme. Octubre. Lluvia tras lluvia; truenos y convulsiones hasta que la iracunda Santa Rita descanse. Ya se oye el frenético rugir del tigre ensoberbecido. Un pájaro nervioso chilla sin acomodarse. ¡Quién sabe por qué ramas huye esa trashumante, esa despavorida cuadrilla de monos, los suspicaces, los tremendamente humanos cariblancos! Sobre las hojas muertas y ateridas, se delata el paso de los gatos en busca de

más espesos matorrales. Hay momentos en que gritos indescifrables como arpones lanzados al azar, quedan tensos en el techo amplio de la jungla; quedan esos aullidos horribles como presentes voces cavernarias. A ratos un silbido en la penumbra traza un olvidadizo sendero rumbo a hondas lobregueces: es la vertiginosa cascabel, canto de plata, muerte de bromo. O tal vez —¿por qué no, en el recinto de la muerte?— sea el tránsito de la furtiva, de la subrepticia bocaracá. Mas no hay que confundirlo con ese andar nervioso, desesperante, unas veces fugaz, otras de una lentitud premeditada, de las ratas. Avanzan, chillan sin justificación, y desde la cobija de una hoja disecada, saludan el silencio necesario de la muerte de humilde manera.

Ahora, aquí en el centro o frente al principio inapelable del hombre, siente un inexplicable deseo de gritar, de reír, denunciando el asedio de la especie. Allá afuera los mastines soeces del gobierno solicitan su muerte; aquí la selva anuncia el categórico desenlace. ¿Por qué huye entonces? ¿Por qué todavía, conociendo el final, hay muy adentro una esperanza delgada, una poderosa voluntad de subsistir? Se arrastrará toda la noche, le sostendrán los bejucos, las lianas o los arbustos, pero ha de avanzar. ¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde que no aceche la muerte? ¿Y si esta selva no concluye; si esta tiniebla no fallece; si aquí jamás ha descendido la luz, para qué el intento vano? ¿Cómo llegó al seno de estas sombras, cómo superó la agonía de la muerte en la pierna? Perdona, Señor Todopoderoso, que se inquiera a tus arcanos. Pero no puede, no puede. El galope de la sangre enloquece, esas voces no dan descanso, los chillidos, la presencia viva de las cosas da miedo, espanta y vence, Señor.

CAPITULO II

Tiempo después, un hombre desgreñado, con ojos enfermos, se aproximó rengueante al pueblo. Cuando alcanzaba las primeras casas, se irguió, caminando correctamente algún trecho; al llegar frente a un amplio portal, cubierto por una veranera, cayó al suelo sin conocimiento.

Nunca supo qué tiempo estuvo dormido, ni la memoria le ayudaba. A más de unos intermitentes aguijonazos en la pierna, una total debilidad lo anestesiaba. Se sabía atendido y estaba en una habitación que a todas luces era un aposento de mujer. Pero la luz hacíale traición. No podía precisar imágenes. Un claroscuro, una neblina estática circundaba las cosas. ¿El crepúsculo? ¿Acaso la madrugada? La noche misma era imposible.

De pronto el enfermo distinguió una nueva silueta en la habitación, frente a él. Nada. Solo una sombra más.

—¿Cómo se siente el moribundo? —saludó una voz femenina en tono alegre.

—Perdone, señora, estoy bien, bien. Creo que hoy podré irme.

—¡Ja, ja!, parece usted un niño amonestado.

—Cierto, estoy bien.

Hizo un intento vano por incorporarse.

—Mejor únicamente, capitán.

—¿Me conoce, eh?

—No mucho, pero no tema.

—Gracias. Parece que he dormido todo el día.

—Dos noches y un día nada más, capitán.

—¿Cómo, tánto?

—Estuvo muy mal, temí que muriese en mi casa.

—Cuánta molestia. Jamás podré agradecerle bastante.

—¡No comprometa su cariño, capitán. Pero basta de conversaciones; vamos a curar esa pierna. Chefa, el agua caliente!

* * *

Días más tarde, de la conocida dolencia solo quedaba en el soldado un ligero cojear. Su aspecto era distinto. Vestía ropas de paisano, un viejo sombrero de castor y la barba arreglada con esmero. Más bien alto que bajo, sus rasgos eran vulgares, pero agradables.

—Señorita Ester, esta noche me marcho. Me siento mejor.

—Pero Capitán Bernal, no me diga que no he sabido ser huésped. ¿Mal trato?

—¡Qué ocurrencia! Si me agobia usted de atenciones.

—¿Entonces... por qué tanta precipitud?

El militar la miró fijamente. ¿Era posible? ¿Ella, la encantadora guardiana, le retenía para que le alcanzaran sus perseguidores? Sí, esa era la razón de tantos cuidados. Seguramente habló durante sus horas de fiebre. Mencionaría los nombres de sus compañeros; él, delator. A estas horas vendría una comisión de Panamá a apresarle.

—Gracias. Usted ha sido "muy amable", pero debo irme.

Ester, con gesto violento, abandonó la silla y encarándose con el militar, le preguntó:

—¿Capitán Bernal, por qué huye?

—Me persigue la policía.

—¿Pero, por qué?

—Usted lo sabe.

—Tonterías, capitán. Yo nada sé.

Bernal explicó:

—Fue una tarde. En una esquina del arrabal de Santa Ana discutíamos sobre política un grupo de liberales. Se debatía la pureza de las últimas elecciones del partido para integrar el nuevo Directorio. Nos acaloramos, hubo ofensas y disparos, y aquí tiene usted, pues, en su casa, a un criminal que persigue la justicia.

—¿Está seguro de que mató?

—No; los amigos me aconsejaron huír. No pude darme cabal cuenta.

—Una noticia buena: está vivo.

—¿......................?

—Sí, y ha pedido que no se le castigue.

El capitán la miró ceñudamente hasta gritarle:

—¡Llegue pronto. Desenmascárese. Dígame que estoy arrestado, que ha enviado por guardias, que a estas horas deben estar desembarcando!

—¿De qué habla, capitán? Serénese.

—Pudo ser más franca.

—Quien engaña es usted, capitán. Sé que la Revolución estalló el 20 de Octubre.

—Bien, ya lo sabe. ¿Qué espera?

—Que mejore.

—Al gobierno no le importa mi estado de salud. Yo prefiero morir aquí, en la selva, en donde sea, antes que en los calabozos.

—Pero a mí sí me interesa su salud.

—¿Cebar al cerdo para el sacrificio, eh?

—Si así entiende usted el pelear por las ideas,

apoyar la Revolución.

—¿. . . . .?

—Capitán, no sea ingenuo. A usted se le busca. Para fortuna suya dio con esta casa porque si no, a estas horas estaría en la Prisión de Chiriquí. Han registrado el pueblo, pero han respetado mi recámara.

—Entonces...

—Sí, aquí han estado, como estarán esta noche también. A escasos metros de usted conversábamos, reíamos, bebíamos café. Muchas veces temí una indiscreción suya. Un lamento, una imprecación contra el gobierno, por ejemplo; pero afortunadamente usted durmió como un roble. Solo una noche estuvo usted inquieto. Esa vez los invité a conversar a la luz de la luna.

—¡Comprendo! Señorita, cuando creo conocerla mejor, la conozco menos. Me asombra.

—Quiero que me hable del levantamiento de ustedes.

Quizás lo conozco mal y por ello me parece absurdo, juvenil.

—Anoche, meditando, llegué a dudar. Pero hoy veo que el golpe era inaplazable. La revolución o la bancarrota del partido.

—Yo pienso lo mismo. ¿Pero, triunfará la revolución?

¿Está organizado el movimiento? Si se fracasa, Dios solo sabrá qué va a ser del país en manos de los Regeneradores.

—Tal vez. Aunque no hay dinero ni armas, creo que recibiremos ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién?

—De gobiernos amigos. En el Ecuador acaba de triunfar la revolución del General Eloy Alfaro, liberal íntegro, que se ha comprometido a ayudar

al triunfo del liberalismo en Colombia. Cree que es preciso que en toda América impere el credo liberal. Es un presidente amigo que puede contribuír con mucho a la causa. También en Venezuela acaba de tomar el poder, ayudado por muchos colombianos, el General Cipriano Castro, quien ha ofrecido apoyo material y espiritual al golpe. Y por si esto fuera poco, contamos con la promesa formal del presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya, de que la Revolución Liberal goza de su profunda simpatía.

—Maravilloso. ¡Maravilloso! Y en Panamá, capitán Bernal, ¿cómo está el ánimo?

—Como nunca; pero creo que es imposible por lo pronto organizar una fuerza que se apodere de la plaza. Nosotros teníamos intenciones de preparar el levantamiento de común acuerdo con los otros departamentos. Pero el partido vive malos tiempos —Bernal se contuvo un instante para continuar con el tono más grave que pudo conseguir. En reunión tenida, los jefes don Pablo Arosemena, Carlos A. Mendoza, Buenaventura Correoso, Rafael Aizpuru y don Domingo Díaz, acordaron enviar un emisario al Directorio Nacional del Partido para armonizar los planes. Pero era tarde. El doctor Pablo Emilio Villar, Jefe de la Guerra, había escogido para fecha del levantamiento el 20 de octubre. Nuestros emisarios regresaron el 18 y en dos días era imposible prepararse, máxime cuando el gobierno, conocedor de los proyectos del Liberalismo, estaba vigilante. Ante la sorpresa de todos, el día 20 ocurrieron en la ciudad una serie de arrestos sorpresivos: el General Manuel Antonio Noriega fue apresado junto con otros conocidos liberales. Se buscaba a Temístocles Díaz, Alberto Santodomingo, José Agustín Arango J., Juan R. Mendoza, José C. Urriola y a éste que le conversa,

el humilde Capitán Bernal. Acordamos entonces huír de la ciudad, tomar camino de Venezuela y allá comunicarnos con el General Rafael Uribe Uribe para pelear. El punto de cita era Corozal. Nos escondimos algún tiempo en los viejos campamentos de los trabajadores del Canal, en La Boca. Noches más tarde, tomamos la ruta de San Miguel y Pueblo Nuevo, mas al llegar a aquel lugar nos vimos forzados a un tiroteo con un policía de puesto, incidente que alteró los planes. En Corozal nos aguardaban alrededor de 20 copartidarios y de allí tomamos el camino de Arraiján. Nos daba caza una compañía del Batallón Colombia. De allí bajamos a la ensenada de Bique, donde esperábamos encontrar una embarcación que nos transportara a Coclé. Entonces fue la desbandada. Dos emisarios de la ciudad, don José Agustín Arango y don José Guillermo Lewis, nos ofrecieron amnistía absoluta. Unos creyeron que nuestra causa estaba perdida porque éramos pocos y parte del Batallón Colombia nos daría alcance, así como poderosas fuerzas que el gobierno podría movilizar por mar. Otros, solo cinco, afirmamos que todo ello fue previsto, que nuestra decisión no era ni retozo de niños, ni corazonada romántica; que si dispusimos hacer la Revolución, continuaríamos, ya que en ello poco importaban nuestras vidas. Inútiles fueron los argumentos con que los señores conservadores y nuestros compañeros pretendieron convencernos. Ese atardecer, ellos embarcaron de regreso y al anochecer iniciamos la marcha. ¿Hacia dónde caminábamos? ¿Qué esperanza podía alentarnos? ¿No era un suicidio vulgar, intrascendente, un torpe holocausto a la Revolución? Avanzamos una milla. Alguien entonaba en baja voz un canto conocido. Los ruidos de la selva menudeaban y muy

distantes, tal vez en la mar, retumbaban truenos. De pronto escuchamos una orden:

—¡Alto quién vive!

—Nos lanzamos al unísono a la hierba y de nuestro grupo partió el primer disparo. Después, fue el caos. La lucha brutal. Fogonazos por todas partes. Insultos, reclamos, quejas amargas y gritos agonizantes. Sentí un ardor profundo en la pierna y caí cuando corría a atrincherarme tras un árbol. Luego, sé que me arrastraba, que las balas huían a mi alrededor, que me llamaban. Nada más hasta la conversación con usted, ayer en la mañana. ¿Qué fue de ellos? ¿Murieron? ¿Están presos? Pasará mucho tiempo antes que lo sepa...

mente se han evadido muchos jóvenes liberales y el gobierno. vigila todas las vías de escape. El ferrocarrril está controlado y las embarcaciones costeras son registradas por las lanchas conservadoras que cuidan el Golfo.

—¡Algo hay que pueda hacer! —exclamó, molesto, el capitán Bernal.

—¡Yo creo tener una solución... Son ellos capitán, son ellos...! —advirtió, con cierta angustia, Ester.

—¿Quiénes; qué sucede; qué pasa, señorita?

—¿No oye esos pasos... esa risa? ¡Levántese! ¡Escóndase en mi recámara!

—Con un rápido cojear, Bernal alcanzó el aposento. Las voces saludaban.

CAPITULO III

Fue bien entrada la noche. Aún languidecían por la calle las risotadas de los militares cuando Ester, golpeando la puerta con los dedos, susurró:

—Capitán Bernal, despierte.

Sonriente, el revolucionario replicó:

—Como si fuera posible dormir sobre las brasas.

—La revolución se extiende. No la pueden sofocar. El Cauca y Santander están firmes.

—Debo irme. Es preciso trasladarme al Ecuador; un minuto más y me trastorno en esta pasividad.

—Señor Bernal —dijo Ester— ciertamente que a veces me da miedo y no sé qué va a ser de mí misma; pero me parece que se debe esperar. Ver cómo siguen las cosas. Hay noticias de que se piensa invadir a Panamá muy pronto.

Bernal la miró fijamente, mientras contenía una tímida sonrisa. Ella le hablaba con la certidumbre de que él la obedecería. ¿Por qué? ¿Acaso porque lo sabía militar? No era probable. Había en esa mujer algo cautivante; algo que la imponía. Y hablaba con tanta confianza que parecía torpe desobedecerla. Acosábanle por momentos deseos de gritarle: "¡Me iré al Cauca, a Santander, al Ecuador, a donde quiera que la Revolución arda y usted no me detendrá! ¡No soy un cobarde para huír, quiero pelear!".

—¿Qué propone, Ester? No esperará que viva mis últimos días en su recámara.

—Es usted ridículo como chistoso, capitán. Y sepa de una vez que si he dado albergue a usted es porque llevo en mi alma enseñanzas cristianas y porque soy liberal.

—No he supuesto nada distinto, señorita.

—Capitán, es una conversación innecesaria. Le diré que había pensado una solución para usted y, si le parece bien, acéptela. Si no, en el mundo aún sobran caminos desconocidos. Vive —prosiguió— cerca de aquí, en un sitio llamado la Trinidad, un buen amigo mío. Irá allá hasta nuevo aviso. Estoy segura de que le atenderán bien.

—¿Cuándo debo partir?

—En la madrugada. Viajará con la luna.

Sin esperar respuesta alguna del militar, llamó:

—¡Chefa! ¡Chefa!

—Um... —se oyó un gruñido.

—Levántate Chefa.

—¿Qué querrá la niña? Santo Dios, nunca le ha de fartar una cosa.

Segundos después apareció desperezándose toda y sacudiendo las enaguas.

—Mande pues.

—¡Chefa, anda a casa de Angel Coronado y dile que necesito un caballo urgentemente. Que también lo necesito a él esta madrugada al despuntar la luna. Anda, no demores y procura que nadie se entere. ¡Anda!

Esa madrugada, la luna y dos jinetes andaban.

CAPITULO IV

Lo inevitable fue. ¿Quién hubiera sido capaz de descifrar la voz sin matices de la brisa tonta que corre precisamente a la hora de morir el sol? Dicho mejor —hasta donde la razón comprende y analiza—, ¿quién hubiera presentido la muerte en ese cielo claro, límpido, sin manchas ni presagios? ¡Nadie! ¡Humanamente, nadie! ¿Cómo suponerlo si en los comienzos solo tuvo condición de viento a la hora en que los pastizales tostados se tumban anhelantes? Pero llegó la noche y entonces fueron ráfagas estrambóticas, locarias, que daban tumbos, imprecaciones y gemidos en las sombras. Más tarde, volteada la medianoche, la calma. La tensión inaudita; el páramo excitante, el silencio profundo, las venas muertas, la hoja cadavérica. ¡Nada! ¡A esa hora nada! Y baja el hilo de la madrugada anunciando la rígida forma de la muerte. El mundo es una sábana yerta, donde no se transita, ni se muere. Tampoco se agoniza. Pero pronto la tierra se oblonga, se empina por el oeste, la muerte palidece en los cielos y empieza la desesperación. Salen desde un sitio cercano los vientos locos, el huracán inevitable. Y huye el polvo, y galopan los caballos desbocados poblando la madrugada de berridos; los vegetales impotentes sueltan sus hojas, que se lanzan

por todos los caminos en asustada caravana. Los llanos y las lomas tiritan con un temblor que no es malaria, ni es frío de madrugada, sino miedo, miedo a la muerte, temor a los vientos, al vendaval, pánico a seguir viviendo sin saber que se vive. Y todo es un ulular impresionante; la algarabía estentórea de la cabellera suelta, desgreñada. Y es legal en la penumbra el abrazo prohibido del árbol que arruina al otro árbol; de la palma poderosa que asfixia el retoño atónito; de la yegua que huye olvidando que ahogó en la estampida al potrillo desesperado que no alcanzaba la tranquera. Y todo es eso: la muerte, la desolación, el bárbaro holocausto de la especie, el mundo comprometiendo la continuidad biológica.

Así nace el huracán, y así, también, llegó la Revolución. Vino desde lejos. Tal vez arribara en las lonas de un velero que se vio allá, al filo oscuro del Farallón, la melena blanca al viento, correr jadeante hacia Chiriquí.

¡Santander! ¡El Cauca! ¡El Magdalena! El viejo toque del clarín corre los campos y se llenan las trochas salvajes de marchas forzadas. Ora la herida clandestina, la aventura montaraz, el encuentro del pelotón amigo. Los balcones, las aceras, las ciudades, madrugan rojas o amanecen azules. En los bajos de los ríos, en las vertientes escondidas, en la cúspide de un monte descubierto, restalla el insomnio de las fogatas. Y por los trillos carreteros huye el polvo con el eco de las canciones del pueblo, arrastrando palabrotas adustas y maldiciones plebeyas.

Es la Revolución que enciende pajonales sobre rastros de sangre; asalta la modorra de los caminos olvidados; mastica azufre y espinas por las trochas verdes todavía.

¡Guerra! ¡Guerra! Mujeres... niños... los hombres

también se pierden en loca carrera por los montes. ¡Guerra! Y son los gemidos del ganado que el pelotón lleva —asalto y robo— al resplandor del vivac. Ora la jinetada ebria que llena de cascos un callejón; ora el disparo solitario, artero, que satisface una venganza. Ya el párvulo sudoroso, alegre, presumido, orgulloso del color de su bandera; o el viejo decrépito, enfermizo, la barba llena de polvo, los zapatos rotos, que habla de amor a la patria y de dignidad nacional.

Una noche, la agonía prolongada del amigo en el regazo de un árbol. Un día, cuatro bandoleros que asaltan el poblado y se pierden por los trillos de la montaña, llenas las manos de ron. ¡Pasiones! ¡Orgullo! Temores. Hambre. Esperanza. Agonía. Dolor. Muerte. ¡Ya estalla Bochalema y Cúcuta¡ Bucaramanga ofrece la muerte. Peralonso sabe del triunfo y es todo promesas entre el humo, tibio aún, de los cartuchos vacíos, Luego es Palonegro, la noche primera, en que el hambre y el cansancio imponen la tregua a miles de hombres que se agotaron en largos días de batalla.

Sí, tan rauda como los huracanes que nacen muy cerca, llegó la Revolución. Cierto es que no fue una total sorpresa: ya Lorenzo presentía la guerra desde las noches marinas en las Bóvedas, cuando la guardia comentaba sus temores de una nueva guerra civil, sin parar mientes en los oídos atentos del menudo presidiario, silencioso, de torpe talla, mirando siempre con ojos afiebrados. Algo como la guerra comprendió Victoriano cuando al amanecer llegaron al poblado los jinetes fugitivos. El baqueano poco dijo. Se refirió puramente a la Niña Ester y fue el mismo Capitán Bernal, entregándole una carta, quien hizo más clara la situación. El, Lorenzo, hizo muchas preguntas. Le interesaba la suerte de algu-

nos amigos de Panamá, liberales por tradición. Pero entonces, la brisa era suave, era una tonta nubecilla detenida sobre el cielo de La Trinidad y ¿quién iba a pensar que más tarde él, Victoriano Lorenzo, el último hijo de los cholos, regidor primero de esos contornos, y luego huésped de la húmeda Prisión de Chiriquí, iba a vivir la tremenda pasión de la Guerra Civil, la incontenible vorágine de los Mil Días?

Pero entonces, solo se limitó a decir:

—Bienvenido, capitán. Un amigo de la niña Ester es amigo de mi casa.

CAPITULO V

Pasaron los días. Lorenzo desarrollaba su vida de siempre. Las más de las veces se enfrascaba con el militar en largas conversaciones —casi siempre a los atardeceres— que terminaban bien entrada la noche. Pero día a día aumentaba la inquietud, la desesperación del Capitán Bernal. Una idea fija lo atormentaba: la Guerra. Ir a la pelea. Había momentos en que, luego de estar largo tiempo meditabundo, explotaba, llevándose las manos a la cabeza:

—¡Tengo que irme! ¡No es posible! ¡Esta calma me vuelve loco!

En veces distintas, apartándose un poco del caserío, quedaba con los ojos puestos en el mar distante, buscando acaso una señal, o forzando algún signo cabalístico. Pero la guerra estaba lejos y el tiempo bajaba desde la montaña al valle. La forma de las cosas era inalterable y la vida conservaba la campesina condición de los árboles, de la piedra muda, del torrente que maldice.

En la mañana de un domingo, todos en el caserío escucharon el galope de dos corceles que subían. Pronto saluaron con asombro a una bella amazona que, seguida del baqueano, llegó hasta la casa del regidor Lorenzo.

—¡Pero si es la niña Ester! —saludó Victoriano.

—¿Cómo, por acá, señorita Becerra?

—Aunque los infieles duden —amonestó Ester, deslizándose desde la montura sin esperar apoyo alguno.

Lorenzo invitó y pasaron al patio de la casa, hasta unos taburetes. Hubo café y tortillas; risas y reproches; confianza y optimismo. La ansiedad del Capitán Bernal se volcó en preguntas en torno a la revolución, su proceso, el estado de los ejércitos; en fin, agotó con interrogaciones. Y Ester tuvo noticias para todos.

Es que ella tenía una inexplicable facilidad para informarse. Bien, no era Ester solamente. Era algo extraño: se conocía con el nombre de "Bolas Brujas". ¿Cómo es que con pésimas vías de comunicación, sin un contacto directo con el lugar de los acontecimientos, sin que pudiera decirse que era asunto de marineros —pues escasas veces al mes tocaba un barco esos parajes—, cómo es, surge la pregunta, que en condiciones tales, de uno a otro confín del Departamento se tuviera idea de los sucesos? No busquemos explicación. Era así.

Pero el caso de Ester intrigaba, pues sus informes gozaban de más precisión, inspiraban confianza hasta el extremo de parecer órdenes de ineludible acato.

—Han retirado la guarnición —dijo. Ni quién guarde el orden. Según parece, la guerra en Santander está indecisa. ¡Oh, Dios mío, que la revolución triunfe! ¡Qué tiempos, Dios mío!

—¿Que han retirado la guarnición? —preguntó Bernal.

—Sí. Anteayer se embarcaron en la "Boyacá". ¡Qué descanso! El pueblo está tranquilo y por las tardes camino hasta la playa y sueño frente al mar, el mar sereno, limpio de la presencia de esos soldadotes tontos, engreídos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué, si ellos deben vigilar las salidas y las entradas? —preguntaba el militar.

—Temen una invasión a Panamá. Se rumora que en Nicaragua se prepara una expedición para invadir el Istmo. También se dice que es posible que las fuerzas que pelean en el sur, en Tumaco, y los asilados en el Ecuador, intenten la invasión. Parece que apresaron un barco del Gobierno.

—¿En Nicaragua? ¿Quiénes están en Nicaragua?

—Pues el General Uribe. ¿Recuerda que en el 98 pasó por Panamá? Desde entonces prepara la Revolución. También está Belisario Porras; en Panamá se habla mucho de él. Según parece, el presidente de Nicaragua o el de Guatemala, apoyan la Revolución.

—¿Pero cuándo, cuándo será?

—Paciencia, militar. No siempre gana la guerra quien más se mueve. Ya tendrá tiempo bastande para pelear —y reía como niña, lanzando latigazos a las gallinas que se acercaban.

Lorenzo seguía, silencioso y lejano, la conversación. Se hubiera dicho que no le interesaba. Tal vez no le interesara realmente. Quizás pensara que eran cosas de un mundo distinto al suyo.

CAPITULO VI

A medida que pasaban los días, una creciente nerviosidad socavaba la ciudad de Panamá. ¡La invasión! Vendrían muchos hombres; poseían armamento numeroso y moderno. ¡Quién sabe si ya estaban en la Bahía! ¡El día menos pensado, un amanecer cualquiera, despertarían la ciudad los cañonazos del Ejército Liberal!

Empezaron los arrestos sorpresivos; las asonadas. Las rondas nocturnas perseguían y buscaban conspiradores. Tiroteos nerviosos en las horas altas de la noche. Temor. La correspondencia era profanada. El espía llegaba hasta la alcoba y a los comedores de familia. Liberales. Conservadores. Ravacholistas. Godos.

Un bando que avanza a golpe de marcha; sube por una calle silenciosa, trepa un portal; toca fuertemente a una puerta:

—¡Dése preso!

—Pero...

—¡Dése preso!

—¡Viva el Partido Liberal!

De nuevo los pasos que dejan el portal, bajan por la calle silenciosa, a golpe de marcha, hasta la Prisión de Chiriquí, entre barreras de miradas ansiosas.

En el interior del país no se tenía conciencia de la guerra. Las noticias que traían los comerciantes eran asunto de tertulia y nada más. Porque para todos era un problema lejano, ajeno a su mundo diario. También Victoriano Lorenzo conservaba su tranquila vida de campesino y poco hacía por mitigar la desesperación del Capitán Bernal. Aun el mismo militar se plegaba ya al embrujo del ambiente. Libre el interior de la presencia de los soldados del gobierno, Bernal visitaba con frecuencia la casa de los Becerra y López. Muchos atardeceres sorprendieron a Ester y Antonio sobre la playa blanca, contemplando el Farallón entre las olas, lleno de sol y de misterio.

Se consumía el tiempo conversando en torno a tazas de café; chisteando a la hora del almuerzo; comentando con algún liberal la última "Bola", cabalgando por las cercanías del pueblo; en fin, mientras la guerra civil progresaba afuera, Ester y Antonio Bernal hallaban en las cosas un encanto común. Ella sentía una necesidad distinta, un deseo desconocido, algo que era miedo y risa a un tiempo mismo. ¿Acaso resultaba ahora muy grande el viejo caserón de los Becerra y López? Hay momentos en que las cosas conspiran contra uno. Como si perdieran su acento conocido y reclamaran algo que nunca ha sido nuestro.

Bernal advertía que la presencia de Ester lo desarmaba. Es decir, él aseguraba que era Ester. Lo cierto es que ahora, en medio de la naturaleza, en una tierra en que la bondad campesina tenía destellos de candidez infantil, dudaba que la guerra fuera argumento irrefutable. Aunque muchas veces había creído irrebatible el pensamiento del Mariscal de Campo conde Moltke, ahora se le antojaba una trágica falacia: "La paz perpetua es un sueño; nada más que un hermoso sueño" —repe-

tía el viejo Junker. "La guerra es un elemento de orden en el mundo establecido por Dios. En ella se desarrollan las virtudes más nobles: el valor y la abnegación, la fidelidad al deber y el espíritu de sacrificio; el soldado da su vida. Sin la guerra, el mundo se apoltronaría y se perdería en el materialismo...".

Antes, en las aulas militares o en los cafés donde se alentaba siempre una tertulia bélica, no pudo detenerse a analizar ese postulado de muerte. Quizás nadie lo meditó bastante. Era una de esas verdades universales contra las que resulta barata toda argumentación. Pero ahora sabía que nada tenía de universal ni de irrefutable. Claro está que frente a la geografía mortal de unos mapas estratégicos; en la miseria espiritual de una guarnición, o en el vivac que transpira pólvora, permanecerá eternamente incólume. Mas aquí, entre estos hombres que son hijos de Dios y no lo saben, dudar de aquella verdad, es natural. ¿No es la guerra el elemento del orden. Es el hombre mismo. Por ventura hay caos en esta comarca elemental, donde todos desenvuelven una existencia feliz, sin fatigas ni sobresaltos, viviendo de la tierra, donde el orden es sustancia vital, porque el caos es la miseria; donde los predios son de todos y de uno; donde la fuerza social es la necesidad de un hombre, de un niño o una anciana moribunda; donde el respeto es cariño y confianza; donde el odio es heraldo de la muerte? Aquí, en medio de estas primitivas condiciones, la inteligencia del Mariscal de Campo conde de Moltke es falaz, es criminal, es cómica. ¿Cuántas guerras ha tolerado su patria? ¿A cuántas carnicerías sociales ha llevado ese principio de fe mortal? ¿Cuál es el saldo? ¿Dónde están la felicidad y el orden alcanzado? Un saldo rojo; un camino vacío que es

una trinchera en el corazón de Colombia llena de lamentos, de voces como cirios ardientes que piden sangre... sangre... sangre. ¡Oh, no! la guerra nunca es conclusión. La guerra es principio. Una muerte reclama muchas más. El mejor hombre es el carnicero mayor. No es valor, ni abnegación, ni espíritu de sacrificio, ni honor lo que el hombre revela; todos esos son adjetivos con que se disfraza el Caín que transportamos. Es la bestia fratricida, el cavernario, lo que la guerra ensalza y condecora. Es el hombre el único animal que bebe a sorbos y con sevicia la sangre del hermano. Ha visto hombres sencillos, de mirada triste, caminar serenos al fusilamiento. ¿Por qué? Nunca lo supieron. ¿Para qué? Para traer el orden. ¿Pero Señor, acaso vendrá el orden o la felicidad con el suicidio del último hombre sobre la tierra? Ha visto campesinos arrancados a sus campos, sosteniendo todavía con desesperación el machete con que limpiaban el sembrío, llegar al campamento. ¿Qué hay en este soldado de ahora del cholo bueno de ayer? Sangre en el pecho; odio en la mirada; ansias de matar, robar, saquear, ansias de morir. ¿Y es este cavernario desnudo el portador del hombre? No, no es, no puede ser la guerra elemento de paz y de progreso.

Eran nuevos, en verdad estos pensamientos. Pero no era menos cierto que una nueva vida lo abordaba. La paz, la sencillez, la bondad. Y Ester. Sí, Ester. La necesitaba, le hacía falta. Era la parte del mundo que no conocía y que ahora llegaba, en medio de la guerra, como negación de su mundo, para hablarle asuntos de un futuro mejor.

Nada hay tan mortificante como las zozobras interiores. Y nada tan definitivo en la existencia de un hombre como el cambio de la conciencia.

No es que sea algo convulsivo, detonante, violento. Así sería más sencillo. Lo agónico es el proceso; la duda. La sorpresa de ver que ciertas cosas pierden el encanto; el dolor de ser insensibles a algo que ayer nos apasionaba; el descubrir vida, felicidad, belleza, en sucesos que hasta hace poco nos movían a cólera o desprecio. El proceso de perder una conciencia, la búsqueda de una nueva, es lo tremendo, lo doloroso.

No es que el Capitán Bernal hubiese perdido la conciencia. Sucedía que últimamente, fruto de esos pensamientos nuevos y distintos, la desconfianza lo asechaba. Pero, ¿por qué desconfiaba el Capitán Antonio Bernal? No lo sabía. Día a día temía más y más a la soledad; tenía miedo de pensar, de pensar cosas nuevas y extrañas. De allí que necesitase la presencia de Ester, que agonizara sin su compañía.

Y juntos los vieron siempre llenar de rastros y de risas los caminos de San Carlos.

* * *

Cierto día de diciembre, la tarde los sorprendió en la playa. Era un triste crepúsculo de invierno. El cielo estaba gris y nubes azulosas se tendían sobre el mar. Las aguas, lilas o morenas, en su quietud tenían algo de misterio, de peligro. Entre el horizonte marino y los arenales tibios, se levantaba allá, lejana, la silueta oscura del Farallón. Algo sombrío, fantasmagórico, envolvía la enorme mole de piedra oscura sobre el mar.

—¿Ester, alguna vez has ido al Farallón?

—No. Recuerdo que, siendo muy niña, mi padre me habló de él. Quiso llevarme, pero no sé qué sucedió; no fuimos. Luego, a mi regreso de Bogotá, tuve siempre la idea de ir, porque pienso

que debe ser fascinador. En verdad, ha sido descuido mío.

—Debe ser interesante.

—Me da un poco de miedo.

—Tiene algo extraño.

—Muchas personas han ido. Los pescadores a menudo lo tocan. Está lleno de cuevas y el mar entra por muchas de ellas. Dicen que está siempre lleno de voces y sonidos.

—Las noches allí deben ser impresionantes. Me gustaría visitarlo.

—¿Dios mío, de noche, Antonio? —exclamó asombrada Ester. Eso no. ¡Qué miedo, santo Dios! ¿No sabes que ciertas noches se ven allí luces raras? Suben hasta la cúspide del Farallón y giran en torno a él, iluminando intensamente las aguas. La gente dice que es lugar maldito. Se me eriza la piel, Antonio, con solo pensarlo,

—Cosas de niños. Ester. Un día iremos allá y verás que nada de eso existe.

Las azulosas nubes dejaban el horizonte cuando volvieron hacia la tierra. Del crepúsculo no quedó más que el alarido de unos loros olvidados y los relinchos de un corcel lejano. Las sombras espesaban. Un relámpago se enterró en el horizonte marino y el Farallón tuvo un extraño resplandor.

—Es de noche, Antonio; viene el temporal.

Juntos corrieron por los arenales tibios hacia el poblado. Allá, en el mar, el Farallón estaba lleno de oscuras resonancias.

CAPITULO VII

Corre el mes de marzo del año novecientos.

En una casa de Managua, hasta hace poco vulgar y tonta, hay agitación y fiebre. Hombres presurosos entran y salen. Adustos caballeros, algunos; del pueblo, mal vestidos y flacos, otros; muchachos curiosos y gritones también. Es un colmenar en jornada: murmullo en tono alto; corrillos que discuten; carreras y pasos largos, nerviosos.

De pronto un ordenanza entra. Regresa, luego, en compañía de un hombre de mediana estatura, más bien delgado, de mostachos todavía cortos, y se pierden camino del Palacio Presidencial.

* * *

Una conversación:

—"¿Dicen que usted ha fijado el día de mañana para la partida?".

—"Sí señor Presidente, mañana".

—"Pues sepa usted que si no sale hoy daré contraorden a lo que se ha dispuesto y no se hará ninguna expedición".

—"Está bien, Excelencia, en el dilema ineludible en que nos pone usted, no podré optar por la negativa porque no son asuntos personales míos;

usted se servirá decirme a qué hora debo hallarme en el muelle".

—"El embarque será a las cuatro de la tarde aquí, y de Corinto mañana en la mañana".

—"Entendido, señor Presidente, y sea esta la ocasión para despedirme de usted".

Hubo un estrechón de manos en silencio.

* * *

El caballero de mostachos delicados retorna con el rostro cargado de temores: es Belisario Porras, abogado panameño sin carrera, exilado político que prepara una invasión a su patria. Las órdenes del Presidente Zelaya son terminantes.

—Señores —dice al llegar al vivero de la expedición— hay contraorden. Tomaremos el tren esta tarde a las cuatro y embarcaremos mañana.

* * *

Un tren cansado parte hacia el Pacífico. Su cargamento: seiscientos rifles, un cañón y ciento diez hombres borrachos, que endulzan bocados de una tarde de marzo con tragos de ron.

El "Philadelphia", de la Armada de los Estados Unidos está a la vista. La cañonera "Momotombo" pasa, tosiendo, muy cerca. La mañana marcera se atora de gritos. Tiempo claro y viento grato. En la proa un horizonte sin aves, y la aventura. A la espalda, lleno de luz y de reflejos marinos, Corinto y el temor vencido.

Aquella sombra inútil en el confín del mar es de ellos. No son piratas ni filibusteros. Tampoco nautas. Son ciento diez aventureros que van en pos de la muerte o de la gloria. ¡Abracadabra! Quiera Dios que Satanás esté de juerga.

* * *

Esta noche la "Momotombo", de casco sucio y máquina agotada, surca, entre ronquidos flemáticos, el mar del sur. No se puede dormir. En la proa, como un trovero lejano, alguien canta sus temores tristemente, y en las sombras la canción provoca sabe Dios qué presentimientos. De pronto, desde lo más oscuro del barco, otra voz lo silencia. Calma. Sobre el mar, el pregón del vigía:

—¡Ea, tierra a estribor!

A los cuatro días de viaje, hubo gritos y vivas en toda la expedición. Se creyó que terminaba la jornada. Pronto se convencieron del error: era la Mentirosa, peñón abandonado, asilo de las aves marineras.

El treinta y uno de marzo los invasores desembarcaron en la Boca de San Bartolomé. Frente a ellos, en el mar que mordía con desesperación los riscos, la cañonera "Momotombo" se alejó, de regreso a Corinto. Atrás, a la espalda, la selva, la desolación, la muerte.

La noche los tumbó sobre la misma, en la tierra húmeda. Los mosquitos, como siempre, bajaron a la playa. Esa vez no durmieron.

* * *

A la mañana siguiente, desconcertados todavía, pues los planes se desarrollaban de manera imprevista, los expedicionarios no atinaban a tomar determinación alguna. Hacia adentro, la selva tupida; hacia afuera, la reventazón. Por alimentos, algunos sacos de galletas traídos de Nicaragua. Ya en la tripulación de esa gran aventura se pronunciaba el descontento, la crítica venenosa. Qui-

so Dios que pasara por allí el indio Martín Beitía, caminante montaraz, y esto fue como el grito de "¡Tierra!" en la balsa de los náufragos. Esa noche se avanzó hacia David.

Era una fila alegre, bulliciosa, optimista. Caminaban por la playa atalayando siempre la vaciante.

Dirigidos ahora por Brígido Ceballos, un fornido agricultor que huyera felizmente al reclutamiento obligatorio, pronto estuvieron en las cercanías de Alanje, en donde salieron a recibirles hombres, mujeres y niños; los primeros solicitando plaza en la expedición; las damas regalando tortillas, dulces y sonrisas; los últimos saltando y gritando a los lados. Entrada de triunfadores para quienes, momentos antes, dudaban como vencidos.

Desde allí, la marcha sobre David fue fácil. La madrugada del 3 de abril del año mil novecientos los saludó sobre las alturas del Cuarto. Allá abajo, sobre la llanura dilatada, vigilaba la población desde todos los sitios: el campanario erguido, las ventanas entreabiertas, los muros domésticos, buscando en el claroscuro de la madrugada la presencia de los invasores.

De pronto se escuchó el toque bélico de dianas. Un cañonazo desde el cuartel del pueblo respondió al toque de los revolucionarios. Por largo rato se mantuvo el diálogo de dos solitarios cañones, que se regañaban en el amanecer.

Los liberales avanzaron. La infantería se dividió en dos alas. Una ocuparía el cuartel por el sudeste, la otra asaltaría las calles principales. Desde la loma del Cuarto la artillería iba a cubrir los movimientos. La entrada a la población fue fácil. Las fuerzas conservadoras eran escasas y se habían atrincherado en el Cuartel y en la torre de la iglesia.

* * *

Por las calles se sentía el golpe de los pasos liberales. Porras avanzaba sobre un caballo colorado. La gente, tras las ventanas entreabiertas, o en cuclillas por el jardín, los miraba pasar. Cerca ya de la Plaza del Carmen, se entabló un violento tiroteo. Y rasgaba el fragor el silbido de una bala por un portal, o el golpe del acero que se incrustaba en un pilar. Pero por sobre todo se escuchaban los gritos enardecidos de los hombres que avanzaban atolondrados.

—¡Ay!

Por las filas asaltantes, como un milagro, circulaban los nombres de los que caían:

—¡Mataron a Feliciano Morales!

—¡Ay, mi madre!

—¡Cayó Jaime Vásquez!

—¡Fue Jaime Vásquez!

—¡Mataron a Vásquez!

Hora y media más tarde, las fuerzas conservadoras, atrincheradas en la Iglesia y en el Cuartel, capitularon. David estaba en manos liberales.

CAPITULO VIII

Consolidado el triunfo de Chiriquí y reforzada la expedición con el enganche de nuevos voluntarios, se procedió a reorganizar el ejército. Belisario Porras continúaba como Jefe Civil y Militar del Istmo; Emiliano J. Herrera ostentaba el cargo de General en Jefe del Ejército Expedicionario sobre el Departamento de Panamá. Se creó un cuerpo de artillería y los infantes fueron agrupados en tres Batallones que recibieron los nombres de César Conto, Robles y Uribe Uribe.

Ya los movimientos liberales no eran desconocidos en la Capital. Llegaron rumores de que en Aguadulce habían desembarcado tropas gobiernistas y avanzaban sobre Santiago para copar la expedición.

En tal estado las cosas, se adelantó el movimiento. Emiliano Herrera se movería con el grueso del ejército por tierra hacia los predios de Azuero, y Porras, con unos pocos, zarparía por mar rumbo a Montijo. La navegación se hizo en bongos y en pequeñas embarcaciones enfermas como el "Euribíades" y la "Gustosa". Temporales y vientos caprichosos tiñeron de aventura lo que pudo haber sido una grata excursión. A las alturas de Coiba utilizaron naves de mayor calado, dedicadas a la bucería, y entraron en la boca del Tono-

sí. Desembarcaron y subieron las quietas aguas hasta la población que los aguardaba jubilosa: paso de triunfadores, cantos de guerreros.

La afluencia de voluntarios, ansiosos de pelear, fue insospechada. Con número suficiente se creó un nuevo batallón, "Los Libres de Chiriquí", cuyo comando se entregó a Manuel Quintero, identificado desde sus comienzos con las fuerzas liberales. Aquí se estableció contacto con las fuerzas terrestres del General Herrera, dejadas en Tolé, y se procedió a avanzar sobre Las Tablas.

* * *

Van hacia la selva. A la espalda queda el valle hospitalario, el mar azul, tranquilo. Ascienden la montaña. Los monos berrean y huyen horrorizados. Se vence una cima, pero queda otra, y otra. La noche llega. Cruza la selva húmeda una procesión de antorchas como espíritus penitentes avanzando, avanzando. ¡Sublime espectáculo! Es una rogativa a la muerte. Una mula se precipita abismo abajo. Se empinan gritos desgarradores. Cae un hombre, rueda y trata inútilmente de agarrarse a otros hombres, a los bejucos, a las lianas, sin ventura. Se pierde en la noche y solo deja un rastro de lamentos. El resto continúa en la pendiente hasta una luz que hace cabriolas en las sombras. Un rancho: remanso de la esperanza. Descanso. Fluye la conversación contenida. Retorna la risa ahuyentada por el temor. Puerco asado, chicha fereña y una canción peregrina.

Amanece y nuevamente sobre la marcha. Abajo, lejos. Las Tablas.

Las fuerzas revolucionarias aumentan. De Pocrí, de Guararé, de sitios vecinos se enlistan hombres ansiosos de pelear. Se ha constituído el "Es-

cuadrón Patria" y el "Batallón Azuero", de reciente hechura, ya tiene comandante.

Las fuerzas conservadoras atrincheradas en Santiago se retiran. El liberalismo embiste: Guararé, Los Santos, Chitré, Divisa, Los Canelos, el Santa María, sereno y caudaloso. Se notifica a Emiliano Herrera —en Tolé— de los movimientos, y se le ordena avanzar, mientras se marcha sobre las Alturas de Santa Rosa y La Loma. Allá, dilatándose entre brisas, Aguadulce. Camino adelante, las fuerzas gobiernistas huyen hacia la Capital. Penonomé... Antón... el mar.

CAPITULO IX

Es una madrugada clara, con brisa dulce.

—¿Oyó eso, manu?

—¿Qué compa?

—¡Jum! Me pareció oír argo, pero ahora mesmito no siento ná.

—Atalayemoj, compa. Yo toy medio azarao con tanta cosa.

A la vera de un trillo montañero depositaron los motetes, sentándose uno frente al otro.

De pronto, la mañana lloró dolores, por una diana distante que los vientos trajeron.

—¿Oyó manu?

—¡Sí, oí, compa, oí!

—¿Y qué puée ser, manu?

—Dios no lo quiera, compa, pero eso es la guerra.

—Antonce son de creer los runrunes.

—¡Viene la gente, compa!

Silenciosos se levantaron. ¿Camino del monte? No. Regresaban con desasosiego.

—Güerta y la necedá.

—Será voluntá de Dios quer cristiano no esté tranquilo.

Ya llegan a los ranchos y una mujer los tropieza:

¿Güeno y a qué tan retardaos?

—¡Viene la guerra!
—¡Santo Dios!
—¡Viene la guerra! —repiten los hombres mientras caminan a sus ranchos.
—¡Vienen los godos!
—No, que son liberales.
—Güerta y el embeleco; naa dejarán.
—¿Güeno Tina y ónde tá el ruano? —pregunta una voz pública.
—¡Noj jamos!
—Yo no me quedo.
—¡Qué dejan too pelao!
—¡Mi manta!
—¡Ay, Dios Santo, Crucito! ¡Crucito!
—¡Pa los montes!
Momentos después, un grupo nervioso de mujeres, hombres y niños se aleja. Son pocos. Arrean dos pobres caballos, tres vacas y dos terneros enfermos. A las espaldas, tamugas, motetes y cántaros. Es una guarnición vencida. Van hacia los montes. Huyen de la guerra.

* * *

La noticia corrió como escalofrío para la piel de los pueblos. ¡La guerra! Volvía el castigo de Dios. Un siglo de cuartelazos, revoluciones, asaltos a la hacienda y a la buena voluntad de las gentes azuzaba el espanto de los pueblos. ¡Sí! Ahora, llega por Chiriquí y avanza hacia Panamá. A su paso la hierba no crece más. Los pastos quedarán agotados, la hacienda exhausta, los jorones huerfanos de granos. Se acercan. Son más cientos que los dedos de las manos. Y traen gente de afuera, "gente mardita", que viene a escanciar lo poco que acá se tiene.

Se vio al Ejército Conservador camino de Pa-

namá. Eso no era una retirada. Huían. No se atrevieron a presentar combate. ¡Santo Dios! ¡Serán muchos miles! ¡Dígalo usted, cuando ni los godos asesinos se atrevieron a guerrear! Se acercan. Son como las plagas en los maizales. Cosas del destino: solo quedará el campo raso.

Los días están llenos de clarines y tambores. Disparos y maldiciones. Y al paso de cualquier ejército, los pueblos huyen como animales espantados. Son carreras desesperadas. Pocos saben el itinerario de la guerra. A veces se anochece plácidamente; de pronto, alguna voz grita:

—¡Ya vienen! ¡Vienen!

Es la estampida. Las mujeres lloran, regañan y ordenan. Los niños, gritos y espantos. Los hombres buscan lo indispensable y huyen a la manigua. Ahora son los montes los poblados. Los caseríos están desiertos. Por los pastizales, las vertientes, las cabeceras de los ríos, se oyen pasos y conversaciones. Son los fugitivos. La jungla tiene llantos de recién nacido y lamentos de parturientas. Se hacen rancherías. Campamentos se improvisan bajo el temporal. Por las noches, desde caminos distantes, se ven los montes llenos de fogatas. Tiene el paisaje algo de mortal encanto. Allá, arriba, en torno a la lumbre, hay quejas de heridos: los que cayeron en la desesperación; los que rodaron ladera abajo por la nerviosidad. Hay también el llanto quejumbroso de la madre por el niño perdido en la corriente cuando se vadeaba el río.

Es la guerra. La sangrienta voluntad del cielo. Solo los justos podrán salvarse. Quienes regresen serán los ecuánimes.

CAPITULO X

Las fuerzas expedicionarias de la Revolución, en posición de revista, se alineaban frente a la histórica Iglesia de Natá de los Caballeros. El Estado Mayor avanzaba ante los batallones alineados. Belisario Porras, Jefe Civil y Militar de la Revolución y Emiliano J. Herrera, General en Jefe del Ejército, revisaban lentamente la tropa. El Conto... El Robles... El Uribe Uribe. Veteranos del combate de David. El escuadrón Patria, el Batallón Azuero, los Libres de Chiriquí, los Tiradores de Coclé y los Libres de Colombia, de voluntarios recientemente enlistados.

Terminaba la parada cuando un ordenanza, llegando precipitadamente hasta la formación del Estado Mayor, cruzó palabras con Carlos A. Mendoza, dejando en sus manos un papel. Mendoza leyó con avidez y en seguida dijo algo al oído del doctor Porras, quien a su vez consultó con Herrera. Luego, adelantándose al grupo, Porras arengó al Ejército:

—Valientes soldados de la Causa Liberal: Nuestros amigos de San Carlos nos avisan que ha llegado a las playas de Antón un contingente del Gobierno para detener nuestro avance. ¡Soldados! ¡Nuestro objetivo es Panamá y nada podrá dete-

nernos! ¡La Revolución ha triunfado! ¡Viva el Partido Liberal!

—¡Viva el Partido Liberal! —respondió el Ejército.

* * *

—¿Sabe usted, Mendoza, quién pueda ser esa Ester? —preguntó Herrera.

—No tengo idea, General. Ese nombre nada me recuerda.

—Es raro —comentó Porras. Venía consignada a tí esa comunicación.

—¿Cuál es el texto de la comunicación? —preguntó Quinzada, Jefe del Estado Mayor de la segunda división.

Mendoza leyó:

* * *

Señor Mendoza
Natá

Ayer desembarcaron en Antón 600 hombres del Gobierno. Son tropas de Panamá.

ESTER

Hubo un momento de silencio en que todos meditaban.

—Nosotros no podemos creer a cualquiera —advirtió Herrera.

—Es cierto —afirmó Quinzada.

Inmediatamente preguntó:

—¿Dónde está el correo? Interroguémosle.

Por una puerta lateral, dos soldados empujaron a un cholo menudo, de un sombrero sucio meti-

do hasta las orejas, la vista firmemente clavada en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Herrera.

El hombre pareció no haber oído.

—¡Que cómo te llamas, he dicho!

El mismo silencio.

Exasperado, Herrera pegó dos planazos al cholo.

Mendoza intervino.

—Escucha —gritó al cholo— yo soy Mendoza, para quien trajiste el encargo. ¿Quién es Ester? ¿Quién te entregó la comisión?

El hombre seguía terriblemente silencioso.

—¡Si no hablas te fusilaremos por espía! —le gritó Herrera.

El cholo levantó lentamente la mirada y se fijó en todos. Luego, parsimoniosamente, dijo:

—Me la entregó Coronao en San Carlos; dijo qu'era pa Mendoza en Natá. Cosa de apuro, me dijo; ¡eso ej tóo!

Se llevaron al campesino y nuevamente cayó sobre la sala un pesado silencio.

—No puede ser espía. Eso es claro. ¿Pero cuál es el propósito de este informe? Ester... Ester... estoy seguro. No conozco a nadie con ese nombre. Tampoco tiene aspecto de clave, —expuso Mendoza.

Porras intervino:

—No podemos fiarnos de personas que no se identifican. Pero a mí me parece que el ánimo de esta comunicación es claro. Por una parte, puede ser cierto lo de los seiscientos hombres en Antón; si es falso, el propósito es retenernos aquí paralizando nuestro avance, hasta que los seiscientos hombres, o mil probablemente, puedan trasladarse hasta San Carlos o Antón para organizar la resistencia. Sería conveniente tomar

una resolución que consultara las dos posibilidades. Debemos llegar a Panamá sin dilación. Si es cierto que han desembarcado tropas del Gobierno, aquí en Natá es imposible defendernos. Si alcanzamos el Río Grande antes que ellos, podemos organizar la defensa mejor. Ellos seguramente piensan lo mismo, así es que, a más distancia, los tropezaremos en los llanos de Penonomé. Si no los encontramos, sea cierta o falsa su existencia, en Río Grande debemos tomar una determinación que consulte al interrogante de los seiscientos hombres.

—A mí me parece que no debemos movernos sin tener seguridad de nuestros pasos. No se puede exponer el futuro de la patria —objetó Herrera en tono desmedido.

—Pero General, día que no avancemos es día que retrocedemos.

—Creo igual que el doctor Porras —acuerpó Quinzada.

—También opino como el doctor —votó Mendoza.

La mayoría del Estado Mayor se decidió por la proposición de Porras y, esa noche, las fuerzas revolucionarias se movilizaron sobre Río Grande.

Los primeros en cruzarlo fueron los Batallones Conto y Robles, comandados por Herrera. El resto del Ejército tuvo que pernoctar en la otra orilla; el río Grande crecía. El cielo sobre su cabecera descansaba encapotado en nubes negras. Llovía en la montaña. Las aguas bajaban amarillas, arrastrando piedras, troncos y restos de algún rancho de las riberas.

Cuando la creciente lo permitió, el resto de la fuerza revolucionaria cruzó el río. Desde allí se enviaron avanzadas y grupos de espionaje para verificar la situación de la fuerza enemiga, si la

había. Se comprobó que efectivamente tres batallones se atrincheraban en Antón para cortar el paso a la capital. Es decir, iban a hacer una guerra defensiva. Su deseo era paralizar durante un tiempo el avance. ¿Por qué? ¿Acaso consideraban muy poderosa la fuerza insurgente? ¿O tal vez era pobre la defensa de la capital y aguardaban refuerzos? De todas maneras, la Revolución no debía exponerse en un combate entonces. Se acordó vadear el encuentro, buscando otro camino a Panamá.

Una noche, luego de dejar el campamento lleno de fogatas para despistar al enemigo acechante, las fuerzas se pusieron en marcha, guiadas por un morador del lugar, baqueano viejo. Iban de uno en fondo. Lentamente se fueron internando en los montes. Una luna rojiza y tardía, sin encanto alguno, y como delatora, fue surgiendo de un macizo de nubes. Era espectral la visión del ejército: una serpiente blanca que se arrastraba por los montes, que se anudaba a los cerros, que bajaba, subía, perdiéndose a ratos en las sombras para reaparecer más adelante, avanzando, avanzando bajo la luna torpe.

—Allá abajo queda San Carlos —dijo, en baja voz, el guía.

Fue una consigna que corrió por el cordón humano:

—"Allá abajo, San Carlos".

CAPITULO XI

Por desavenencias en el comando, no se acampó en Chame, como originalmente se planeó, sino que, para alcanzar la vanguardia que dirigía Emiliano Herrera, fue precisa la movilización total hasta Capira, rincón en el camino entre las montañas y el mar, peligrosamente cerca de Chorrera, donde era de esperarse que el Gobierno organizaría la resistencia.

Al anochecer, Porras, Mendoza y Quinzada comentaban las incidencias del viaje, cuando de pronto, frente al portal de la casa, frenaron violentamente dos corceles.

—¡Alto quién vive! —gritaron a coro los centinelas.

—¡El Partido Liberal! —respondió una voz firme, confiada.

Dieron a tierra los jinetes y, rodeados por los guardas, subieron al portal.

—¡Necesitamos ver al doctor Porras!

—Hágalos pasar, Aguilera —ordenó Porras desde el interior.

Alrededor de una mesa, Porras, Mendoza y Quinzada aguardaban de pie.

—La señorita Ester Becerra y López —presentó el visitante.

Y refiriéndose a sí mismo:

—Antonio Bernal, Capitán del Ejército a órdenes de la Revolución.

—Bienvenidos a este recinto en donde se llora la suerte de la Patria —saludó Porras.

Y continuó:

—Quinzada, Jefe del Estado Mayor de la segunda división; Mendoza, Secretario de Gobierno. A sus órdenes, señores.

Sentáronse todos alrededor de una lámpara nerviosa. Bernal habló:

—La señorita Ester desea saber si recibieron la comunicación que les hizo llegar a Río Grande.

—Ah, sí, el Partido Liberal le agradece profundamente. Fue una información valiosísima. Pero nos confundió usted. Era tan misteriosa... —sonrió Porras. Tal vez si la hubiera firmado Bernal... Ya teníamos noticias de usted. En Nicaragua supimos lo de la noche del 18 de Octubre. Pero aquí creíamos que usted andaba por el sur, en la Campaña de Tumaco; allí están De la Rosa, Díaz, toda esa muchachada valiosa. Lo felicito Bernal, lo felicito; no es usted de esos liberales que se asustan y critican en la paz del hogar y en las tertulias de ciudad, sino que, cuando la causa peligra, la defiende con todos los argumentos y en todos los terrenos.

—Gracias, doctor Porras. Hago lo que todo liberal hace.

—Y usted, señorita —Porras se volvió hacia Ester— no sabe cuán bella hace nuestra estada en Capira su presencia. La mujer panameña suma a su belleza valor e hidalguía.

—Sigue usted siendo el galante de las anécdotas, doctor Porras. ¿Usted es Mendoza, verdad? gritó Ester.

—A sus órdenes, señorita.

—Me han hablado mucho de usted.

—¿No es indiscreción preguntarle quién? No quisiera ser desagradecido con un amigo.

—Una persona que lo admira y respeta. Una gran persona.

Mendoza sonreía, buscando en la memoria alguna pista.

—Lorenzo, Victoriano Lorenzo —dijo Ester.

—¡Lorenzo! ¡Pero cómo no! ¿Qué ha sido de él; cómo vive? Hace como cuatro años que estoy sin noticias suyas. ¿Cómo se porta?

—Como siempre. Es hombre de bien.

Pero claro. Jamás creí en su culpabilidad. Es otro crimen que deben expurgar los regenerantes.

—Sufrió mucho; no olvida los años pasados en la cárcel.

—¡Desde luego! Fue un juicio bochornoso.

Porras intervino:

—Señores, en nombre del Liberalismo me permito darles las gracias por la cooperación prestada y exhortarles a defender hasta con la vida misma nuestra causa tan humana y tan digna. Están ustedes entre hermanos.

—Doctor Porras —habló Bernal— solicito a usted plaza en el Ejército Restaurador en el sitio en que mejor pueda defender mis ideales; tengo el grado de capitán.

—Gracias, Capitán. Es dicha para la patria tener hijos tan amantes.

Porras volvió la mirada hacia Ester; en sus labios jugueteaba una sonrisa indescifrable. Había duda y asombro. Tal vez especulaba acerca de las intenciones de esa bella mujer; de esa amazona surgida entre las sombras como un ángel guerrero.

—Señorita... usted...

—Sí doctor, yo también vivo la Revolución. Quizás me duela no usar pantalones. Me gustaría triturar a los godos, al Gobierno, todo lo que huela

a conservadores.

—Sus informes han sido carísimos.

Ester había mudado la expresión y parpadeaban sus ojos afiebrados. Ahora en el ambiente del vivac, ante uniformes y planes bélicos, un dolor escondido, un viejo anhelo afloraba robusto y poderoso, violento y ciego.

—A eso he venido, doctor —rompió Ester. Tengo informes fidedignos de que el Gobierno prepara fuerzas para cortar a toda costa el avance. A estas horas deben estar embarcando en Panamá. Desembarcarán en Chorrera. Es asunto de horas.

Porras la miraba asombrado. Corrió la vista para detenerla en Mendoza, en Quinzada, como si dudara de lo que oía y aguardase a que éstos dudaran también.

—¿Pero, está segura de lo que dice, señorita?

—¡Como de que me llamo Ester!

Porras se incorporó violentamente batiendo palmas junto a la puerta.

—¡A sus órdenes, jefe! —gritó un centinela.

—Guardia, diga al General Herrera que se le necesita con urgencia.

Porras volvió a su sitio.

—Algo más, doctor —continuó Ester. Parte de las fuerzas revolucionarias que pelean en Tumaco está en camino para unirse a sus fuerzas.

—¿Cómo, las fuerzas de Chaux?

—Creo que son ésas.

De pronto se sintió afuera, en la noche, un galope de caballo sobre el fango. Gritos de "¡Alto quién vive!", y de nuevo el galopar hasta el portal de la casa. Mendoza salió para regresar con una carta para Porras. Este rasgó el sobre con nerviosidad.

—Es de Morales —exclamó.

Bernal y Ester solicitaron permiso para retirarse.

"...He llegado, pues, y eso es lo importante. Creo que no tendré dificultades y que me despacharé sin demora. Siento no poder ser más explícito por falta de una clave; pero las diligencias que he hecho desde la hora de mi llegada ayer a esta hora, que son las doce del día, me demuestran que el éxito será completo, como habíamos pensado..."

Así decía la carta escrita por Morales, fechada en Guayaquil el 25 de Marzo de 1900. En medio de esa cruel incertidumbre que avivaba las noches del campamento revolucionario en su marcha sobre Panamá, la carta de Morales tuvo la gracia de un contingente de fuerza y esperanza. ¡Al fin llegaba socorro! Ya había motivo para arengas y para pensar seriamente en la victoria. Tal vez esto contuviera las deserciones progresivas y las licencias frecuentes. Llenos de júbilo se dieron a comentarios optimistas, a expansiones efusivas, hasta que Quinzada, mudando a una expresión de asombro, quedóse rígido, mirando hacia el suelo.

—¿Qué sucede, Quinzada. No te alegras?

—¡Ester...! dijo.

Todos se tornaron repentinamente serios.

—¡Ester...! —exclamaron a coro Mendoza y Porras.

—¡Qué extraño! —prosiguió Quinzada. ¿Cómo conoce los movimientos de nuestras tropas y los del enemigo?

—Sus informes son precisos. ¿Será panameña?

—No tengo idea, —contestó Mendoza— pero algo raro hay en ella...

—¿Cómo ha sabido de las gestiones de Morales?

—Esa mujer es peligrosa.

Mendoza, un tanto retirado en sus meditaciones, se aproximó con la vista fija hacia las sombras que proyectaba la silla en donde estuvo sentada

Ester. Levantó del suelo un papel, y cerca de la lámpara, leyó:

Inolvidable Ester:

Hace un mes que vivo sin noticias suyas. No sabe cuánto deploro que las contingencias de la guerra me alejen de su voz cristalina, de su risa enloquecedora; me priven de esas noches de San Carlos hechas para amarla y obedecerle. Pero muy pronto los bravos soldados de la legalidad y el orden acabarán con la anarquía que infames descastados pretenden entronizar en la República. Bendigo la paz que me llevará cerca de usted.

Carlos M. Sarria,
General en Jefe del Estado Mayor
de la Quinta División.

—¡Sarria!

—¡Sarria!

—¡Carlos M. Sarria!

—¿Será posible?

—Nos ha engañado.

—Bernal, ¿quién es ese Capitán Bernal? —preguntó Porras.

—No sé, pero me pareció oírle, doctor Porras —intervino Quinzada— que usted le conocía. Algo tenía que ver con el levantamiento del 18 de octubre.

—¡Ah, sí! El estuvo allí... pero, ¿cómo sabemos que es el mismo? ¡Espías! —exclamó Porras con dolor.

—Sus informes son ciertos. Y nos han servido. Son maniobras de los regenerantes. Quiere esto decir que conocen los movimientos de Morales. A estas horas, la “Boyacá” seguramente los busca. ¡Estamos perdidos, K!

Se sintieron pasos que subían. Herrera avanzó hasta la mesa.

—Herrera, —saludó Porras— conoce usted a una mujer llamada Ester... ¿Ester Becerra?

—No doctor.

—¿Y a alguien que se hace pasar por el Capitán Antonio Bernal?

—Bernal... Bernal... no recuerdo a nadie con ese nombre.

—Estamos perdidos. Hay que regresar a Chame; el Gobierno se mueve para encerrarnos aquí en Capira.

—Imposible, hay que avanzar sobre Panamá. El Conto y el Robles marcharon al amanecer.

—Es una locura, General. Hay que regresar a Chame inmediatamente. El gobierno seguramente intentará mañana o pasado mañana desembarcar en Chame. También en Chorrera. Y aquí es humanamente imposible organizar defensa; estamos embotellados.

—Son temores injustificados. Hay que avanzar.

—General Herrera —se levantó, colérico, Porras, golpeando la mesa—en mi carácter de Jefe Militar del Departamento, ordeno la retirada a Chame.

—¡Y usted será el único responsable de esta determinación! —gritó Emiliano Herrera, abandonando la sala.

Porras lo siguió hasta la puerta. Dio algunas palmadas, y al centinela que acudió, Porras le ordenó traer inmediatamente a los forasteros que acababan de salir momentos antes.

—Están en la fonda, Jefe.

—Tráigalos en seguida.

Porras se paseaba excitado por la habitación. De tiempo en tiempo exclamaba: "¡Este Herrera es incorregible!".

En el portal avanzaron pasos, y en el vano de la puerta apareció Bernal.

—Adelante, Capitán, adelante.

—Gracias.

—¡Guardia! —gritó Porras hacia la puerta.

—¡A sus órdenes!

—Dije que eran dos. ¿Dónde está la mujer?

Bernal miraba con asombro. Luego sonrió.

—Estaba solo, doctor; bebía café; no estaba acompañado.

—¿. . . . .?

—Sí doctor, estaba solo —repitió con pasmosa calma Bernal.

—Y la señorita... queríamos hablarle...

—¡Se fue!

—¿Se fue? ¿Hacia dónde a estas horas?

—Eso no se lo podría decir doctor. No lo sé.

—¿A estas horas? ¿Con esta noche?

Porras buscaba, malicioso, las miradas de Quinzada y Mendoza.

—¿Es raro, verdad? Ester es así.

Porras se acariciaba los mostachos. Iba y venía. Por momentos dejaba de andar, pero era solo por escasos segundos, pues inflexiblemente llenaba de pasos la habitación.

Mendoza se aproximó a Bernal.

—¿Conoce a Sarria? —le espetó a quemarropa.

—¿Sarria? ¿El nacionalista?

—Sí!

—¡Bueno... personalmente no! He oído hablar de él. Se dice que es valiente.

—¿Conoce esta carta? —volvió a preguntar Mendoza, extendiendo ante los ojos el papel que descansaba sobre la mesa.

Bernal la miró con cuidado, y moviendo lentamente la cabeza, respondió:

—¡No! No la conocía.

—¡Qué raro! —dijo Mendoza.

Porras, riendo estrepitosamente, se aproximó:

—Bernal, usted dormirá con nosotros.

CAPITULO XII

La madrugada baja con insólita expresión de espanto. Cae lenta. Con calma fría. Miedosa de saludar a los hombres. Parco amanecer del 8 de junio de 1900. El campo está estático, firme, y falsas son la soledad y la quietud. Lejano, corretea por los matorrales un trinar fugitivo. Silencio. Nervios. Presencia de la muerte. A veces el vuelo de un gavilán hambriento que la vista sigue minuciosamente, ansiosa el alma por distraerse, fugar o no tener conciencia; otras, el movimiento cauteloso de un cuerpo que se arrastra.

Y la brisa es húmeda, delgada, hasta inútil. Trae el espanto. El cielo presenta un rostro gris, inmóvil, absorto. Allá, tras un arbusto, hombres tendidos en el suelo, el fusil horizontal al cuerpo, miran fijamente hacia adelante. Sobre las lomas, pelotones rígidos atalayan. Por el llano, kilómetros de hombres, el arma lista, en febril espera. A ratos uno abandona el puesto arrastrándose como un reptil, y nuevamente se tiende, buscando puntos en el horizonte. Cordones azulosos de humo suben y se van brisa abajo. Por el sur se acerca un batallón que se divide, llenando claros en esa barrera de metralla y coraje.

* * *

Desde la retaguardia avanzó un cuadro de hombres cabalgando hacia el frente.

—¿Atacarán hoy? —preguntó Porras, a la cabeza del pelotón.

—Ya lo sabes, Belisario; Campo Serrano piensa tomar vino en tu cráneo y en el mío —gritó Carlos A. Mendoza.

Uno de los jinetes era Antonio Bernal que, con el ceño adusto, miraba hacia donde las trincheras se dilataban. Porras y Quinzada lo miraban intermitentemente, cazando expresiones en su cara.

—¿Será hoy?

Por respuesta, el camino se llenaba de cascos de caballos.

—¿Capitán Bernal, tiene presentimientos?

—Todos los tenemos.

—¿Qué haría usted si nos derrotan?

—Para esa pregunta todo liberal tiene respuesta.

—¿Cuál es la suya?

—La misma que usted daría. Dr. Porras.

Bernal estaba pálido, los ojos firmes en el horizonte, acariciando con la lengua unos bozos descuidados. Ya estaba próxima la salida del sol cuando se escuchó un cruce de disparos.

—¡Empezó la cosa! —gritó Porras, y tendieron los caballos al galope hacia la línea de fuego.

De pronto estallaron las cornetas. El campo vibraba. ¡Fuego! era la orden de los clarines. Había empezado el combate de la Negra Vieja. Las descargas corrían tendidas por el campo, de uno a otro confín. Era un griterío feroz de hombres, granadas y fusiles.

El Estado Mayor se situó sobre una colina des-

de donde se divisaban los batallones. Era el alto de la Negra Vieja. Allá abajo, lejano, sobre un promontorio boscoso, el Batallón Robles se agazapaba acechante; a la izquierda, ágiles, los Libres de Chiriquí; más lejos, el Conto.

Por el horizonte, confuso en la neblina que aún se pegaba a la sabana, avanzaba el enemigo, llenando de mil reflejos la mañanita. Las fuerzas del gobierno se abrieron en dos alas para atacar por el frente. En eso, de allá, del llano mismo, se oyó un griterío infernal. "¡Viva el Colombia! ¡Viva el Ulloa! ¡Viva el Quinto de Cali!" Y se vio a los godos lanzarse salvajemente al ataque. La primera en recibir el impacto fue la caballería, que se abalanzó a galope mortal por la sabana. Fue un choque estruendoso. La pólvora enceguecía y cruzaban el campo los corceles desbocados y heridos, relinchando hasta erizar los cabellos.

Las fuerzas conservadoras embistieron al Conto. Avanzando con el pecho sobre la tierra, disparaban incesantemente sobre la altura que éste dominaba. En eso la lucha se perdió entre una humareda densa. Se oían gritos, disparos, imprecaciones y lamentos. Más tarde se vio a los regeneradores retirarse en orden. Pero se trataba de una maniobra, pues contra-atacaron ferozmente, forzando al Conto a replegarse, a perder posiciones, mientras que los hombres rodaban pendiente abajo cercados por el fuego graneado. Intentaron una arremetida desesperada, pero resultó inútil. Nuevos cuerpos de infantería apoyaban el ataque enemigo y el Conto tuvo que retirarse. En eso, el Azuero llegó en su auxilio. Se trabó un ataque cuerpo a cuerpo, entre la humareda asfixiante, los gritos desesperados, las maldiciones, los vivas al partido, hasta cuando los atacantes se replegaron en línea de pelea por el llano.

Nuevas tropas llegaron al campo de batalla y el fuego se dilató por la línea de combate. Fuego encarnizado de fusilería. De uno a otro confín del

po de cien infantes del 5o. de Cali y, pecho a pecho, en el llano se entabló la lucha. Bernal avanzó unos metros y los regeneradores se dieron a la retirada, seguidos hasta muy cerca de sus filas por la brigada liberal. Cuando el enemigo se movía con la intención de copar a ese pelotón que temerariamente se había alejado de sus filas, se oyó la orden del clarín y los bravos del Azuero se retiraron disparando sin cesar. Al reincorporarse a las trincheras liberales, los saludó un viva general de triunfadores. A las cuatro de la tarde, una última descarga despidió a los godos, que intentaban organizar una retirada.

* * *

Las noches que siguieron a aquel trágico 8 de junio fueron lúgubres, espectrales. Caía la lluvia pertinazmente. Se tocaban desde muchas partes los lamentos y las voces de dolor transitaban entre las sombras pregonando la muerte. Por las zanjas, en un patio cualquiera, sobre la calle misma, se tropezaban cuerpos semi-carbonizados, piernas putrefactas a la intemperie. Se sorprendía uno de esa ronda crepuscular de gallinazos revoloteando, revoloteando sin piedad. Noches de muerte y angustia. Sombras en que se cobijaba el dolor de los cadáveres engarabitados, retorcidos, solicitando una zanja, una sepultura, un puñado de tierra, de esa tierra mojada con su sangre, un puñado de tierra para su frío de cadáveres.

* * *

—¿No era ese er Chondo?
—Ni se conoce.
—Duele ver un cristiano así; tirao a los pájaros.

—Duele, compa.

Y era la sombra, y era el dolor, y era el miedo. Alguien se lamentaba en unas coplas tristes que parecían venir de lejos y se oía más doliente y quejosa todavía, distante voz:

—¡No cante, hermano!

El miedo era un habitante.

CAPITULO XIII

Días más tarde, fondeó en las playas de San Carlos "La Momotombo". Llegaba desde Nicaragua con hombres y parque para la Revolución. Esta ayuda inesperada creó un tremendo problema, ya que el grueso de la tropa, bajo el mando de Emiliano Herrera, había emprendido la marcha hacia Panamá. En San Carlos no quedaban más que el Estado Mayor y un equipo de ordenanzas. Y esto, precisamente, llenaba a todos de preocupación. ¿Cómo adelantar ese cargamento? ¿Cómo llevarlo hasta Panamá? El capitán de la nave se negó rotundamente a llegar hasta Chorrera. Su compromiso —dijo— era desembarcar los hombres y el parque en San Carlos.

En eso estaban, compungidos y casi al borde de la desesperación, cuando Quinzada, en un arranque feliz, gritó:

—Doctor, doctor; Lorenzo, el amigo de Mendoza. Es la única solución doctor.

—Hombre, es verdad. Tal vez nos ayude.

—Sí —terció Mendoza—esta guerra significa tanto para esos indios como para nosotros.

—Pues claro, Quinzada; he allí la solución —exclamó Porras nuevamente. ¿Cómo es que esos indios no han de tener hambre de reparaciones? Son una raza de proscritos en la cordillera, arrin-

conada por la codicia y la torpeza de nuestro gobierno. Ellos proscritos y nosotros descastados.

—Pero hay que localizarle y el tiempo apremia.

—Yo iría —dijo Mendoza. Somos amigos.

—Ni pensarlo; tenemos que movernos inmediatamente a Chorrera. Estos días de espera son fatales.

—Envíenos a Bernal como embajador. Si no me equivoco, son amigos.

—¡Estás genial, Quinzada, estás brillante!

Se escucharon unos golpes secos en la puerta.

—¡Adelante!

—Buenos días Bernal. Llega usted a tiempo.

—Hace días quería hablarle, doctor —respondió Bernal—, pero sé que ha estado usted muy ocupado y no quería partir sin despedirme de ustedes.

—¿Qué —saltó Quinzada.

—Sí; me regreso.

—¡Pero cómo es posible! —objetó Porras. Usted dijo que estaba a órdenes de la Revolución.

—Sí, pero la Revolución necesita hombres de confianza. Yo...

—Cierto es, Capitán Bernal —expuso Porras en tono solemne—que su comportamiento heroico merece reconocimiento. Lo sabemos. Pero qué de preocupaciones... Qué dolores de cabeza...

—Me entiende mal, doctor Porras. Las condecoraciones me hacen reír. Estoy peleando por otras cosas, pero día a día me convenzo de que la guerra me aleja más y más de ellas.

Hizo una pausa y prosiguió con amargura.

—Se desconfía de mí, se me vigila y no puedo tolerar esa atmósfera hostil. Yo lo siento de veras. Si esa actitud obedece a una falta cometida, exijo que se me juzgue y se me castigue; si solo son sospechas, déjenme ir a donde pueda ser inofensivo, un ciudadano vulgar.

—Bien, Capitán Bernal, vamos a serle francos. Usted nos ha dado mucho qué pensar. Su actitud nos ha confundido. Yo, personalmente, creo en ustedes y sus palabras de ahora me parecen muy justas. Su resentimiento también. ¿Pero, se serviría usted responderme unas últimas preguntas, de formalidad únicamente? Usted comprenderá, cosas de la disciplina.

—Todas las que usted desee, doctor Porras.

—Gracias. Dígame, qué tiempo hace que conoce a esa señora Ester?

—Señorita, doctor. Bueno, aproximadamente ocho meses.

—¿Sabe qué vida ha llevado antes de conocerla usted?

—Creo saberla, doctor. Huérfana desde muy temprana edad, vivió sola hasta los diecisiete años más o menos. Luego fue a Bogotá a casa de unos parientes, regresando a San Carlos hace algunos años.

—¿Le habló ella alguna vez de Sarria, Carlos M. Sarria?

—No, creo que no.

—¿Leyó usted la carta aquella firmada por él?

—Sí, pero no le veo importancia.

—¿No se ha preguntado usted cómo se provee de informaciones la señorita Ester?

—Sí, me lo he preguntado, pero jamás he comprendido cómo. Ahora, déjeme decirle doctor, que es un fenómeno típico. Aquí la gente sabe lo que sucede sin que pueda explicarse cómo. Llaman a eso "Bolas Brujas".

—Es el caso, Capitán Bernal, que nosotros sospechamos que ella se entiende con el enemigo.

Bernal quedó pensativo, indeciso, y luego, con tono un tanto violento, replicó:

—Eso es ridículo, doctor. Imposible. ¿Ester traicionarnos?

—Bueno, usted comprenderá; solo es una sospecha.

—Sí, lo sé; pero es tan hiriente como una acusación. Señores —Bernal se incorporó— a la señorita Becerra y López la unen a mí lazos más fuertes que la amistad. Ahora soy yo quien exige permanecer en la Revolución. Mi vida quedará en prenda de su honestidad.

—Nosotros le creemos a usted —intervino Mendoza.

—Ustedes deseaban hablarme —prosiguió Bernal. Estoy a vuestra disposición.

—Olvidemos el incidente, Capitán. Somos hermanos de una misma causa y solo debe inspirarnos la comprensión. Es el caso que recientemente ha llegado, traído por Eusebio A. Morales, un parque procedente de Nicaragua: Consta de seiscientos rifles Remington, un cañón Krupp y cien mil tiros, y, como usted ve, no tenemos medios de transporte. Pensábamos que tal vez su amigo Victoriano Lorenzo podría ayudarnos.

Bernal quedó meditativo unos instantes.

—Creo que a él no le interesan estas cosas, doctor. Ellos llevan una vida sufrida, es cierto, pero distinta a ésta. Me temo...

—¿Si usted le dijera que es un favor que le pide Carlos A. Mendoza, no cree posible...?

—Hay una posibilidad: Ester

—Oh, Capitán Bernal; eso me parece peligroso y demorado. ¿Dónde la encontraría?

—Probablemente esté ahora mismo en la Trinidad, con Lorenzo.

—Por lo pronto sería bueno que ella no interviniera...

—¡Ah, me olvidaba! —sonrió Bernal con ironía.

Antonio permaneció un momento pensativo y luego, lleno de confianza, como si jamás hubiera dudado de lo que iba a responder, dijo:

—Está bien, doctor Porras. Si mañana al amanecer no estamos en Chorrera, no cuente con Lorenzo.

—Bien, Bernal, esperaremos.

* * *

Al siguiente día, Victoriano Lorenzo y Antonio Bernal cayeron sobre Chorrera al despuntar el alba. Comandaban sesenta hombres que trasladarían al nuevo frente de batalla el parque desembarcado en San Carlos por la Momotombo.

—Sería conveniente que usted acompañara a Lorenzo —advirtió Porras.

—Doctor, esos son mis propósitos.

—No olvide usted que lleva lo más vital para la Revolución. De ustedes depende el triunfo. La causa está en sus manos.

—Doctor, comprendemos la tremenda responsabilidad y culpa nuestra no será si no las usan manos liberales.

Lorenzo, a su lado, permanecía silencioso, mirando fijamente a Porras, siguiendo su mínimo gesto con una sonrisa en los labios. Había ya cruzado saludos y frases con su amigo Carlos A. Mendoza y solo esperaba la salida del Estado Mayor para iniciar la jornada hacia Panamá.

Ese anochecer, con la marea alta, el "Gaitán Obeso", seguido por una flotilla de bongos y chalupas, se hizo a la mar puesta la proa hacia las playas de Farfán. Pronto se perdió en el claroscuro del crepúsculo.

CAPITULO XIV

Serían las tres de la madrugada cuando al filo de una luna sucia, Victoriano Lorenzo y el Capitán Antonio Bernal, al frente de unos sesenta hombres, iniciaron la jornada a Panamá transportando el parque.

El cielo estaba encapotado. Por momentos la luna se perdía, reapareciendo luego, más opaca. La marcha era lenta, penosa. Se transitaba por un trillo de cabras y la montaña estaba hosca, endemoniada. Caían los hombres; los animales rodaban en el fango, pendiente abajo; las cajas de municiones eran a cada paso más agobiantes. Muy pronto la luna se fugó entre aullidos escalofriantes de la selva y brisas que venían del mar. Entonces llegó la lluvia. Lorenzo detuvo la marcha y los hombres se fueron lanzando sobre la hojarasca a la vera del trillo.

Tiene la lluvia en la montaña una rara condición. Trae voces. Formas. Se humaniza. Es tonto desconocerla y se la sabe enroscándose a los árboles como una vieja lujuriosa. Da miedo. Claro está que es un miedo distinto al que produce la lluvia en la llanura. Allá, solo es el agua que cae, que cae constantemente; entonces se evita caminar porque se teme al movimiento, y porque aborda la convicción de que es uno el último ha-

bitante sobre la tierra. Y se presencia el restallar de la centella ante los ojos; y se contempla a la bestia llena de espanto echarse temblorosa mientras por todas partes persiste el espectáculo de la sabana vomitando humo. Acá, en la selva, es diferente. No se está en soledad. Se advierte la compañía de seres como uno. Los árboles se tornan sensitivos y reaccionan como hombres. Se mueven. Hacen señas. Llaman. Al mirarlos fijamente se nota que miran, que ríen, pero con una risa extraña, maléfica, porque proponen la muerte. ¿Y a dónde huir si todo está lleno de vegetales irónicos, hambrientos, acechantes? La lluvia en la selva tiene una rara condición.

—¡Qué noche!

—Ni er demonio se andaría por ejtos contornos.

—¿Sabe pa ónde vamos, manu?

—No; er manu Victoriano sabrá.

Uno que dormitaba:

—Argo dijo er compa.

—¿Sabe pa ónde?

—En Panamá habrá una pelea muy grande y llevamos tercerolas y perdigones.

—¡Ajá! Cosas de los blancos.

La lluvia persistía. Aunque se acercaba el amanecer, las sombras eran densas, pegajosas. Bajo un enorme aspavé, Lorenzo y Bernal conversaban:

—¿Oiga Antonio: el doctor dijo algo de los diezmos y las primicias?

—No; pero he sabido que en Chiriquí publicó un decreto sobre degüello y sal.

—Eso está bien, Bernal, porque es tiempo para mejorar muchas cosas. No hay derecho a sal; el indio no puede ni comerse su trabajito a santo del impuesto de degüello que cuando no le roban a uno la bestia le imponen a usted, dineros que no hay modo de matar. Sería bueno, Bernal, que

el doctor Porras ayudara a los indios en esto.

—El lo hará Victoriano. Así lo prometió en David y es hombre de palabra.

—Y otra cosa que sería bueno que se lo dijera: —intervino Lorenzo— los Diezmeros. Esos cristianos que andan por esos campos de Dios llevándose lo poquito que hay en los jorones, no tienen moral ni ley. Y a nombre de que son autoridad, atropellan y maltratan y vaya usted a ver que ni reclamo le queda al indio. Yo creo, guardando parecer distinto suyo, que sería bueno que el doctor dijera algo sobre este asuntito.

—Contra esas injusticias es que hacemos esta revolución —declaró Bernal y continuó hablando apasionadamente sobre la guerra, sobre el liberalismo, sobre la tiranía y los derechos del hombre. Lorenzo se mostró incrédulo y Bernal se propuso demostrarle la nobleza de esa lucha, la necesidad que había de que todo hombre de bien, honrado, se enfrentase a las bayonetas de los conservadores, que eran los enemigos del pueblo, de la gente pobre, de las personas sencillas.

—Me condenaron injustamente —dijo Lorenzo. Pasé muchos años preso.

—Son tiranos.

—Yo hago esto por Mendoza; es un buen hombre.

—Los liberales son buenos hombres.

—¿Y ya que de estas cosas hablamos, dígame, Bernal, cómo fue que dieron conmigo?

—Parece que Quinzada se acordó de usted. La situación era difícil. El grueso del ejército estaba camino de Panamá y no había medio de hacer avanzar este parque.

—¿Sabe una cosa, Bernal? Cuando usted y la niña Ester me hablaron del asunto, dije que algo tenía que hacer, porque la niña es la niña y si en

algo ella se mete eso no anda mal.

—Hombre Lorenzo, hablando de Ester, ¿no le parece a usted un poco extraña?

—No.

—Es decir, ¿un poco cambiada?

—No. La niña es así.

—Sí, claro, yo sé que Ester es una mujer distinta. Hay en ella algo que yo no podría explicar...

Por toda la selva se dilataba el ruido grave de la lluvia. Las goteras tenían voz y vida. Estaban presentes. Un trueno grave parecía esconderse bajo la tierra.

—Vea Bernal, usted no le parece mal a la Niña y, por eso mismo déjeme que le diga una cosa.

Cuando Lorenzo empezó a hablar el viejo aspavé tiritaba de frío. Y dijo que Ester sufría un dolor muy hondo que seguramente ella misma no comprendía. Y contó una extraña historia: a Ester y a su padre los unía un amor insospechado. Eran dos seres inseparables para quienes el mundo no existía. Pero un día, nadie sabe cómo, el Teniente Becerra y López fue acusado de desertor del Ejército Colombiano. Fue algo horrible, espantoso. El insulto lo llevaron hasta el extremo de negarle la pena de muerte, condenándolo a seis azotes públicos, allí, en la plaza de San Carlos. El, Lorenzo, estuvo presente. También Estercita, que era muy niña, y Chefa, que nunca se ha separado de ella. El espectáculo era aterrador. Todo el pueblo contó con un griterío ensordecedor y amargo los azotes. Ester parecía no entender. Estaba a cierta distancia y seguramente no distinguía las facciones de la víctima. De vez en cuando se oía la voz del verdugo que gritaba: "¡Desertor! ¡Desertor!". La niña estaba muy nerviosa preguntando siempre por su padre, que dónde es-

taba, si era aquel que estaba allá en el centro de la plaza, comandando el pelotón; si era el castigado. Y Chefa y él nada podían contestarle.

Cada vez que llegaba la voz del verdugo: "—¡Desertor! ¡Desertor!"—, los volvía a ver como preguntando qué pasaba. ¿Qué hubiera sido de Estercita de saber que su padre estaba allá; que era a él a quien azotaban bárbaramente en medio de la plaza? Chefa lloraba, lloraba sin poder contenerse. La niña rompió también a llorar y solo él, Lorenzo, no soltó lágrimas. Cuando todo el pueblo gritó: —"¡Seis!"—, contando el último azote, el Teniente Antonio Becerra y López estaba muerto. Lo último que se oyó en la plaza fue la voz del verdugo: —"¡Desertor!".

—¿Pero cómo fue posible semejante cosa? —Preguntó sorprendido Bernal.

—Parece que fue, según me contó el Padre Jiménez, cosa de la suerte. El padre de la niña Ester estaba muy sufrido desde que la muerte de la madre de la niña, lo dejó solo. Y por pena misma descuidó mucho el servicio, porque él era Jefe de la Guarnición de San Carlos —Lorenzo hablaba pausadamente y repetía con frecuencia. Por una o por otra, parece que desconfiaban de él. Muchas noches del mes se iba el Teniente Becerra a Capira a ver al Padre Jiménez y al español Pedro, que tenía una tienda y ahora es difunto. ¿Sabe que me acuerdo la noche en que el Teniente y el Padre me encontraron en el portal de la Tienda? Bueno pues, como le iba diciendo, esto por aquí siempre ha sido de revoluciones y enredos. Vino de pronto uno de esos movimientos revolucionarios contra el Gobierno y atacaron al Cuartel de San Carlos, pero el Gobierno ganó como siempre, pues. Y no estaba el Teniente Becerra, que esa noche, para desgracia suya, se ha-

bía ido a Capira, porque el Padre Jiménez estaba enfermo de precaución. Volteaba la madrugada, cuando el teniente regresaba. Lo arrestó la tropa en una empalizada que hay en las afueras de San Carlos. Lo apearon del caballo a culatazos y así, arrastrado, lo llevaron al pueblo y lo amarraron a un poste en la plaza que tenía arriba un letrero que decía: "DESERTOR". Cuando el padre Jiménez tuvo conocimiento, me mandó irme a San Carlos, porque su enfermedad no le dejaba. Así, pues, estuve con la niña cuando ajusticiaban al padre. Eso era de dolor, Bernal. La niña como si tuviera conocimiento, no hacía más que llorar, que hasta se le ponía a uno la carne flojita. Así fue todo, de modo que usté comprenderá.

Luego fue el encierro en la vieja casa. La niña no jugaba ni quería salir. Solo pedía que él, resuelto a quedarse con ellas para ayudarles y cuidarlas por indicación del padre Jiménez, le cazara palomas titubúas. Y no había momento en que Estercita no preguntara por su padre. Estaba de viaje, se le contestaba siempre. Parece ser que algún día comprendió los motivos de la prolongada ausencia del Teniente, porque nunca más preguntó por él. Pero dolía verla tan niña y tan triste, tan tierna y tan silenciosa. Así creció, sin más mundo que el regazo silencioso del viejo caserón. Un día —ya estaba grandecita— preguntó:

—¿Chefa, mi padre era liberal?

—Vea, mi niña, él era militar. Si no, de seguro lo hubiera sido.

Quedó silenciosa. Luego dijo, como para ella sola:

—Yo sé lo que es un desertor.

Poco después partió la niña para Bogotá, lla-

mada por sus parientes. El a su vez tomó el camino de la Sierra, a donde quería irse hacía tiempo porque su padre, el viejo Rosa, muy enfermo, lo llamaba con insistencia. En el caserón solo quedó Chefa aguardando el regreso de la niña.

* * *

Cuando Lorenzo terminó de contar la vieja historia, aún llovía. De vez en cuando, sobre el frío de la selva, la tos de un paisano.

—Victoriano, lo que usted ha contado me explica muchas cosas. Ahora veo claro. Ester, Ester, pobrecita. ¿Pero dígame: sabe ella que su padre fue aquel desertor que asesinaron?

—No, yo no he sabido. A lo mejor lo piensa...

—Es curioso. El liberalismo de Ester está en su sangre y en un recuerdo que no puede precisar.

—Vea, Capitán Bernal, por esto y por muchas cosas, trátela siempre bien.

El silencio nació en la noche. Un silencio hecho de voces de goteras, de frío y del ruido pegajoso de la lluvia.

* * *

Bien entrado el día, se reanudó la marcha bajo una llovizna delgada que se pegaba al cuerpo. Doce horas caminaron y al anochecer, el cargamento reposaba sobre los altos de Emperador.

Un extraño silencio navegaba en el ambiente. Eran notorias la calma y la quietud. El terreno debía estar lleno de fogatas, de centinelas, de retenes. Nada de eso había. Unos pocos restos se encontraron: zapatos abandonados, chinelas olvidadas, alguna cartuchera rota, y nada más.

Caso impresionante. Este era el punto de cita.

En este puesto se debía entregar al Aposentador y Conductor General de Equipajes el parque, cancelándose así el compromiso. Pero nadie esperaba. ¿Estaban ya en la capital las fuerzas liberales? ¿Se rindieron los godos? Pero no era posible: estaba anocheciendo el 25 de Julio de 1900.

Bernal propuso se acampara mientras enviaba un pelotón de cinco a espiar. Lorenzo aprobó la disposición y los hombres se dieron a descansar sobre las hierbas húmedas.

CAPITULO XV

La ciudad de Panamá vivía a mediados del año mil novecientos, uno de los instantes más angustiosos de su vida. Miedo. Desasosiego. Incertidumbre. Las calles mudas se quebraban a veces en la carrera de un coche. La Iglesia no cerraba sus puertas. Por todas partes pelotones de soldados marchaban hacia las afueras, donde se levantaban barricadas. La Gobernación y las Bóvedas mantenían comunicación constante con ordenanzas y vehículos.

El pueblo presenciaba atónito los preparativos para la defensa. Nadie desconocía la gravedad de la situación. Los representantes extranjeros no disimulaban sus temores. Se supo que habían efectuado distintas reuniones; que se habían dirigido al jefe de la plaza y a Belisario Porras solicitando garantías; habían propuesto fórmulas de arreglo a los bandos contrincantes. Shaler estaba disgustado: la Compañía del Ferrocarril no veía con buenos ojos esa guerra. Los capitanes de los barcos de guerra norteamericanos surtos en la Bahía de Panamá y en Colón, habían pisado tierra repetidas veces demandando seguridad para sus conciudadanos.

Desde los primeros días del mes de Abril se tuvo noticias del desembarco de la expedición de

Porras en Chiriquí. En un principio no pasó el hecho de ser una temeraria empresa sin futuro. Pero vino el triunfo de las armas revolucionarias y ya hubo margen para las conjeturas. Se habló de un poderoso ejército que José Santos Zelaya y Eloy Alfaro habían pertrechado con toda clase de equipo y numerosos combatientes; que el último decretaba festividades en el Ecuador cada vez que se reportaba un nuevo avance de la Revolución. Se decía que los pueblos en la ruta a Panamá salían jubilosos a aclamar a Porras; que una llovizna de voluntarios llegaba diariamente a los campamentos de Emiliano Herrera. Y el miedo cundía en la capital. José María Campo Serrano, Jefe del Departamento, escribía solicitando ayuda. Por todas las esquinas, antes del golpe de queda y en todas las tertulias, se hablaba del avance de Porras. Se hacían conjeturas; se calculaba e imaginaba su entrada como conquistador. Los conservadores hablaban del Nuevo Morgan, implacable y sanguinario que destruía pueblos, encarcelaba, enflaquecía las haciendas, violaba vírgenes. Nada detendría al Ejército Restaurador.

A fines de mayo se dispuso detenerlo en su camino hacia la capital. Fue en Bejuco. Desastre: el Ulloa, el 5o. de Cali, los Libres de Colombia, huyeron en una aparatosa retirada hasta las goteras de la ciudad. El pueblo los vio regresar vencidos, agotados, llenos de espanto, y entonces el pánico fue indescriptible. Nadie sabía dónde se encontraban las fuerzas enemigas. Se corría a construir trincheras. En los aledaños de la urbe se levantaban barricadas. Losada, jefe de las fuerzas del Gobierno, no ocultaba sus desavenencias con Campo Serrano. Se rumoraba que este último acababa de dejar el Departamento en busca de refuerzos; tal vez no regresaría más. Miedo: el

Gobierno tenía miedo. Las deserciones aumentaban. La anarquía se organizaba. Por esos días llegó, procedente de Colombia, el General Carlos Albán, quien inmediatamente fue investido, dadas las precarias condiciones, con el cargo de Jefe Civil y Militar del Departamento.

Así las cosas, llegó el mes de Julio. Las avanzadas de espionaje reportaban que el grueso del Ejército Restaurador había dejado la Chorrera y se acercaba a Panamá. Se dispuso hacerle frente en las afueras. Pero era inútil. ¿Dónde, qué hacer? Esos desalmados avanzaban y nadie los contendría. Y ese miedo, ese miedo por todas partes era lo peor. Por las calles transitaban grupos de mujeres que lloraban; de chiquillos que huían. Otros, más audaces, buscaban las goteras de la ciudad para ver la guerra. Se hacían arrestos sorpresivos. En las Bóvedas de Chiriquí estaban presos ciento noventa liberales conspicuos y por ello corría el rumor de que la prisión estaba minada y de que en cuanto entraran los revolucionarios la volarían. Entonces se llenó la plaza de gente que pedía clemencia, que suplicaba misericordia. Todos vieron cuando el Cónsul General de Iglaterra, el señor Mallet, entró a la cárcel, con un permiso del Jefe Civil y Militar, para poner a salvo a don Domingo Díaz y a Ernesto Arosemena. Corrió el rumor:

—"Señor Cónsul, tanto a usted como al General Albán agradezco el interés que se han tomado por mí, pero les manifiesto que solo en el caso de que de aquí saliéramos todos los presos, saldría yo con ellos, pues si fuere cierto que corremos el peligro de ser volados, debo y quiero correr con todos mis compañeros la misma suerte, y no salvarme solo".

Esa fue la respuesta de don Domingo Díaz al

señor Cónsul General. Unánime consternación. Era inhumano que volaran en pedazos por los cielos. Las mujeres llenaban la ciudad con gritos de angustia. Rezaban a coro por las calles. La iglesia permanecía atestada de creyentes que pedían a Dios intercediera entre estos hombres que se mataban unos a otros sin descanso.

El 22 de julio de 1900 el pánico era incontenible. Los soldados gobiernistas corrían desgajando de sus sombreros las divisas conservadoras. La noche del veinte, el Batallón Henao salió a interceptar a las avanzadas revolucionarias establecidas en Corozal. En la madrugada del veintiuno se avistaron y empezó el combate. Otro triunfo de la Revolución. Se vio al Henao entrar a la carrera en las defensas interiores. Nerviosos. Perseguidos. Sí, el Ejército Restaurador venía tras ellos y dentro de pocas horas entrarían a la ciudad. Hubo motines. Muchos liberales se organizaron para disparar contra los defensores. Sonó el aquelarre. Los soldados, que no sabían a ciencia cierta dónde estaba el frente, creyeron que Porras había entrado a la ciudad por el mar. Disparaban al aire. Se tiraban unos a otros. Alguien gritaba: "¡Sálvese quien pueda!". Era la estampida, la desbandada. Los jefes todos huyeron a los barcos extranjeros fondeados en Flamenco. Solo quedaron el Jefe Civil y Militar de la Plaza, General Carlos Albán y el Jefe de las Fuerzas Armadas Legitimistas, General Víctor Manuel Salazar.

Pasaron horas de tremenda angustia. ¿Por qué no atacaban las fuerzas de Porras? Según noticias, ya debían estar en las afueras de la ciudad. ¿Por qué no se divisaban? El pueblo estaba en los techos de las casas, en los balcones, en las eminencias de la playa; en todo sitio que facilitara la perspectiva. La ciudad buscaba ávida en el

horizonte, pero nadie asomaba, nadie. A veces una voz gritaba: "¡Por acá, por acá, son miles,!". Pero pronto se descubría que solo era el viento que levantaba polvaredas. Calma. Expectativa. La ciudad estaba en vigilia.

La madrugada del veinticuatro se llenó de inusitada animación. Las fogatas en donde se preparaba constantemente café para la tropa, propagaron la alarma: "¡Los Rojos avanzan!". Y las puertas de las casas se abrieron; los hombres salieron a uniformarse; las doncellas, llenas de recato, se asomaron púdicamente a las ventanas y a los balcones, Pero no fue sino hasta las ocho y media de la mañana cuando realmente empezó el combate. ¡A plena luz del día! El Ejército Restaurador avanzó en tres cuerpos: el ala derecha hacia la Ermita de San Miguel; el peso del ataque, por el centro, contra el puente de Calidonia y ala izquierda por la Playa de Trujillo, para confluir también hacia la embocadura de Calidonia. Los primeros disparos se cruzaron entre los batallones que comandaba Domingo de la Rosa y unas avanzadas de reconocimiento dirigidas personalmente por el General Salazar. Este fue como el santo y seña de la lucha. Alrededor de la ciudad, y particularmente sobre el Puente, se levantaron poderosas trincheras sobre zanjas, con rieles y durmientes formando aspilleras, alambres y planchas de hierro que constituían una defensa formidable. Las huestes liberales evanzaron agazapadas, a todo lo largo de la línea de pelea. Pronto fue por la Ermita de San Miguel el choque cruento. Sonaban los disparos del cañón emplazado en Perry's Hill. Respondían las baterías instaladas en la ciudad. La metralla barría las filas liberales. Los hombres avanzaban, pegados al suelo, disparando incesantemente. Entonces fue

la arremetida de Calidonia. En el frente conservador sonó el toque de carga y los fogonazos, la fusilería, la metralla, las bombas, estallaron por doquier. Morían los liberales. Las filas clareaban, pero nuevos hombres venían. Muerte y desolación. El campo se llenaba de cadáveres.

En eso se desató del cielo un temporal tremendo. Restallaba el relámpago. Los truenos arrastraban lamentos de heridos y voces muertas. Todo se hizo violáceo. Un claroscuro angustioso se fue pegando a las cosas. Nada. Nada detenía la ferocidad liberal. Bajo la lluvia, entre trueno y trueno, arrastrándose sobre el lodo, iban hacia el puente. Ya lo alcanzaba un pelotón, pero ¡horror! caían como ratas sin lograr alcanzarlo. Las defensas de la ciudad permanecían incólumes. Del campo llegaban gritos agónicos, se veía a los hombres correr como locos, quienes agarrándose los brazos, quienes apretándose el estómago partido por una bala. Uno corrió como un demente, mesándose los cabellos, saltando y berreando como un animal hacia el puente, y, frente a las defensas rodó dando saltos mortales.

Las sombras cayeron. Sombras densas, sombras de la muerte. Nada se distinguía. El campo de batalla era la noche misma, llena de gritos desgarradores, de lamentos. A veces se sentía el aullido profundo de alguno a quien la muerte sorprendió de súbito. Olía a sangre, a carne humana. Se miraba en derredor y no había nada, nada que no fueran los gritos de dolor y la presencia pertinaz de la muerte.

Como a las once de la noche se ordenó ataque. Los soldados avanzaron, agazapados, arrastrándose, a ganar el puente. Ya estaban a doscientos metros; ahora a cien; ¡sorprenderían! De pronto, a todo lo largo de las trincheras conservadoras, las

cornetas tocaron carga y se llenó el campo en sombras de criminales fogonazos. Por todas partes estallaban las balas, las granadas; los cañones hacían disparos a quemarropa. Nuevamente tocaron las cornetas. ¡Carga a la bayoneta! Fue la cosa cruel. La sangre en los labios, en las manos; las uñas llenas de venas hermanas. A morir tocaban. Brazos desgajados, piernas sueltas por la metralla, que aún se movían en el barro. Los ojos de los hombres soltaban chispas de furia y de miedo. Buscaban en la sombra al hermano, al amigo, buscaban la vida para extinguirla. De pronto un relámpago tardío alumbraba a alguien que iba arrastrándose; luego era el golpe seco de un culatazo y el ¡ay! postrero de la muerte. Otras veces uno se quejaba y, como sabuesos hambrientos, corrían otros para ultimarlo. No fue preciso tocar a retirada. ¿Quién podía retirarse?

La claridad del alba confirmó la visión de los relámpagos: la muerte tenía una forma irreductible frente al Puente de Calidonia. El resto del día hubo duelo de artillería y disparos de fusiles. A las cuatro de la tarde se hizo un alto para que las ambulancias Chilena e Inglesa aligeraran el campo de cadáveres y heridos. A las siete de la noche del 25 de Julio de 1900 se reanudó el combate, entre gritos estentóreos al Liberalismo y al Partido Conservador.

Mas algo trajo un cariz nuevo a la pelea: por la línea del ferrocarril se aproximaban dos batallones. Era Sarria que avanzaba desde Colón a reforzar a los defensores de la capital. Fue lo imprevisto. Las diezmadas tropas del Ejército Restaurador se dieron a la desbandada. Cundió el desánimo y la moral de las tropas se quebró. Inútil resultaba la desigual pelea. Y como si fuese poco, los Cónsules de Estados Unidos, Inglaterra y

Francia informaron a los revolucionarios que avanzaba sobre la ciudad José María Campo Serrano al frente de mil doscientos cincuenta hombres, y que la cañonera Boyacá estaba a punto de desembarcar ciento cincuenta más.

La capitulación fue inevitable.

CAPITULO XVI

Hacia el fondo de la casa de Ester hay un hermoso mango, no muy alto, cuyas ramas robustas se abren cariñosas. Pasan las tres de la tarde y junto a la pata del árbol, sobre taburetes, dos personas conversan. No, no es una conversación. Más bien se diría que es un monólogo. Ella, negros los ojos y firme la boca, lo mira intensamente, como si buscara algo más en sus palabras; él, la cabeza entre las manos, desgreñado, la vista en el suelo, relata pausadamente, cuenta cosas que recuerdan una confesión de dolores:

—...he discutido conmigo mismo; mil veces me he preguntado cómo fue. ¿Por qué? ¿Es que la patria necesita para su purificación de la sangre de esta gente incauta, de esta gente buena? ¿Pero Señor, no han muerto suficientes hombres? ¿No es tiempo ya de refrenar esta locura? Anduvimos todo el día bajo una lluvia terca que nos entumecía los huesos. Al anochecer hicimos un alto para descansar y dormimos hasta horas antes del amanecer. A paso forzado entramos en los terrenos de Panamá. Por todas partes, Ester, un silencio mortificante, un silencio que daba miedo. Lorenzo me preguntó qué debíamos hacer porque quería regresar inmediatamente, ya que su palabra estaba cumplida. Yo le dije que era raro que nadie nos

aguardase, pero que esperarámos a tener noticias. Poco a poco las sombras se fueron disipando y la luz del día iluminó el campo. Los hombres empezaban a inquietarse cuando de pronto se escuchó el rugido de uno... dos... tres... cañonazos. Nos miramos, sorprendidos. Resolvimos avanzar hacia la loma de Perejil, y... horror... ¿cómo explicarlo...? ¿Cómo poder describir el cuadro que se extendía ante nuestros ojos? Allá abajo, desde la Ermita de San Miguel hasta el Puente de Calidonia, todo era muerte y desolación. Sobre la hierba, insepultos en el lodo, bajo el vuelo de las aves que graznaban, yacían cientos de cadáveres. Solo había vida en las personas que deambulaban entre los muertos buscando a sus familiares: las madres a los hijos, el hijo al padre, el hermano al hermano... Ester, es inexplicable... es horrible cómo la muerte parecía reír sobre ese sitio. Estuvimos mudos largo tiempo sin lograr comprender. Lorenzo miraba y miraba como si buscase a alguien entre los muertos distantes. No atinábamos a movernos, a decir algo, no sabíamos qué hacer. De pronto vimos que por las puertas de la ciudad salían varios pelotones hacia nosotros. Por un momento dudamos y caminamos hacia ellos. Mas una descarga nos sorprendió y Tereso Rodríguez, que iba junto a Lorenzo, cayó sin vida. "—Tereso, párese—" le gritó Victoriano. Pero la muerte jamás explica, nunca responde. Entonces apareció un brillo fatal en sus ojos. "Regresen, manos" —Ordenó. Yo lo miré atónito. "¡Sí vámonos al monte!" —me gritó, y como para sí, dijo: "—... godos, godos traicioneros" —Entonces, Ester, sentí miedo. Algo extraño y poderoso. Yo siempre supe qué hacer. Siempre tuve una tarea que cumplir. Es la condición del soldado. Pero entonces todo se me hizo negro, me vi perdido, y sentí

lo peor que un hombre puede sentir: Miedo. Sentí miedo, me oyes Ester... ¡sentí miedo! Huímos. Alcanzamos los montes fácilmente. Nos seguían implacablemente haciéndonos disparos. No teníamos tiempo ni para hacerles frente. Las armas estaban embaladas y por toda defensa teníamos unos machetes con que habíamos abierto trochas en la marcha. Pero parece que ellos no estaban satisfechos con la matanza habida. Querían más muertes. Sentíamos los disparos. Por segundos me parecía vivir momentos de aquel trágico Octubre en que deambulé por la selva. Pero entonces era distinto: no temía. Mas, poco a poco, entre más fuertemente percibía los disparos, un aplomo superior se apoderó de mí. Atrás quedó Arraiján cuando Lorenzo desvió el camino hacia una "madrevieja" oscura y sucia. Se empezó a desatar el equipaje y muy pronto estuvieron sesenta hombres con rifles y cartucheras llenas, ansiosos de matar. El resto del parque que llevábamos para la Revolución lo enterrábamos allí mismo cuando sentimos los pasos, gritos y disparos de dos cuerpos del Batallón Colombia que continuaban nuestra búsqueda. Vi sonreír a Victoriano con felicidad. Creí en un principio que se alegraba de haberlos despistado. Pero pronto vimos que no era eso. Esperó que transcurriese una media hora, y gritó: "—Bueno, ahora en marcha—", y nos fuimos adentrando por la "madrevieja" para doblar en plena montaña camino de la Trinidad. Anduvimos bastante tiempo, sin temores; los hombres hablaban y reían de vez en cuando, excepto Victoriano, cuyo rostro estaba lleno de una profunda seriedad. Cuando llegamos a una altura en el terreno, nos sorprendió una humareda que se levantaba hacia el Norte. Nos detuvimos. ¿Qué podía ser? ¿Quema de un monte? Imposible. También

oímos, débiles, unas detonaciones, como de granadas. Y, por el momento, nada pensamos. Es decir, yo nada pensé. Pero Lorenzo más serio que nunca, exclamó entre consternado y colérico: "—¡Amigo, los godos acaban con nuestra gente y las cosas; matémoslos!". Allí fue el comienzo, Ester. Avanzamos agazapados, oído atento, tal que animales listos a matar. Los fusiles a discreción y la mira nerviosa, buscando. Los sentimos regresar. Es doloroso, Ester. Venían confiados, haciendo chistes y dando vivas al conservatismo. Lorenzo ordenó y preparamos una emboscada. Entraron, ajenos al peligro, y una descarga cerrada los detuvo en seco. Quedaron atónitos. No sabían si huir o defenderse. Otra descarga. Sobre el suelo yacían como siete de ellos. Entonces se llenaron de miedo, soltaron las armas y empezaron a huír entre gritos de dolor y de espanto. Pero todo era vano. El fuego les cercaba. Un círculo de plomo los derribaba como hierbas inútiles. Es para volverse loco. Yo no pude disparar un tiro. Desde todos los puntos de la selva llovían balas sobre esa gente. Solo unos diez pudieron salvarse huyendo como unos perseguidos del demonio, sabe Dios por qué lugares. Terminada la masacre, Lorenzo se me acercó y con una risa rara, y un tono de voz muy raro también, me dijo: "—Antonio, tiene llena la cartuchera". ¿Por qué me lo dijo? ¿Fue una advertencia? Advertencia de qué? Yo lo sabía y tampoco era necesario que me lo explicara. Un trecho más adelante nos tropezamos unas mujeres que salieron a encontrarnos. Nos explicaron que allí habían estado los godos buscándonos. Como ellas no pudieron dar razón de nuestro paradero, se dieron a incendiar sus ranchos y sus ropas, para escarmiento, según decían. Que luego quisieron atentar contra ellas, que lloraban

y suplicaban, obligándolas a huír a los montes entre disparos. Que hirieron a una niña en su desesperación, la que murió en los momentos en que nosotros llegábamos. Todo lo ví. Estaba escrito, Ester, que ese día mi vida solo podía encontrar ruina, ruina y desolación por todas partes. Era un caserío que no conocía, pero Lorenzo sí tenía muchos conocidos. De allí fue una sola marcha hasta el Cacao. Allá están, felices, contentos; no recuerdan, parece que no supieran que han matado mucha gente. Lorenzo está distinto, Ester, muy distinto. Frío, burlón, es como si lo quemara una pasión desconocida. Creo haberle oído algo de muerte y de pelea, que había que defenderse, que a los "Cholos" los despreciaban, que así era mejor morir. Que les quemarían todos los ranchos, los sembríos serían destruídos, las mujeres perseguidas... Y todos, rodeándolo, aprobaban, reían y gritaban: "¡VIVA MANU VICTORIANO!" ¿Qué sucederá? La Revolución fracasó, está perdida. Cientos y cientos de muertos y heridos. Es imposible rebelarse. Así los quiere Dios...

—¡No inmiscuyas a Dios en estas cosas! —gritó Ester.

Bernal alzó la desgreñada cabeza, y la miró;

—Dios lo quiso así, Ester...

—Dios deja a los hombres ordenar sus cosas. Es preciso hacer, que El nos ayudará también.

Ester abandonó el asiento y caminó bajo las sombras del mango acariciando las ramas que colgaban bajas.

—¿No hay noticias de Panamá?

—Ninguna. Nada se sabe. Es lo peor.

—¡Pero es ridícula esa desesperación suya!— exclamó Ester.

Y abandonando el tono familiar que últimamente había usado para dirigirse a Bernal, agregó:

—Pareciera cobardía.

Bernal la miró fijamente. No atinaba a proferir palabra. Los ojos se le llenaron de lágrimas y una profunda consternación le inundó el rostro.

—Está nervioso, Bernal. Entremos.

CAPITULO XVII

Pasaron días lentos, días de una densidad indescriptible. Las palabras entre el capitán Bernal y Ester Becerra se volvieron frías, impersonales. A veces a Bernal se le antojaban burlonas, irónicas, sobre todo cuando decía: "—Antonio, todo fue una crisis nerviosa; ya ha pasado; me alegro". Tal vez fuera sincera; o quizás trataba de demostrarle lo contrario. Había perdido la fe, la confianza. Se asombraba al pensar que antes creyó imposible vivir sin Ester; ahora creía no poder vivir en su presencia. Le espantaba estar a solas con ella. Seguramente sabía que eso que llamaba "crisis nerviosa" perduraba. Sí, estaba allí: ¿Por qué ese temor a hacer, esa imposibilidad para pensar? ¿Quería irse, huír... pero, hacia dónde? El barco —él— se hundía. La costa estaba lejana y los animales acechaban. ¿Ir donde Victoriano? No, no; asombraba, le daba espanto la mortal frialdad de aquellos hombres. ¿A otro pueblo del interior? ¡Ni pensarlo! no tenía amigos y todo era tan difícil...! Permanecer... frente a ella... a cada instante... ¡Oh! Si pudieran ser como antes... Si pudiera volver a él aquello que se fugó la vez en que se interrogó a sí mismo. Era inútil plantear al cerebro cosas que solo son del corazón: no podía alejarse de esa casa, lerda y silenciosa, o de Es-

ter... ¡no podría alejarse de Ester!

¿Tendría espanto, también, del Farallón? ¿Acaso no eran suyas las intenciones de gritar en su claustro para asustarla? No, todo era sugestión, un poco de asco a la muerte que había tomado exageradas dimensiones. Iría donde Ester y le hablaría como antes, con voz grave y confiada. Pero... ¿a qué permanecer sentado...? Por qué las piernas no respondían? Nada asusta tanto a un hombre como el miedo.

—Antonio, Antonio, un barco se acerca... llega al puerto.

—Bernal saltó como un niño sorprendido. Se incorporó enérgico:

—¿Un barco...?

Su intención fue huír, esconderse.

—Venga, vayamos a ver.

—Eso es temerario Ester; es imprudente.

—¿No creerá que lo invito al puerto, eh? Venga, miraremos por acá; al final del huerto de la casa hay una playita. Esos no podrán vernos.

Ester obligó a Bernal a correr entre los rosales de su jardín, a saltar zanjas y desagües en una carrera de colegial alegre. Los alcanzó un grito de Chefa:

—¿Niña, y esas cosas qué son?

El mar hacía una angosta playa de arena muy limpia y rutilante, cercada por matorrales y arbustos. Allí llegaron .Ester y Bernal, sudorosos y sonrientes, y ella, llena de coquetería, se tumbó sobre la arena, riente y sensual como una virgen vencida. Bernal corrió hacia ella cuando Ester, entre risas cortadas y encantos nuevos, se fugaba hasta los arbustos protectores. Permaneció entre los vegetales, las rodillas hundidas en la tierra, mirando hacia el puerto donde una nave, aprovechando la marea alta, se había acercado temera-

riamente a tierra. Antonio tomó sitio a su lado.

—Están desembarcando, Ester.

—¿Cuántos serán?

—Se pueden contar...

Tres botes de tamaño corriente que estaban acodados al barco se alejaron rumbo a la playa.

—Desembarcan treinta —declaró Antonio.

—¿Serán todos?

Bernal permaneció silenciso, oteando. Por momentos volvía la mirada hacia Ester, muy cerca de él, pero ella estaba absorta, abstraída, mirando las operaciones. Se vio luego una de las embarcaciones que regresaba a la nave.

—Son más...

—Unos treinta y siete hombres. Es raro —dijo Bernal—, treinta y siete hombres únicamente.

Ester sentose, pensativa, entre los matorrales. No miraba a Bernal. Su vista se perdía fugitiva por la piel del mar. La tarde dejaba presas entre los picachos sus ancas luminosas. Entre ellos y la playa del pueblo, manchas de chiros revoloteaban jubilosas. Sol y viento.

Ester, con un mirar cansado, como quien vence un abismo, habló:

—Antonio, hay que irse. Ensille a "Capablanca" y váyase donde Victoriano.

—¿Donde Lorenzo? Pero Ester...

—Yo no lo puedo ocultar, Antonio; sería peligroso. Esta gente no me conoce y no sé hasta qué punto me respetarán.

—Pero usted va a quedarse sola...

—He vivido siempre sola, Antonio. Dígale a Lorenzo lo que ha visto.

Y, como una niña despreocupada e inconsciente, soltó a correr hasta la casa.

—Recuerde, Antonio. Victoriano debe saber lo que hemos visto.

CAPITULO XVIII

Ester divagaba, en el claroscuro herido por atisbos de noche, presa de contradictorios pensamientos. La Revolución moría. La vieja causa, su furtivo amor, cayó decapitada en el Puente de Calidonia. ¿Qué encanto o qué promesas bajaban para ella en el futuro? Ja... ja... La corte ridícula de unos soldados petulantes, nuevamente dueños de la República. Y una forma vaga empezó a tomar perfiles en el crepúsculo. Ester veía, muy lejana, delgada, una plaza brillante y mucha gente silenciosa. Un poste en el centro sujetaba una cara familiar... pero la memoria se le llenaba de sombras, de trazos oscuros y no podía precisar; solo distinguía un coro, un coro grave, sombrío, de mil voces, como si llegara desde el final de un llano: ¡Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis! Y ella, inconscientemente llevada por las voces, repetía en voz alta: Uno... dos... tres...

—¿Qué'j eso, niña Ester?

—¿Qué es qué, Chefa?

bía miles... miles de hombres, Chefa, que contaban: uno... dos...

La mujer la miró fijamente, como si buscara en el rostro de la muchacha el recuerdo, y, sin hablar, huyó hacia la cocina para esconder lágrimas.

Ester se volvió a tender sobre la hamaca mientras la miraba, en brazos de la recordación, huía entre puñados de sombras.

De súbito, la muchacha se irguió sobresaltada. Un griterío infernal se levantaba en el pueblo, por las cercanías de la plaza. No; no solo era en la plaza; los gritos corrían por todas partes.

—¡Chefa! ¡Chefa!

—¿Qué, mi niña?

—¿No oyes Chefa...? No...

—Sí mi niña... y ¿qué será?

En eso se sintió por la calle vecina alguien que corría. Una muchacha, las greñas sueltas, trepó al portal, huyó hacia el patio y, tropezándose con Ester, se echó a sus plantas, sollozante.

—¡Niña Ester, niña Ester!

—¿Qué te sucede, muchacha?

—¡Me van a matar... me van a matar!

—Cálmate... aquí estás segura.

Sobre el regazo de Ester se ahogaba en largos sollozos. Era una muchacha joven y sana. La piel estaba caliente y el vestido rasgado. Tomándole con delicadeza la barbilla, la obligó a mirarla.

—Cuenta chiquilla... ¿qué te sucede?

—Los soldados van a quemar el pueblo... van a matar a todos... me persiguieron tres... óigalos... óigalos.. ¡ay, niña, me van a matar!

Temblaba, por momentos los sollozos la suspendían sin aliento y la piel le hervía. Los gritos continuaban por todas partes y ya no tuvo dudas de lo que estaba sucediendo. Levantándose, cedió la hamaca a la niña.

—Descansa.

Ester fue hasta la puerta y miró calle abajo, pero nada pudo ver. Los gritos continuaban en el pueblo. Regresó al interior y, tomando una sombrilla que colgaba, se disponía a salir, cuando Chefa la atajó:

—¿Niña que'j eso; pa ónde va?

Se detuvo Ester, pensativa. ¿A dónde iba? Ni ella misma lo sabía. Una cólera inaudita la impulsaba. Esos gritos tenían en su memoria una doméstica resonancia. ¿A dónde iba? Era tonto, temerario, exponerse a la insolencia de esos soldadotes borrachos. Gente nueva, guerreros vencedores que no la conocían.

—¿Te atreves a salir, Chefa?

—Si la niña quiere... ¿Pero cuál es el antojo?

—Dile a Angel Coronado que venga.

Angel Coronado frisaba en los cincuenta años; era moreno, de tremendo tórax y voz pastosa. Parecía torpe y resistente.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó a quemarropa Ester, vencidos sus temores por la presencia de Coronado.

—Tan acabando con er pueblo. Los godos.

Se oyó una descarga de fusilería.

—¿Quién manda la tropa?

—Un tal Sotomayor, niña.

—No lo recuerdo.

Angel Coronado prosiguió:

—Llegaron como al puntear las cuatro. Cogieron el cuartel viejo que ta camino al puerto al término de la plaza. Pero como a las cinco salieron. Dentraron a la cantina del "Mocho Chindo" y tuvieron bebiendo, gritando vivas al gobierno, insultando, diciendo que los liberales eran unos perros sin madre, que eran unos ladrones. Eso no jué ná. Rato después salieron como demonios. Jueron al

cuartel y regresaron con los rifles disparando al aire. Un pelotón se jué donde Paula, que poco hace que le trajeron harina de Panamá, y cogieron, niña, como ocho sacos de la mujer y regaron por toa la plaza la harina. Tiraban harina a la gente, pisoteaban esa comida en toa la plaza y la pobre mujer llorando les decía que la dejaran, que ella era pobre, que no tenía ná que hacer con la guerra, que s'iba a morir de hambre, pero esos hombres la golpearon y tuvo que salir corriendo porque la pretendían entonces para malas maneras y así y todo jueron regando los sacos de harina por las calles. Disparando y gritando volvieron a la cantina der Mocho y casi lo matan. Allí estaba yo. Me escapé cuando hacían tiros a unas pocas botellas del hombre. Taba en casa cuando llegó la Chefa.

—Las represalias.

—Esa gente es mardita.

Chefa, con una taza de café para Coronado, dijo:

—Será güeno que Angel se quede. La niña tá sola.

Yo me quedo.

Por un momento los gritos se apagaron y todo quedó envuelto en el silencio. La noche era clara y sin viento.

La puerta que daba a la calle había sido cerrada, y conversaban cerca a la hamaca en que dormía la muchacha. De pronto, casi que imperceptible, Angel Coronado captó el chillido de los alambres de la cerca.

—Alguien pasa la cerca.

Quedaron en suspenso mientras Coronado, desde una esquina, atisbaba. Un hombre venía hacia la casa. No hacía ruido y parecía un gato en las sombras.

—¡Párese amigo! —dijo en baja voz Angel.

El visitante, pegado al suelo, permaneció quieto, fijos los ojos.

—¡Si eres tú Angel Coronado! —dijo al erguirse.

—Solo hay uno.

Y mirándolo:

—¡Ah! pero si es Justo Rodríguez!

—¡El de ayer y pa siempre! ¿Qué son esaj andanzas, Justo?

—Cosas del Manu; ¿está la niña?

—¡Allí no maj!

Ester se acercó. Nuevamente se escuchaba la algarabía en el pueblo. El aire estaba lleno de disparos y de blasfemias.

—¿A estas horas, Justo Rodríguez?

—Sí mi niña; cosas del Manu.

—¿Qué quiere Victoriano?

—Me dijo decirle que se esté quieta aquí en la casa. Que si había capitanes, que los marchara y se juera a dormir.

—¿Qué sucede?

—Eso jué too lo que dijo decirle.

Con la misma cautela con que había llegado desapareció en las sombras Justo Rodríguez. De su fuga los alambres tensos dijeron algo incomprensible. Iba en la noche silencioso: tomó una vereda que abandonaba el pueblo y subió una media milla hasta una loma desde la que se veía la población.

—Estaba en casa y sola, Manu; le hace compañía Angel Coronado.

Victoriano cubrió con silencio la noticia. Caminó sobre la loma revisando a los hombres: eran como sesenta; todos llevaban rifles y machetes. A un lado estaba el Capitán Bernal, la mirada perdida por las rutas del mar.

—¡Vamos, pues! —dijo Lorenzo.

Todos como un solo hombre, obedecieron.

—Ya saben: cuando poco, uno...

—Uno tan siquiera, Manu —respondió alguien, entre sonrisas.

Lorenzo inició el descenso. Avanzaban de dos en fondo. Cuando estuvieron cerca del pueblo, se separaron en grupos que a monte traviesa fueron cercando todas las entradas. Como gatos sigilosos, entraron en las calles; por las sombras de los portales y los desagües de invierno, avanzaron hacia la plaza. Eran bultos lerdos, como perros que se movieran desprevenidos. Momentos después, todas las boca-calles que daban a la amplia plaza estaban habitadas por sombras acechantes. Sobre el centro había unos doce hombres que gritaban y pataleaban, llenos de risas y de insultos. La cantina —única luz del pueblo— se sabía llena de soldados. A veces alguno corría de la plaza a la cantina y regresaba con las manos llenas de ron.

Uno quiso ir a la cantina y la borrachera lo llevó hacia otra calle. Los demás lo vieron irse y le acompañaron con burlas y advertencias.

—¡Ay!

Los soldados todos miraron sorprendidos, pero nada se oyó. Solo en la cantina había gritos. Siguieron a la expectativa un momento más y un chiste cualquiera hizo olvidar el lamento. Continuó el jolgorio, mientras que por los portales, hacia la taberna, avanzaron bultos confusos. Pronto en la cantina se oyeron gritos heridos, desgarradores, e inmediatamente todo quedó en silencio.

Los hombres que reían en la plaza se incorporaron asustados. Solo sobrevivía el silencio.

—¡Saturninoooo!

¡Antonio Quiñoneeees!

Los gritos quedaron, íngrimos en la noche, sin respuesta.

—¡Quezada!

—Inútil, nadie respondía. Sorprendidos, corrieron hacia la cantina. No corrieron más: de ellos quedó sobre el suelo una sangrienta masa de cuerpos hacinados, llenos de puñaladas, desnudos y sin vida.

—¡A botar estos perros, muchachos!

Tan sigilosos como entraron al pueblo, caminaron hacia la playa.

CAPITULO XIX

La noticia se extendió por el Departamento como incendio en cañaveral. Hasta al mismo señor Presidente de la República se dio conocimiento del suceso. Un criminal sin Dios y sin ley había atacado por sorpresa a treinta y un soldados del Gobierno, en misión de paz y restablecimiento del orden, y sin aviso de ninguna clase, proscribiendo los más elementales preceptos de la guerra, los degolló sin conmiseración alguna. No se les conocía ni se tenía noticias de cuántos eran. El crimen ocurrió en San Carlos y pronto las fuerzas legitimistas harían entrar por razón a ese desalmado.

En Panamá se habló mucho del acontecimiento. El propio General Albán tomó a su cargo la investigación. Cuatro soldados que regresaron dijeron que nada sabían; que no tenían idea de lo sucedido. Llegaron a San Carlos —fue su versión— a eso de las cuatro de la tarde; tomaron algún tiempo en reconocer el cuartel y las pertenencias del Gobierno en ese sitio; a eso de las cinco y media de la tarde salieron al pueblo y cuando serían las ocho de la noche se retiraron a descansar. Era todo lo que podían decir. Uno de ellos despertó a la media noche y se sorprendió de que los compañeros no hubiesen regresado; llamó a los otros, dió conocimiento del hecho, y éstos le res-

pondieron que no se preocupara, pues tal vez la parranda era grande. A las seis de la mañana, como si alguien los llamara, despertaron a un mismo tiempo. Preocupados caminaban el pueblo cuando uno de ellos descubrió en la tierra una huella de sangre que llevaba a la playa. La siguieron y sobre la arena, frente al sitio en que habían desembarcado el día anterior, se levantaba una pirámide de cadáveres. Llenos de espanto huyeron por tierra hacia Panamá. Era todo lo que podían decir.

La pista la dió un prominente conservador de San Carlos, lamentándose siempre porque la guerra había agostado su hacienda, quien dijo que informes recientemente recibidos le aseguraban que el autor del hecho delictuoso era un tal Victoriano Lorenzo, indio de la pura montaña, criminal varias veces, condenado no hacía mucho tiempo por la muerte de un hombre llamado Pedro de Hoyos. Albán, más inteligente que militar, ató rápidamente algunos cabos. Hizo comparecer a su presencia a varios liberales, quienes desde el desastre de Calidonia tenían a la ciudad por cárcel, y les explicó lo que todos conocían. Dijo más: aseguró que ellos, como liberales, como hombres de bien y enemigos caballerosos, no tenían por qué solidarizarse con un acto semejante de sevicia cavernaria. Que no había deslealtad en dar a las autoridades indicios, ya que esto no podía considerarse como acción de guerra n mucho menos. Esto —afirmó— era un atentado social, y, en presencia de tales hechos, era indispensable deponer las actividades partidaristas y reaccionar como colombianos. Aseguró que el autor de la masacre era un tal Victoriano Lorenzo, indio de las montañas de Coclé a quien había apertrechado la Revolución. Pedía que le dieran detalles personales

—fisonómicos— del sujeto. Preguntó por una tal Doña Ester, dama bella, inteligente y culta, la que, según informes —que no eran otros que los dados por el lloroso hacendado— vivía de una manera misteriosa, sin correspondencia social con el pueblo, amiga siempre de la tropa de puesto, y a la que se había visto en sospechosos movimientos.

Las requisitorias de Albán fueron inútiles. Desconocían los acontecimientos. Estaban ellos tan sorprendidos como él. La entrevista se dio por terminada. Pero mentían. Muchos de ellos conocían a Victoriano Lorenzo y la procedencia de las armas. Confirmaron las sospechas de Albán las frecuentes fugas nocturnas de muchachos jóvenes que dejaron la ciudad para unirse a los guerrilleros de Coclé, siguiendo el rojo pendón que cayera en Calidonia y que tremolaba airoso, aunque fugitivo, por las apartadas cumbres coclesanas.

Esto trajo nuevamente el desasosiego en el Departamento. Se hablaba de miles de indios levantados, asegurándose que los campos de Coclé estaban cubiertos de cholos en armas. No era esta una guerra de partidos: era guerra de indios contra blancos. Se aseguraba que de un momento a otro asaltarían la ciudad. Frecuentemente llegaban a la capital informes de crímenes cometidos por Lorenzo: quienes degollados, quienes depilados, quienes achicharrados en una fiesta salvaje.

Mientras en Panamá las conjeturas subían hasta el rojo vivo, Victoriano Lorenzo adiestraba a su gente. Repetidas veces les habló de que ya nada podría detener la lucha iniciada. Advirtió que era inútil arrepentirse, que a aquel que se rindiera los godos lo ahorcarían. Que recordaran que los blancos siempre los habían olvidado y despreciado. Varias veces, también, copartidarios llegados de

Panamá hablaron del Partido; de que pronto vendría ayuda del exterior y afirmaron que cuando la Revolución triunfara, el porvenir de ellos sería muy distinto. No más godos, no más regeneradores: ellos habían aprisionado injustamente al MANU VICTORIANO.

* * *

En una de las salidas de Lorenzo a la Provincia de Panamá, hasta Gatún, encontró que su hacienda del Cacao había sido devastada; un hermano menor colgado por los dedos, para que denunciara el sitio donde había sido enterrado el parque; su mujer, Lorenza, perseguida; las mujeres y muchachas castigadas y algunas violadas; el sitio, en fin, según testigos presenciales, había sido visitado por cincuenta soldados despachados de Penonomé. Lorenzo montó en cólera, reclutó más hombres y pronto tuvo a sus órdenes nuevos cientos de indios dispuestos a luchar. Bajó a San Carlos y liquidó un pelotón de treinta soldados del gobierno. Volvió a las sierras, dejó los lares de Bejuco y San Carlos y avanzó hacia las llanuras de Penonomé.

Una noche, cuando todos dormían, entró colérico a la ciudad. Gritos aterradores, voces desconocidas, despertaron a la ciudad dormida. Los soldados, sorprendidos, salieron. Fue un encuentro a machetazos. Los cholos ululaban de furia; las mujeres gritaban llenas de pánico. Cosa fue de media hora: los indios se retiraron aullando como fieras insatisfechas, dejando cincuenta soldados sin vida. No regresó a la Trinidad. Se fue a la Churuquita Grande, un sitio en la cordillera, defendido por lomas y precipicios, desfiladeros y cañones, por

donde únicamente podían transitar sin temores los indios levantados.

* * *

De Aguadulce solicitaban al gobierno refuerzos. Se decía que Lorenzo atacaría la ciudad con cientos de hombres. Los barcos del gobierno no tomaban pie de reposo en la Bahía de Panamá. Cruzaban el litoral llevando tropas a todos los sitios. Los conservadores huían de esos parajes. En todas partes veían a Lorenzo y encontraban sus rastros. Ora se decía que había pasado por Pocrí, camino de Los Santos; ora que en las noches entraba a los pueblos, para espiar. Bandos del gobierno prometían en los pueblos gruesas recompensas a quien diera noticias de Victoriano "—Viene Lorenzo, viene Lorenzo—" era el grito que llenaba de miedo a hombres y niños "—Viene Lorenzo—", decía alguien y empezaba una orgía de tiros al aire, de hombres que corrían a esconderse, de mujeres y niños que llenaban las iglesias de súplicas y demandas misericordiosas "—Viene Lorenzo—"; y acto seguido, en medio de las calles, la gente asustada se ponía de rodillas sacudiendo crucifijos, rezando en alta voz, aereando imágenes. Y así, entre fábulas y hechos ciertos, la imaginación de los pueblos estaba llena de visiones sangrientas. Desde Panamá hasta Chiriquí, en Bogotá y el extranjero, se hablaba del guerrillero misterioso. En el púlpito, en la calle, a la hora de comer, antes de dormir, en la cantina, en la tertulia de café, en los partes de guerra, en las comunicaciones oficiales, en las diligencias de los juzgados, el nombre rojo de VICTORIANO LORENZO erizaba la piel. Sin embargo, en Churuquita la Grande, en el fondo de la sierra, tras un pre-

cioso paisaje de vertientes y cerros en donde pendían ranchos caprichosos, defendido por una guardia permanente de vigías que oteaba siempre las llanuras distantes, Victoriano Lorenzo razonaba la transcendencia de su causa, escribía a Domingo Díaz en Nicaragua, se comunicaba con Belisario Porras, y preparaba a su gente —unos quinientos hombres— para la nueva campaña de liberación. Diariamente llegaban desde Panamá, Bejuco, Capira, San Carlos, Penonomé, Aguadulce, Pocrí, Natá, voluntarios. Unos atraídos por la fama del indio levantado, otros entusiasmados por el encanto de la guerra.

* * *

Una noche Lorenzo llamó al capitán Antonio Bernal y fueron a sentarse en un sitio apartado, sobre una peña que estaba como suspensa en el vacío. Estuvieron un tiempo silenciosos, y Victoriano fue el primero en hablar:

—Capitán, a usted algo le pasa. No está a gusto.

—No me siento bien; quizás esté enfermo.

Hubo un silencio prolongado.

—A usted no le gusta la guerra.

—La guerra no es buena.

—A uno le hacen la guerra y uno tiene que pelear.

—Antes sabía porqué peleaba; ahora no sé.

—¡Yo sí sé por qué peleo, Capitán Bernal! Y no tengo miedo.

En los ojos de Victoriano brilló un poco de cólera.

Antonio se le quedó mirando, fijamente. Nada dijo. Lorenzo volvió a hablar.

—Si usted se cayera desde esta piedra se moriría.

Lleno de espanto, Bernal se apartó. A unos pocos metros se detuvo, mirando atentamente a Lorenzo. Victoriano sonreía.

—La muerte lo asusta, Capitán.

Bajo el peñón la noche estaba densa, oscura, tal vez fría. A lo lejos dardeaban los ojos insomnes de los ranchos.

—Usted me odia— dijo Bernal.

Lorenzo seguía riendo con un fulgor maléfico en los ojos.

—Tiene miedo y la muerte se ha hecho para los hombres.

Lorenzo apartó la vista. Luego de meditar unos instantes, prosiguió:

—Quiero que me ayude, Bernal; vaya a San Carlos y dígale a la niña Ester que venga; que acá hay puesto seguro, que allá no la puedo defender. Que venga.

La expresión de Lorenzo había cambiado por completo. Estaba sereno y sonreía amistosamente. Bernal se le acercó y le cruzó un brazo por los hombros.

CAPITULO XX

Bernal iba al encuentro de Ester vencido por una duda insobornable. Por momentos pensaba que solo lo hacía en obediencia a Victoriano, pero luego se convencía a sí mismo de que Lorenzo y el angustioso anochecer solo fueron accidentes: ir a Ester era imperativo. Pero la indecisión lo tocaba a él mismo, a sus fuerzas, a sus deseos y a su capacidad de realización. ¿Miedo él? ¿Cobarde? Veces hay en que los hombres pierden a Dios, es decir, trasnochan el destino. Ello sucede en las grandes conmociones íntimas, cuando todo es orgía y el encanto es aplicable a cada cosa: a la sangre, al dolor, a la risa, a la muerte. Entonces, quien encuentra a Dios habita el vértice angustioso: o huye a esconderse, o se planta ante la caravana y le recuerda la forma de los hombres. ¿He allí la duda; huír? ¡Era temer! ¿Correr ante las huestes de la muerte en marcha y gritar? ¿Escucharían? ¿Cuál sería la figura de su cuerpo triturado por las huellas de mil hombres implacables que caminan, y caminan y caminan, con ese sonido hosco, grave, que se hunde en la misma tierra? ¿Cuál sería la importancia en aquellos momentos del grito de la especie? ¿Y de hacerlo, tenía las fuerzas suficientes? Bernal recuerda bien que días atrás, en momentos en que Victoriano

hablaba a esos vagabundos organizados, le asaltaron deseos atrabiliarios de gritarles todo lo que sentía, lo que no alcanzaban a comprender; entonces se adelantó, pero había tanta confusión en su mirada que Victoriano, sonriéndole, dijo:

—¿Qué quiere, Antonio?

No podría explicar lo que sintió; se le hizo todo oscuro y seguramente bajó la cabeza. Es difícil enfrentarse a la caravana en marcha. Por eso, Bernal, sabía que volver donde Ester era imperativo.

Ella lo recibió alegremente. Fueron gestos auténticos de simpatía, sin premeditación, cosa que sí hubo después, cuando la muchacha volvió frías y formales las relaciones, tal como hiciera pasado el desastre de Calidonia. Antonio llegó entre las últimas sombras del amanecer. Ester aún dormía, pero Chefa despertaba los trastos en la cocina. Todo el día lo consumió Bernal en conversaciones. No salió a la calle. Pasado el asalto de Lorenzo, la nerviosidad ofuscaba al pueblo. Liberales y conservadores estaban confundidos. Había recelos. Cuando las tropas gobiernistas acampaban, los partidarios de la guerra huían al monte. Las delaciones cundían y la conversación en la calle estaba cortada por la reserva. Ester misma fue denunciada varias veces. Pero su belleza, la fina coquetería con que se escudaba, la liberaron de infundios. Y los recuerdos que Sarria le hacía llegar en ocasiones confundieron a los delatores.

Chefa era la que no disimulaba su contento por la vuelta de Bernal. Le tenía cariño. A menudo, en las tranquilas noches de estas dos mujeres, con infantil malicia campesina sugirió amores a la niña. Ester rio. Amar. Perderse. Dejar de ser. ¿Había amado Chefa alguna vez? Dijo que no recordaba. Tal vez sí, en su lejana juventud, algún

amor campesino que no dejó rastros. ¿Pero quién dice que ella, Ester Becerra y López, no amaba? Más... ¿qué amaba? Amar es desear, abrazar o dormir con un mismo pensamiento. No era necesario decirlo. Pensamiento y pasión no son antagónicos. Ni se anulan. Tal vez se superponga juiciosamente. Cada vez que ella se adentraba en averiguaciones íntimas, una sombra informe, un lejano dolor la requería. Algo que recordaba despedidas. ¿Qué era? Si Chefa pudiera explicarle, adelantar una respuesta. Tal vez amara la permanencia. Es decir, ella amaría si tuviese la certidumbre de que no habría despedidas, ni mucho menos distancias, esa cosa cruel de los horizontes que la toca siempre. ¡A, Chefa siempre la hacía pensar!

Pasaron los días y Antonio vivió la certeza de que jamás se iría de allí. ¿La guerra? No quería pensarlo. Cosas del destino. Ester, como si conociese sus temores, no hacía más que hablarle de batallas.

Cierta tarde, pasada la cena, tomaron el camino de la playita y al final del huerto de la casa. La mar estaba serena y los arenales tersos bebían sangre del crepúsculo. Allá, sobre las aguas, la forma soberana y perenne del Farallón. Algo exótico lo dominaba. Sin pensarlo, Ester y Antonio dejaron sus ojos sobre él.

—El Farallón...

—¿Recuerdas que prometimos ir...?

—¡Sí... hace tanto tiempo...!

—Todavía es tiempo.

—No, hoy no. Tal vez cuando termine la guerra, si vuelves por estas tierras.

—¿Si vuelvo? No pienso irme.

—Tienes un compromiso que cumplir.

—Contigo únicamente.

—Conmigo no; el agradecimiento me molesta. Es con la patria: la Revolución necesita soldados.

Bernal la miró. Ella seguía sujeta al Farallón.

—Es fácil ser feliz —dijo.

—Sí, cuando nos rodea gente feliz.

—No es necesario, Ester; cada cual puede vivir su mundo.

—Como si cada uno tuviera un mundo. Como si el mío no fuera el tuyo, el de Chefa, el de Victoriano, el de Angel; como si ellos no tuviesen derecho a vivir, a ser felices.

Bernal intentó asirle una mano, pero Ester lo esquivó. Antonio se acercó a ella y se sentaron sobre la arena. Donde quiera que se mirara tropezaba la vista la raya sonora de las aguas. Rendido cada cual a sus cavilaciones, no repararon en que del crepúsculo no quedaba ni la figura del Farallón. Había caído la noche, clara y sin nubes de lluvia. El viento transitaba soberano y el litoral se erizaba de frío.

—¿Ester, no has pensado dejar esta tierra?

—Bueno... no, no lo he pensado.

—Debes salir, conocer ciudades, gozar la vida.

—Tal vez...

—Mira, estoy seguro de que a cualquier parte que fueras; en toda reunión social, tú serías el centro de la atracción.

—Poco me preocupa.

Bernal, sin considerar los esfuerzos de Ester por paralizar la conversación, seguía proponiendo temas, hasta que un recuerdo inexplicablemente olvidado, le llenó los ojos de cólera.

—¿Tú quieres a Sarria, eh? —le gritó muy junto a ella.

Ester se volvió, sorprendida.

—¿A quién?

—¿A Sarria... Carlos M. Sarria, eh?

La muchacha rio como hacía algún tiempo Antonio no la veía reír.

—No conozco a ningún Sarria.

—¿Que no lo conoces...?

Ester reía con toda gana.

—No... ja, ja... no lo conozco.

—Embustera... traidora... igual a todas. Bernal le asió fuertemente una muñeca.

—¡Suéltame...! ¡Suéltame, bruto!

—Habla, ¿por qué le escribías? ¿Por qué te escribía?

Ester se tornó violentamente seria.

—¿Quién te dijo, Chefa?

—No.

—Vámonos, Bernal —dijo Ester incorporándose y obligando a Bernal a liberarla.

El hombre permaneció un segundo confundido, mas luego corrió hacia Ester que caminaba y la abrazó desesperadamente.

—Te amo Ester... tú eres mía... mía.

La muchacha hacía esfuerzos por no dejarse besar; golpeaba a Bernal sobre los hombros, forcejeaba apasionadamente por desasirse.

—Bruto... animal... déjame... déjame, asesino.

Bernal la soltó y Ester Cayó sobre la arena sollozando. Antonio estaba confundido, azorado, y no llegaba a comprender qué había sucedido, por qué lo hizo. Una pena cruel lo llenaba de miedo.

—Ester, perdóname; estoy confundido... no sé qué ha pasado.

—Apártese, hipócrita; eres un soldadote... un soldadote nada más.

—Perdóname; por favor, perdóname, Ester.

Bernal, todo asombro, la miraba sin resolverse a nada. La muchacha sollozaba sobre la arena, la cara entre las manos.

De pronto, un ligero temblor empezó a sacudir-

la. Enderezó el busto espléndido y fijó los ojos en la lejanía del mar. Bernal, asiéndole con suavidad un brazo, la llamó:

—¡Ester...! ¡Ester...!

Parecía no oír, escuchar extrañas voces, cosas distintas. Entonces Antonio, atrayéndola hacia él, dijo:

—Ester... Ester... óyeme, atiéndeme, yo te amo.

Presa aún del extraño temblor, los ojos llenos de fiebre y de una luz desconocida, exclamó, tendiéndose sobre la arena:

¡Amame, Antonio, Amame!

CAPITULO XXI

Ester y Antonio se amaron otros días. Salían a los atardeceres y en el viejo caserón de los Becerra y López la lobreguez de antaño cedió paso a fugaces destellos de alegría. Pero Ester no se había rendido a Bernal. Este, apasionado, nervioso, olvidó por completo todo lo que no fuera su amor por ella. Ester, por el contrario, seguía cautiva de otros afanes. Frecuentemente alababa la guerra, se refería a los revolucionarios en términos cariñosos, considerándolos como individuos que comprendían la obligación vital de todo hombre valiente y honrado. En Bernal, por el contrario, el tema de la guerra fugaba persistentemente. Era como si temiera mencionarlo. Hacía tiempo que debió regresar a Churuquita Grande, al lado de Lorenzo, y día a día dilataba su regreso.

—Ester, huyamos de aquí.

—No podemos.

—Tenemos derecho a ser felices. Esta guerra no terminará nunca.

—No, Antonio; yo no entiendo porqué, pero esta guerra la siento como algo muy íntimo y que tenemos que ganar.

—Vámonos de aquí, Ester. Iremos a otros lugares. Todavía es tiempo; estamos jóvenes. ¡No te das cuenta de que esta guerra es una balandrona-

da inútil; que es producto del despecho de unos ambiciosos que empujan al pueblo a matarse, mientras que ellos solo sueñan con el poder!

—Hablas como hombre que tiene miedo.

—Vayámonos al amanecer a Panamá; de allí iremos a Costa Rica, Nicaragua. A cualquier parte, Ester, donde podamos amarnos sin temores, donde la gente no se mate, donde podamos ser felices.

—No, no me iré. Godos sucios. Antonio, si es preciso para ganar esta guerra que tú mueras, no me importa, Antonio, no me importa que así sea.

—Está bien, Ester.

* * *

El día que Antonio regresó a Churuquita Grande, había en el campamento un inusitado movimiento.

Es que una tarde llegaron, derrotadas de Panamá, las tropas comandadas por el General Noriega. Desde hacía mucho tiempo la gente del lugar no comía sal, monopolizada por el Gobierno en Aguadulce. Mas como el visitante dijera que su gente no podría hacer lo que sí hacían los soldados del Manu Victoriano, es decir, ahumar la carne, fue preciso ir a Pocrí, no muy distante y cerca de Aguadulce, por sal. Para ello se escogieron unos treinta hombres de Lorenzo y éste mismo se ofreció para comandarlos.

Cuentan que caminaban por los llanos de Río Grande cuando tropezaron al indio Murillo, morador de esos lugares, muy liberal según su dicho, el cual venía en afanosa carrera. Al preguntársele por qué corría, informó que era perseguido por tropas del gobierno que trataban de matarlo. El hombre no mentía. Aparecieron por el confín del llano sus perseguidores, que en cuanto divisaron

a la gente de Lorenzo soltaron a disparar. Se empeñó el combate, y cada grupo se atrincheró en sendos canjilones que sectaban la tierra. Se disparaba de uno y otro lado. En eso, el que los comandaba salió de la zanja hacia otra posición, cuando un certero disparo le partió la frente. Los otros, sin jefe, levantaron bandera blanca, lanzando los rifles sobre el llano. Entonces, el indio Murillo, machete en mano, corrió hasta el agonizante y lo ultimó. Los otros fueron traídos prisioneros.

Cuando Bernal llegó se discutía acaloradamente por todas partes. Lorenzo había ordenado, según decires, la ejecución de los presos y Noriega se oponía. Los saldados de uno y otro se resolvían por la decisión de su respectivo jefe. Se basaban los partidarios de Victoriano en que esos prisioneros, a las órdenes de Sotomayor, que no era otro el asesinado por el indio Murillo, habían maltratado a la madre de Lorenzo; que buscándolo llegaron a su rancho, y como la buena mujer no supiera dónde estaba su hijo, aquél, Sotomayor, de fiesta con sus secuaces, la había colgado por los cabellos de un árbol cercano. Allí hubiese muerto dando gritos si no aciertan a pasar unos peregrinos que la libertaron. El castigo, según alegaban acaloradamente, no toleraba discusión.

A su vez Noriega, de un carácter aristocrático y violento, no veía con buenos ojos los actos de Victoriano. Militar de carrera, solo le atraía el mando. Lorenzo, que en principio se puso a su mandar, pronto fue perdiéndole el respeto y, a lo último, no disimulaba sus deseos de que abandonara Churuquita Grande. El incidente que recibiera a Bernal no progresó porque días después, Noriega y su gente tomaron el camino de la montaña, hacia otras tierras.

Mas, pasadas algunas semanas, al campamento llegó un contingente numeroso de conocidos. Era la tropa de Noriega, quien, según ellos mismos decían, había disuelto los batallones Porras y Díaz, después de haber sido derrotado nuevamente en las alturas de Quije. La noticia provocó risa a Lorenzo, quien dijo a los soldados que los recibía contento, pero que ahora tendrían que pelear de verdad.

Entonces empiezan las guerrillas en Coclé y la figura de Victoriano Lorenzo crece como una esperanza entre la gente humilde y aun entre señores que, acongojados por el desastre militar del liberalismo, aplauden con reservas al cholo guerrillero que en las serranías enarbolaba la bandera roja. Sobre sus hombros y sobre los hombros de sus indios descansaría por mucho tiempo la Guerra de los Mil Días en el Istmo.

Y con los restos de la expedición de Porras; con los valientes que noche a noche abandonaban la ciudad y pasaban al cuartel de Lorenzo camino de Nicaragua o el Ecuador; con los campesinos que dejaban sus ranchos y subían hasta la Churuquita atraídos por la fama del Indio; en fin, con los restos de los ejércitos licenciados y derrotados después de Calidonia, y los extranjeros que quedaron al garete cuando la invasión fracasó, empezaron las guerrillas en Coclé. Y el grito que ahogaran en Calidonia se incendió sobre las alturas de la Churuquita.

Frente a este giro inesperado que tomaba la guerra, el Gobierno llegó a desesperarse; tomó el camino de los atropellos y las represalias: asaltos en Pocrí a casa de liberales o a los sospechosos de serlo; robos y saqueos a tiendas en Aguadulce; carcelazos, palizas, fusilamientos, en Natá, La Pintada y El Cristo, en cualquier sitio.

Entonces el nombre de Victoriano Lorenzo se pronunciaba como una venganza necesaria. Y surgieron amigos y copartidarios que espiaban al Ejército y se lo notificaban; llegaron viudas y hermanas heridas que se prestaron a ver a Victoriano. Pero lo que definitivamente prendió la mecha del odio en el ánimo de Lorenzo fue la masacre innecesaria que los conservadores perpetraron en las personas de unos cholos que habían quedado como rehenes en el puerto de Penonomé. Eran ocho. Dormían negligentes, cuando un pelotón de reconocimiento los descubrió. Y así, dormidos, fueron degollados y bayoneteados, dejándolos irreconocibles. La noche siguiente, previendo las represalias de Lorenzo, se disponían a huír hacia Aguadulce donde estaba el grueso de las fuerzas comandadas por el General Plaza, cuando cayeron en una celada que les preparó Victoriano. Iban reídos y confiados. De pronto, les llovió la bala desde todas partes. Sintieron unos gritos como aullidos de perros cuando se les vino encima una avalancha de hombres, machete en mano, rasgando el aire y los cuerpos a diestra y siniestra. Escasos se pusieron a salvo. Fue el comienzo.

Una noche se aparecía Lorenzo, en las barbas mismas de los regenerantes; les robaba sal, ganado, y tan misteriosamente como llegaba, desaparecía. Otra vez se presentaba a Pocrí y al amparo de las sombras iba hasta una cantina donde libaban soldados y de pronto él y otros gritaban: "—¡Viva Victoriano! ¡Viva Victoriano!—", y desaparecía, dejando dos o tres cadáveres. Se organizaron cuadrillas para apresarle. En las entradas de los pueblos se establecieron guardianes y retenes. Se le buscaba en los montes mientras Lorenzo, dentro en los pueblos, bebía tranquilamente café y conversaba de la guerra. Más y más gente se

iba a su lado. Los centinelas morían en sus puestos; los retenes eran hechos prisioneros. La sombra fantasmagórica de Victoriano Lorenzo estaba en todas partes. Unas veces vestido de mujer, otras sin disfraz alguno, entraba, confiado, a los pueblos, por caminos que solo él conocía. El gobierno ofrecía recompensas a quien diera indicios que pudieran llevar al Cholo, a quien avisara cuándo se encontraba en el pueblo, pero las gratificaciones nunca se cobraban. Una vez alguien habló y la madrugada lo sorprendió cadáver en el portal de su casa.

El espectro de Victoriano se deformaba en la imaginación de tirios y troyanos. Se hablaba de que era inútil apresarle porque tenía pactos con el diablo; que una vez, antes de la guerra, lo apresaron y maniataron, y nadie sabe cómo se escapó: en el suelo solo encontraron las sogas intactas; que se le habían hecho disparos a quemarropa sin tocarlo. Muchos soldados se pasaban noches mascando balas, porque estas eran las únicas que podían herirle. Pero era ocioso todo. Lorenzo aparecía y se esfumaba misteriosamente. El pánico aumentaba.

Los centinelas hacían disparos a una hoja que rodaba. Veces hubo en que hirieron a un compañero. La mayoría desertaba presa de pánico a la muerte por degüello.

Un día llegó la noticia de que el Istmo había sido nuevamente invadido, esta vez por el General Domingo Díaz, en las playas de San Carlos.

CAPITULO XXII

Antonio Bernal, hombre inteligente, y con alguna educación, comprendió muy pronto la presencia histórica de Victoriano Lorenzo. Supo que el Cholo en armas no era una aberración militar de la guerra, vio en Victoriano la esperanza dormida de una raza olvidada por el Estado, y no solo de una raza especial: era, en su corta dimensión, el anhelo reprimido de una clase social, de la masa anónima y oscura, de las mayorías errabundas y esquilmadas. Pero con todo, a medida que era mayor el número de los voluntarios que llegaban, sus temores se robustecían. Ultimamente llegaron nicaragüenses que andaban desquiciados por el Istmo desde la invasión de Porras, los que a las claras denunciaban un propósito torvo en la mirada. El mismo Lorenzo parecía más receloso, más cauto; en el brillo de sus ojos vagaba algo de melancolía y dolor.

Cierta tarde subió hasta Churuquita Grande una mujer robusta, de unos cuarenta años, morena, que llegó saludando a todo el mundo; era conocida de la gente. La llamaban la Negra Salomé, oriunda del Caño.

—¿Qué te trae, Salomé?

—Ganas de topar al Manu.

Caminó entre los ranchos recibiendo saludos y

sonrisas y fue hacia los sitios en que acampaban Lorenzo y sus oficiales. Sería la primera noche y no se oía el jolgorio de la Negra Salomé, cuando subió a la carrera el indio Murillo y preguntó si la habían visto. Dijéronle que sí. Acto seguido el indio corrió hacia Lorenzo.

—¡Manu Victoriano, cuídese; por aquí anda la Negra Salomé!

—Sí; por ahí la vi.

—Manu, viene a envenenarlo; el Gobierno le ha dao dinero.

La mujer, que oyó la conversación tenida en alta voz, huyó en momentos en que la sorprendían. Fue una persecución grotesca. Corría la mujer gritando por todo el caserío y tras ella, los hombres que la aupaban, insultándola. La alcanzaron, entre berridos de espanto, y la condujeron a las afueritas del poblado, mirando hacia el Caño. Allí la colgaron por los cabellos. Toda la noche se oyeron los lamentos de la mujer, que suplicaba le terminasen el castigo. Decíase arrepentida, y prometía, si la soltaban, matar al General Castro. Tiempo después Lorenzo ordenó libertarla, y dicen que desde la Churuquita hasta el Caño, fue una sola la carrera de la Negra Salomé.

Así como esa mujer, a diario subían hombres y mujeres de los sitios vecinos, con ánimos de conocer a Victoriano Lorenzo. Cuando el General iba de correrías, regularmente usaba unos treita o cincuenta hombres; transitaban impunemente las haciendas, y sin que hubiera violación alguna, la gente le ofrecía comida, le regalaba reses para el mantenimiento de la tropa, le ofrecían sitio para reposo. Tiempos había en que Victoriano se ausentaba del campamento por días y semanas; estaba en Natá, en Pocrí, paraba hasta en el Cristo y el Roble, y una vez estuvo en Santiago. Y por

todas partes se reportaba la sombra de Lorenzo. De regreso, asaltaba los mismos depósitos de sal del Gobierno, dejando como señal algún centinela amordazado, que en cuanto lo soltaban, lleno de miedo, huía pidiendo que se le diera de baja.

—Lo vi, lo vi —gritaba. Es bajito; se parece al Malo. Los ojos le echan candela. La próxima vez me mata.

Y así, todo soldado conservador que llegaba a ver a Lorenzo, o recibía alguna advertencia de éste, solicitaba su retiro y se alejaba de esos sitios. En el pueblo la sombra de Victoriano provocaba pasiones diferentes. Entre los escasos conservadores de esos contornos, anidaba el miedo, el sobresalto. Peligraban sus haciendas, pues por regla general eran los más acaudalados; peligraban sus vidas, porque Lorenzo era vengativo y no toleraba ofensas ni delaciones; peligraban sus familias, ya que llenos de espanto, los godos locales siempre estaban rodeados de militares; sus casas eran poco menos que cuarteles, siempre visitadas, siempre llenas de obsequios para los oficiales. El Estado Mayor Conservador destinaba retenes para su custodia y cuando se hablaba de Lorenzo tanto la piel de los soldados como la de los regenerantes se erizaba. En el pueblo, pobre y liberal, la presencia de Lorenzo era festejada alegremente; de las alacenas se sacaban bollos frescos, se asaba carne, se hacía mucho café. Cuando el copartidario Lorenzo visitaba, la casa se llenaba de gente, los muchachos y las damiselas lo miraban desde lejos, entre encantados y miedosos. Lorenzo era el amigo, era el copartidario, era el celoso guardián de sus vidas, de sus intereses, el que canceló esa ola criminal de represalias que siguieron al desastre de Calidonia.

Se le ofrecía una cama; se le envolvían bollos

y carne para que llevara; se le incitaba a que durmiera. Pero todo era inútil: Lorenzo era un andarín incontenible, un simpático bagabundo que no podía detenerse jamás en sitio alguno. Tenía muchos amigos, había muchos sitios donde lo reclamaban, para que él pudiese permanecer en uno de ellos. Dormiría a la vera de los caminos solitarios; en los arenales de algún río; en una madrevieja oscura. Allí estaría seguro. Conocedor como era de la voz de los montes prefería el silencio profundo de los parajes solitarios al bullicio de los poblados.

Así, mientras en la imaginación de algunos el indio era un flagelo terrible, criminal, un vagabundo desalmado, ladrón y relamido, en el recuerdo de otros, de los más del pueblo, la presencia de Victoriano era deseada y recibida con júbilo.

CAPITULO XXIII

Bernal avanzaba por un trillo angosto que caía sobre un riachuelo. Frecuentemente paseaba para dar espacio a un soliloquio irrefrenable, a actos de contrición que se habían hecho un imperativo en su conciencia. Caminaba distraído cuando de pronto, al salir de una trocha, dio de bocas con dos cadáveres en descomposición. El suelo estaba lleno de gallinazos que no se inmutaron con su presencia; en las ramas vecinas, también, los fatídicos enlutados, concurrentes a los velorios del monte; por el cielo volaban bajo, en círculos hambrientos.

Antonio retrocedió horrorizado; en un descanso del viento lo cercó la pestilencia. Por el suelo, a pocos pasos de él, se veían huellas de pasos y de cuerpos arrastrados. Inició el regreso y a poco encontró a dos hombres que avanzaban en dirección contraria.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Bernal a los recién llegados, habitantes del campamento.

—Unos que sorprendieron ayer cruzando el río.

—¿Por qué están allí? ¿Por qué no los han enterrado?

—Ordenes del General: para que todos los que pasen los vean.

Ese camino llevaba también a otras partes y

era el que frecuentemente se usaba cuando se iba o se venía de Antón, San Carlos y Chorrera.

Bernal se alejó de ese sitio y tomó otro sendero que circundaba una loma.

—Estoy solo, Señor; soy un hombre vencido por mí mismo —se decía Antonio. Amo a Ester y le temo; amé la guerra y hoy me horroriza; tuve confianza en Lorenzo y hoy me espanta. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Cuál es mi condición de este mundo tuyo, cuál mi destino? No puedo estar aquí ni puedo correr a parte alguna. ¿Estoy enfermo? ¿Para qué rara misión me has escogido? Yo quisiera decir a esos hombres que caminan a la muerte; decirle a Lorenzo que es un tonto, que los liberales lo odian tanto como los conservadores; que su inexorable final es la horca; que lo que él siente solo es el rugido de la pólvora al que nadie desobedece. Ninguno trabaja; las haciendas languidecen; las familias huyen a los montes; los ricos entierran la plata; la nación se arruina y muere y nadie lo nota porque la risa de la muerte enloquece. Dame fuerzas, Señor, para decir todo eso, para apartarlos de un confuso final; haz Señor que Ester me oiga, que no me mande a la guerra, que ella también, buena como es, ha olvidado Tu Palabra, a ella también la enloquece la risa aguda de la muerte.

—¡Bernal...! ¡Bernal...!

Antonio se detuvo y buscó el sitio de la voz.

—¡Bernaaal!

—Aquíiii...

—Orden del General que regrese. Hay que salir.

Mientras regresaba, Antonio pensó cosas distintas.

CAPITULO XXIV

Fue un atardecer mustio, grisáceo, con suave viento. La mar estaba silenciosa y tranquila como una llanura parda. Se vio un velero aproximarse a la playa de San Carlos. Atracó sin curiosos porque, así, con ese tiempo plomo, la vida tenía una densidad carcelaria. El pueblo, a la distancia, parecía hundirse, esconderse en silencio y modorra, como si caminara, el rostro escondido, hacia esa lobreguez que bajaba desde la serranía.

Sobre la playa desembarcaron diez hombres armados de fusiles y cuchillos. Algo dijeron a quien permaneció de guardia en la embarcación y tomaron rumbo al pueblo. Se les vio cruzar la dilatada plaza y encaminarse calle abajo, como quien corriera hacia otras partes. Poco a poco las puertas y ventanas se abrieron. Rostros soñolientos miraban al grupo de tránsito; otros perezosos y anémicos, siguieron a alguna distancia a los soldados, los ojos sorprendidos y estúpidos. Llegó el grupo hasta la casa de Ester Becerra y López y se detuvo. Hicieron un violento flanco derecho y dos se adelantaron al grupo. Del pelotón en la calle subieron gritos.

—¡Que salga!

—¡Sáquenla!

—¡Espía!.

—¡Sáquela, Teniente!

Luego se vio a Ester, bella, confiada, salir al portal. Cubrió con una mirada fría y superior a los oficiales. Después, al pelotón que se silenció.

—¿Qué desean, caballeros?

—¿Es usted Ester Becerra y López?

—¡A sus órdenes!

—¡Tengo órdenes de arrestarla, señorita!

—¿A mí? ¿Arrestarme a mí? Seguramente es una equivocación, caballeros.

—Siento pena, señorita; pero esas son las órdenes que tengo.

—¡Pero es absurdo, señores, esto es inconcebible! ¡Chefa! ¡Chefa!

—¿Qué mi niña, qué? ¿Qué le está acarreando?

—Chefa, Chefa, me llevan presa... presa, Chefa.

Ester se volvió sollozando hacia los brazos de la mujer.

—¡Atrevidos, vagabundos, como la toquen loj mato! —gritó Chefa mirando colérica a los militares.

—Son órdenes, señoras; nos da vergüenza.

En eso se oyó el griterío de la soldadesca:

—¡Sáquela Teniente, sáquela!

El pelotón se apersonó en el portal. Chefa escondió tras ella a Ester y se enfrentó a los soldados.

—¡Tóquenla, tóquenla, vagabundos!

Frente a la casa se había congregado una multitud que, atónita y torpe, solo profería gruñidos. El oficial se adelantó y Chefa se le fue encima, las manos contraídas para estrangularle, los ojos inyectados. Inesperadamente dos hombres saltaron y golpearon sin piedad a Chefa, que cayó al suelo entre maldiciones.

—¡Criminales! ¡Cobardes! —gritó Ester.

Intentó correr en ayuda de la fiel mujer, pero

dos soldados la asieron brutalmente por los brazos.

—¡Suéltenme, canallas!

—¡Venga con nosotros!

—¡Suéltenme, asesinos!

Los hombres llevaron casi que a rastras a Ester hasta la calle. La multitud se esparció con miedo, situándose a mayor distancia. La muchacha, con el cabello en maravilloso desorden, los ojos llenos de lágrimas, volvió a mirar a sus captores, quienes la soltaron inmediatamente.

—¿A dónde me llevan? —preguntó.

—¡A Aguadulce!

—¿A Aguadulce? ¡—Pero eso es absurdo! ¿Qué he hecho yo, señores, ¿De qué se me acusa?

—Lo lamento señorita, pero no puedo contestarle.

—¿Quién pide mi arresto?

El General Castro.

—¿Está en Aguadulce el General Sarria, Carlos M. Sarria.

—No; está en Colón.

Iba bella, altiva, en medio del pelotón. El pueblo la vió ir como una diosa altanera. Y tal vez amó ese espectáculo, superior a la sensibilidad de un pueblo soñoliento de hambre y de miseria, trasnochado por el dolor de la guerra.

Era el claroscuro del ocaso. Los gritos de Chefa eran voces peregrinas que solo entendía Ester. Pero ella, Ester Becerra y López, continuaba erguida, triunfadora de su desgracia en medio del pelotón calle arriba. Llegaron a la plaza; el pueblo comenzaba a encender las primeras luces. Ni un grito ni una voz de protesta. Se enderezó la marcha al embarcadero.

—Señor, es tarde para que una mujer viaje sola —dijo Ester, con la desesperación pintada en

el rostro —Esperemos hasta mañana.

—Lo siento profundamente, pero tengo órdenes de estar mañana temprano en Aguadulce.

Ester no replicó. Rodeada de soldados caminó hacia el puerto. Alta y esbelta, parecía una soberana seguida por lacayos. Cuando llegaron a la playa, las sombras no arrastraban ya golpes de luz. La noche colgaba omnipresente.

Embarcaron en un liviano velero de cabotaje, una nave costera sin aspiraciones. Tomaron puesto los diez hombres. Hacia el medio sentaron a Ester. Se hicieron a la mar con buena brisa. Pronto la playa fue fundiéndose entre las olas. Después, nada, nada... la permanente ondulación. Sombras... sombras... y el ruido asmático del casco sobre aguas.

—¿Y la niña sí que es bonita, no? Ji... Ji... Ji...

—¡Ah, y la sorpresa del General cuando la vea!

Bajo la ropa un ligero temblor sacudía a Ester. Un cerco de miradas encendidas la custodiaba. El bote surcaba, llenas las lonas de viento, la mar oscura. Pasaron entre el Farallón y la costa como sombras perseguidas.

—Si tocáramos en esa peña...

—¿Y no le gustaría a la niña un descansito en la cueva?

Una angustia incontenible consumía a la muchacha ¿Cuándo sería? ¿Ahora mismo, en el vientre del Farallón? ¿Más tarde en alguna ensenada solitaria? Y como el lento fluir de las olas, fueron surgiendo desde sitios recónditos los pensamientos. Fue Bernal, Antonio Bernal, quien una vez la impresionara como un gallardo aventurero descubriéndole el mundo. Y luego, él mismo, el que se diera a soltar pardas cenizas, haciendo sombras entre ella y él. Sí, y una noche, en el

playón escondido, sin saber cómo ni por qué, la vencieron Bernal, y otras cosas que no pudo controlar. Sobre la tibia arena, una noche cualquiera —estaba la mar tersa y la luna impávida—, se cumplió el veredicto de la naturaleza. Y no sentía temores. Era grato el dolor de recordarlo: fue de él, con toda su fuerza y su pasión, con la desesperada grandeza de un deseo largamente contenido. Ahora, corriendo hacia el final, un nuevo sentimiento se descubría en ella. Como si buscara la identificación consigo misma. El agónico esfuerzo de una vida que vivió contradictoriamente: la Ester llena de caprichos, pasional, amorosa; y esa otra, la que todos conocían, la mujer feliz, conversadora, indolente, incapaz de amar. A veces llega a ser tan inmensa nuestra vida falsa, que terminamos por confundirnos aceptando la espuria por la auténtica, siendo ésta para nosotros una pesadilla permanente que a solas nos visita y requiere mientras en las horas de meditación nos agobia como un fantasma de la infancia. Pero al final, cuando ante la muerte todo es armonía, sin esfuerzo se llega a la identificación con uno mismo. Entonces se encuentra que la vida es sencilla porque todas las fuerzas que nos animan marchan sin discutir. Es el encanto de agonizar, es la paz de la muerte. El encuentro último, sin glorias, de posibilidades que nacieron para caminar juntas, pero que la vida, esta oscura vida de conversaciones, dilató hasta perderlas en nuestra propia conciencia.

Estos pensamientos aligeraban la angustia vital de Ester. Ya no buscaba costas ni la asustaba el futuro en una ensenada solitaria. Sabía que el barco que todos llevamos escondido divisaba puerto hermano. ¿Qué sería de Antonio? ¿Por qué había cambiado tanto últimamente? Nunca supo

que lo amaba, pero ahora era otra verdad que descubría: amaba a Antonio. Le importaba su suerte y destino que mucho tuvo que ver con el suyo.

Chefa, la pobre Chefa, vieja y sola en el inmenso caserón. Nunca comprendió porqué era tan grande esa casa suya. Cal y canto cuadriculando el silencio. Muchas veces, cuando Chefa buscaba algo por el patio o estaba en la calle en diligencias, y ella quedaba sin compañía, le acosaba el convencimiento de que la vigilaban; de que había ojos invisibles para custodiar sus pasos; de que otros cuerpos y otras fuerzas habitaban la casa. Y miraba de improviso hacia un rincón, bajo el estante, hacia el comedor, sin encontrar nada, nada que delatara la presencia de esos ojos, esos cuerpos, esas fuerzas que ella sabía en en su casa. ¿Ah... a qué pensar en cosas que nunca tuvieron explicación?

Iba en la noche en ese bajel misterioso, entre un extraño cargamento de lujuria. Aunque el viento era frío, la mirada de esos hombres la quemaba. Vio a su lado las aguas negras, profundas, y las halló liberadoras. Allí, la muerte era fácil y necesaria. Vivir no es un compromiso. Es una misión que se cumple o se abandona cuando no se puede responder. El suicidio es un desenlace honroso y un respetuoso tributo a la vida. Son profundas y negras las aguas que lamen la embarcación. Están cerca, increíblemente próximas, y se pueden tocar con las manos. Solo una ligera inclinación, y se paga el precio de ser inútil. Sí, la vida está cada vez más lejos, la muerte es oportuna y las aguas están muy juntas... ahora, cuando salta la ola, se perderá en seguida entre las sombras densas, en esa ola enorme que avanza, que se aproxima... llega, ya...

—Voy a dormir. Tome el mando, Cabo —habló el oficial jefe y se movió hacia la popa del navío.

Ester quedó rígida, helada, con el temblor de una niña sorprendida.

Ester vio venir hacia ella, a libertarla, esa ola última de su vida; una rara sensación le suspendía, cuando la voz de un oficial la contuvo. Fue como una terrible explosión junto a ella, algo que la conmovió profundamente y la dejó envuelta en un temblor incontenible. Con todas las fuerzas de su voluntad disimulaba su condición. Miraba a un lado, sin ánimo de encontrar luces en esa densa oscuridad, solo por aligerar el peso de sus temores, para olvidarse del final macabro de este viaje. La embarcación daba tumbos de un lado. Bajo las aguas estallaban a veces luminosas estrellas. Todo lo cual hacía extraño contrapunto al espeso silencio. Esos diez hombres hambrientos no hablaban. Tal vez todos estuvieran de acuerdo sobre el futuro inmediato de la mujer. Pero saberse centro de ese círculo ardiente de lascivia era asfixiante. Tampoco los veía. Ella estaba hacia la mitad del velero. A pocos pasos suyos descansaban dos, pero no distinguía sus facciones. En la proa, cuatro, pero, para ella, no iban en el barco; tal vez navegaran en la noche. En popa, el resto. Eso no importaba. Por más lejanos que estuvieran sentía el hálito ardiente de esos hombres sobre su pecho.

—Vea usted, a estas alturas y el Teniente a dormir —dijo una voz grave.

A Ester le pareció que la tocaban, pero el espanto no le permitió moverse. Su imaginación la traicionaba, seguramente.

—¿Debe estar con frío la niña, no?

—Ji... ji... ji...

—Ja... ja..., sentándome no maj juntito le doy calor.

—Suerte la de alguien...

Ester los contó: fueron seis pasos. Lentos, como esquivando tropiezos, pudo contarlos sobre las tablas. Seis pasos y estuvo junto a ella. Sintió que el hombre la miraba fijamente, que sonreía y luego se sentó. Iba a su lado. Escuchaba su respiración. Tenía un aliento de tabaco.

—¿No juma la niña? No más espanta el frío.

—¿Y ha perdido el hablar? ¿Y se puede saber por qué? Ah, carástele, si se muere de frío.

Ester sintió sobre su brazo la garra del hombre.

—¡Suélteme...!

—Vaya una mujer! Pero si nada es...

—¡Suélteme...!

—Pero si no es na... un favorcito no maj, por amor de Dios.

—¡Suélteme, por favor... suélteme!

—Ja... ja... ja...

—Apúrese que yo espero, tocayo... ja... ja...

—¡Ay!, ¡Ay!

Ester se llevó desesperadamente una mano a los senos. Trató de erguirse, pero no pudo. El hombre la sujetaba por el cuello, le buscaba la cara, trataba de sofocar las piernas de ella con las suyas...

—Dios mío, ayúdame, ampárame... ¡Teniente... Teniente... por favor...!

—¡Alto! ¡Apártese, Pablo!

—Pero Teniente...

—¡Apártese bribón...! Va a pagar caro este irrespeto. Ella es una prisionera y merece consideración.

Un gruñido siguió a la orden del oficial. Un gruñido general. Ester se desprendió de las manos del soldado se arrastró hasta el teniente. Un

llanto corto, íntimo, anudaba la garganta.

—¡Deténganse...! ¡Deténganse...!

Sintieron nítidamente los pasos de unos hombres que se acercaban.

—¡Alto...!

—Pa usté no más no, Teniente. Toos somos compañeros y si es pa usté también es pa nosotros.

—¡Perros lujuriosos!

—Argo pa nosotros, Teniente.

—¡Toma esto...!

A las palabras del oficial siguieron dos detonaciones. Uno de los heridos cayó al mar. El otro, lleno de quejidos quedó con el pecho sobre la borda, medio cuerpo en el mar medio cuerpo en la embarcación.

Con la ayuda de Ester, a quien las detonaciones habían sacudido, el Teniente logró encender una linterna. Todo parecía estar tranquilo. Si no lastimaran los quejidos del agonizante, y no se le viera allí, ensangrentado, se habría podido decir que allí nada sucedió. Junto al oficial descansaban dos que permanecieron fieles y respetuosos. El resto de la tripulación miraba fijamente al Teniente con una sonrisa siniestra en los labios.

—Suerte la de algunos —dijo alguien.

Ester cubrió su traje deshecho con el capote que galantemente le ofreció el militar. Una hora después, pasaba la media noche, una voz llenó el velero:

—¡Barco a la vista!

A lo lejos, sobre las aguas, se distinguieron las luces de una embarcación mayor.

—Proa a tierra. Nadie se mueva de sus puestos.

El Teniente apagó la luz y fondearon a corta

distancia de la playa. La nave se acercaba velozmente. Como a doscientos metros surcó el mar rumbo al Sur.

—¡Debe ser Herrera!

Una luz pequeña dardeó en la noche de Ester.

CAPITULO XXV

Anochece el 24 de Diciembre de 1901. La mar está tranquila. La flotilla revolucionaria, con el Almirante Padilla, buque insignia, a la cabeza, surca las aguas del Golfo de Tonosí. Benjamín Herrera pisa tierra y ordena al General Pablo Emilio Bustamante ir hasta la población y reconocerla. Sobre la playa verde y rumorosa la invasión aguarda. Nochebuena al cobijo de la selva. Navidad al filo de los cañones bajo el manto de una esperanza menuda.

De súbito, la espera se incendió con voces de fusilería. Desde el pueblo bajaba un tiroteo cerrado. Temiendo una emboscada, Herrera ordenó a un destacamento de doscientos cincuenta hombres correr en apoyo de Bustamante. No fue necesario: cuando la tropa llegó a la población, los liberales apresaban a los últimos conservadores rebeldes. Inmediatamente, Herrera se hizo reconocer como Jefe Civil y Militar del Departamento y, en tal virtud, expidió un vibrante manifiesto, que circuló profusamente.

* * *

El jefe de la guarnición conservadora, un joven oficial, al ser interrogado por el general Herrera

informó que no hacía mucho tiempo que estaban en el lugar; que habían llegado persiguiendo los restos de una fuerza liberal derrotada. Dijo que un cuerpo considerable de tropas a órdenes de Belisario Porras estaba cercado, en la Negrita, por el General Francisco de P. Castro, quien las rendiría en breve tiempo. Declaró, también, que dicho sitio era equidistante de Panamá y Aguadulce —lugar de acantonamiento conservador— y que de la Negrita a Panamá no había guarnición de importancia.

Herrera, dueño de tan preciosos datos, tomó su determinación. Volviéndose a sus colaboradores inmediatos, dijo:

—Vamos a libertar en el acto a nuestros copartidarios.

Desde Los Santos se envió comunicación a Porras del movimiento y el grueso de la fuerza invasora fue trasladado por mar a las playas de Coclé. Pronto se estableció contacto con las sitiadas guarniciones; empezó a funcionar el plan de ataque a Aguadulce. En los umbrales de la marcha, se supo, por noticias traídas por unos prisioneros canjeados, que el General Albán acababa de expropiar el Lautaro, barco de propiedad de una firma chilena, y que lo estaba artillando en la bahía para ir al encuentro del Almirante Padilla, el galgo del litoral. Acto seguido —era característica de Herrera— se utilizaron todos los hombres disponibles en cambiar la pintura del Padilla, y a media noche del 20 de Enero de 1902, entre espesas sombras, salió el Padilla a sorprender al Lautaro en su guarida.

* * *

Son las primeras luces del amanecer. El sol pe-

ga a contraluz y el Padilla surca las aguas entre reflejos vivos. Allá, al frente, la ciudad blanca y silenciosa, soñolienta y desprevenida. Pasando frente al Pensylvannia, de la armada norteamericana, surto en la bahía, con el pendón rojo y gualda al viento, el Padilla se aproxima al Lautaro. Un cañonazo certero parte el mástil del buque conservador. Santo y seña: la bahía se llena del aullido de los barcos. El Lautaro empieza a gemir doliente. Suenan campanas sobre el mar. Otro disparo y el buque estalla. Allá, sobre la muralla de la ciudad, se apiña la gente. Desde las Bóvedas de Chiriquí lanzan granadas que no alcanzan al barco liberal. Otro disparo: el Lautaro se ladea. La tripulación lo abandona. Estalla un incendio. El Chucuito se acerca y dispara al Padilla. Este contesta y abandona al Lautaro, que agoniza entre explosiones y llamaradas. El Chucuito, velero, embiste, corta, se aparta y dispara, veloz y diminuto. El Padilla le responde, sin herirlo. Nuevamente se acerca el remolcador, dispuesto a vengar la muerte del hermano primogénito. Sobre las Bóvedas se ven las luces brillantes de las explosiones. Ahora toda la ciudad, medio cuerpo sobre el mar, contempla la desesperación del impotente Chucuito porque el Padilla, galgo y león, se aleja presuntuoso, disparando temerariamente frente al Pensylvannia.

Luego fue la nueva que corrió de uno a otro extremo de la República: el General Albán murió en el Lautaro. El simpático y contradictorio General Albán había muerto. Era increíble. Tenía sabor a leyenda la información. Albán, el hombre colérico como un dios y manso como un niño bueno; el héroe de Calidonia, el enemigo caballeroso y gentil, había muerto sin que se supiera dónde reposaban sus restos. Liberales y conserva-

dores lamentaron su trágico fin. Tal vez su muerte fue el triunfo más contundente de los liberales. Nada pudo ser más eficaz para fraccionar la moral de los regenerantes que la muerte del hombre en quien todos tenían confianza; y con su desaparición, ausente ya el espíritu más amplio, generoso y comprensivo del adversario, se perdió toda esperanza de un arreglo político de la guerra, sin que quedara entonces otro recurso que la imposición del más fuerte.

Y así, confortados los ánimos con la hazaña del Padilla, se inició la marcha sobre Aguadulce. Solo quedaba en San Carlos, el Cuartel General.

* * *

—Diga al General de la Séptima División, Victoriano Lorenzo, que necesito verlo —dijo el General Herrera.

Momentos después saludó Victoriano.

—A sus órdenes, mi General.

—Me informan que usted piensa adelantarse al Ejército con dos batallones. No sé qué razones tenga usted para ello. Pero quiero informarle que no tolero que se rompa la disciplina. Aquí quien da órdenes soy yo y nadie más.

Lorenzo bajó la vista y, con humildad, replicó:

—Yo sé que quien manda es usted, mi General. Yo estoy contento de pelear con usted. Pero yo quiero pedirle una cosa. Quiero adelantarme con unos veinte hombres nada más. Es, mi General, un trabajito mío. Yo encuentro al Ejército en los llanos de Río Grande o en Natá.

—Pero eso, Lorenzo, es una locura. Yo no puedo exponerme de esa manera. Le apresan a usted o a cualquiera de sus compañeros y les obligan a hablar.

—Mi General: Victoriano Lorenzo sabe hacer las cosas. Yo le respondo.

—Vaya, pero sin mi autorización. Y sepa usted que es el único responsable. No respaldaré ningún acto suyo.

—Gracias General.

Victoriano desapareció, dejando sobre el suelo el rastro de su larga espada. Llevaba un sombrero de anchas alas, de copa alta y aguda metido hasta las orejas y un uniforme nuevo que consiguiera con la tropa de Díaz.

Herrera, seco y huraño, militar de larga escuela, contuvo una sonrisa en las espaldas del indio.

CAPITULO XXVI

En las primeras horas de la mañana, bajo el sol altanero, entró Ester a la población acompañada de guardias. Fue un espectáculo superior a la retina enfermiza de las calles. Los pocos chiquillos que aún habitaban el pueblo; las contadas familias que no habían huído a los montes, no hicieron fiestas, ni jolgorio, sino que, llenos de asombro, permanecieron mudos a lo largo de las calles, siguiendo con la vista los pasos de la prisionera.

Ester había perdido el temor primero. Avanzaba serena, en medio del tam tam del tambor distante. Airosa y despectiva, olvidó muy pronto su cautiverio. La comitiva llegó hasta el Cuartel General e hizo alto en frente. Se oyó un ruido de pasos y saludos, de tacones y espuelas, y, sobre el elevado portal, aparecieron siete oficiales. Los soldados que custodiaban a Ester y los curiosos que estaban cerca, saludaron automáticamente. La muchacha, confiando todo su encanto a una sonrisa, los miraba arrongantemente.

Sobre el portal estaba el Estado Mayor del Ejército Legitimista en el Istmo. Se vio claro que los sorprendía el arresto. Esta bella mujer, angelical sin duda, no podía ser la felona espía. Descendieron las escalinatas y Castro, el General en

Jefe, adelantándose al grupo se dirigió a la muchacha.

—¿Quién eres?

Ester se mantuvo silenciosa. La sonrisa se hizo fría.

—¿Cómo te llamas?

Castro volvió a mirar a sus oficiales. Había en sus ojos desencanto. Luego empezó a llenar de pasos la distancia que separaba a Ester de sus oficiales.

—Es incomprensible, es criminal —gritaba—, la guerra que nos hace Herrera. Este hombre infame se olvida de que somos hermanos, de que solo hay una madre para todos nosotros que es la inmortal Colombia.

Ester seguía imperturbable, como si no escuchase la peroración de Castro. Comprendió que el general conservador estaba haciendo teatro con el propósito de conmoverla. Era una conocida costumbre de Castro. El militar prosiguió ante los ojos absortos de la concurrencia:

—Conciudadanos: aquí tenéis un ejemplo elocuente de la obra de Herrera. El gobierno hace esfuerzos por apartar al pueblo de la guerra. Nuestros soldados son expertos hombres de armas. En cambio, Herrera no hace más que comprometer al pueblo en esta locura liberal que es la guerra y en su empeño agota todos los recursos. Aquí tenemos un ejemplo elocuente de su obra —señalaba a Ester. Esta hermosa mujer, digna de la paz del hogar, de ser una amante esposa, vedla ahora, padeciendo las consecuencias de esa locura a la que la empujó el testarudo Herrera.

—Pueblo Aguadulceño: esta mujer ha sido una espía a órdenes de esos rojos descastados; por consiguiente, un Consejo de Guerra le impondrá la pena que se merece.

—¡Saludo! —gritó un oficial antes de que Castro se retirase.

Hubo un ruido seco de tacones y de suelas rasgados sobre el suelo.

* * *

Ester fue recluída en una cómoda casa que mucho distaba de una prisión. Atrás se extendía un patio amplio, lleno de cipreses, naranjos —bajos, sin frutos— y surcos de margaritas. Rodeaba la finca una cerca sobre el lomo de un zanjón profundo de desagüe que semejaba un foso medieval. Hacían la guardia dos soldados: uno que recorría la cerca, y otro que amasaba las piedras del portal.

Un aire de triunfo ostentaba el rostro de la muchacha. Y no era solo gesto y apariencia. Era verdad interior. Tranquilidad. Confianza. Una sensación muy distinta a la desesperación agónica del día en que le intimaron arresto. Ni pena moral la atormentaba. Esa romería permanente del pueblo para mirar la cautiva se llevaba siempre una canción alegre, o la voz de Ester conversando con las flores. Esto le creó una simpatía inesperada entre los poblanos. Se decía que no moraba culpa en tan diáfana conciencia.

Una mañana en que Ester platicaba con las flores, el guardián se le acercó:

—Señorita: el Teniente Robles desea verla. Solicita su consentimiento.

—No faltaba más, que pase. Tan escasas como son las visitas... Oiga guardián, ¿quién es ese Robles?

—No lo conozco; es nuevo en la guarnición. Llegó hace poco de Panamá.

—Gracias.

Ester fue al encuentro del militar.

—Buenos días, y gracias por recibirme.

—¿Sabe una cosa? —dijo Ester con toda confianza. Le estoy muy agradecida por esta visita.

—Es un placer que no agradeceré bastante.

La muchacha lo miró por un momento.

Estaba sorprendida. Ese rostro le era familiar... ¿Dónde? ¿Dónde lo había visto? ¿En Bogotá? ¿En Cartagena? ¿Dónde...?

Aunque nos conocemos, permítame que me presente: Soy el Teniente Rafael Robles.

—¿Nos conocemos?

—Sí; nos conocemos. Tal vez de una manera ingrata y desagradable.

—Perdone usted... no recuerdo.

—Soy el oficial a quien obligaron a arrestarla.

—Ah, usted...

Un gesto duro cortó la juvenil expresión de Ester.

El oficial también pareció arrepentido de su indiscreción. Pero la muchacha estaba sorprendida. ¿Cómo era posible que no recordara desde el primer momento ese rostro? ¿Cómo su memoria no registró los personajes de tan dolorosa escena? Tal vez solo fuera el espanto, los nervios. En aquel momento todo era oscuro, cada hombre era un soldado y un enemigo. Sí; luego, su trato gentil, sus maneras galantes... Sí, él sufrió tanto como ella su deber. Luego fue en el mar, en el bote angosto, aquella extraña carga. El mató por ella; sí... sí... ahora lo recuerda bien con aquel gesto firme y acogedor a la vez, cuando le entregó su capote para cubrir sus senos, mientras vigilaba a los otros, a esos marinos de los ojos rojizos. Sí... seguramente bajo las sombras tendrían roja la mirada. En este momento, frente al oficial que la rescatara, se le antojó que tal vez se

hubiese divertido con la pasión de esos hombres. Al principio, la razón y la camaradería habrían organizado el placer. Uno cualquiera junto a ella. Los otros tendrían la boca llena de sonrisas o esconderían la vista entre las sombras para no mirar. El hombre se acercaría mucho a ella, sin tocarla, para no romper la ilusión. Era el momento en que degollarían las sonrisas, dejarían de ver al mar y todos... todos esos marineros sin ojos, se aproximarían. Un combate de perros... aullidos... lamentos... ¡Oh ¿Qué simpático, tiene gracia, este hombre frente a ella, este... cómo se llama? Ah, sí, el Teniente Rafael Robles la rescató de aquellos lobos y ella no fue capaz de recordarlo.

—Le agradezco mucho su comportamiento.

—Era mi deber, señorita.

Acompañó las palabras un gesto muy de Robles que agradó a Ester. Y, por primera vez, lo miró como mujer: Robles era un tipo apuesto. Joven —tal vez unos veintiséis años— y de cuerpo fornido. Sin quererlo, pensó en Bernal, en Antonio Bernal, el hombre que llegó a amar sin sospecharlo, a quien quizá nunca amó. Y lo supo enfermo, palúdico, lleno de temores. En Bernal vio siempre la vida miedosa de la muerte; acá, en Rafael Robles, veía la muerte miedosa de la vida.

—Perdone usted que nada le brinde y que sea incómoda mi habitación, pero ésta es una cárcel... usted sabe.

—No imagina usted cómo me apena esta situación; hay cosas que están por encima de la política, de la guerra.

—¿Usted cree...?

—Sí. Ello no tiene discusión.

—¿Qué cosas, por ejemplo...?

—¡Usted misma!

—¿Yo...?

—Sí, usted.

—Gracias, Teniente Robles, pero usted apenas me conoce... Cuando se conversa seriamente la galantería huelga.

—Se equivoca usted, Ester; en primer lugar, no trataría de galantear a una dama como usted, que ha sido tan finamente cortejada. Por otra parte, aquello de que apenas la conozco es falso.

—¿De manera que me conocía usted?

—Desde hace mucho tiempo.

—Es raro que no recuerde; sin embargo, permítame decirle que su rostro me es familiar.

—Fue hace mucho tiempo... en Bogotá. Usted era una niña y yo un estudiante. Estaba usted en casa de sus parientes, ¿recuerda? Un día, al salir de misa, la vi por primera vez. Iba usted con sus primas.

Robles simulaba olvidar la presencia de Ester. Era como si buscara figuras del pasado.

—Su belleza me cautivó. Permanecí mucho en la acera, viéndola pasar. Luego la seguí. Supe su nombre y todas las noches me acercaba a su casa, llena siempre de gente, de grandes personajes. ¿Recuerda el jardín...? ¿La parra que cubría el alero que daba hacia los laureles? Supe su nombre y conseguí con algunos amigos ser presentado a la casa. La presentación iba a efectuarse el domingo siguiente después de la misa, cuando no hubiese visitas. Pero en esos días fue mi vuelta al colegio. Al regresar, usted había partido y desde entonces no he podido olvidarla. Vino la guerra. Estuve en las campañas de Santander, Tumaco y el Atlántico. Ojalá esta de Panamá sea la última. Tiempo es ya de que esos locos se convenzan. Jamás pensé encontrarla aquí. Esperaba que usted anduviera por el extranjero.

Como Ester nada dijera, Robles prosiguió:

—Desde hacía algún tiempo al General Castro le llegaban informes, según los cuales en alguna parte del Interior del Departamento había una dama que haciéndose pasar por amiga del gobierno, no hacía más que espiar sus movimientos y comunicarlos a los sediciosos. Se le acusaba de las matanzas de San Carlos, de Penonomé, de El Arado, y según informes, ella misma intervenía en los combates. Una mañana llegó orden del Cuartel General: "Arréstese sin pérdida de tiempo a una señorita que responde al nombre de Ester Becerra y López, residente en San Carlos. En esta Comandancia reposan cargos contra ella". Más o menos así rezaba el informe. Solicité entonces al General Castro comandar la misión, pero, créame, sinceramente yo no esperaba tropezar con usted. Me parecía tan imposible... Fue una emoción tremenda... ¡y luego aquel trágico viaje...! Sí... Ester, hay cosas que están por encima de la guerra y la política.

—¡Qué curioso, si todo parece una novela!

Una novela muy humana, llena de sentimiento y esperanzas.

Ester no respondió. Tuvo que mirarlo largamente.

—Ester... es un crimen empujarla a usted a esta situación.

—A mí nadie me ha obligado.

—Son tretas de Benjamín Herrera...

Un ordenanza irrumpió precipitadamente en escena.

—Teniente, de Pocrí informan que el indio Lorenzo anda rondando.

—¿Lorenzo?

—¡Sí, mi Teniente!

El centinela que custodiaba el portal de la cár-

cel de Ester se aproximó.

—¡Teniente, ese cholo viene para acá!

—¿Tiene miedo?

—Es que sería mejor que reforzara la guardia.

—Cuide su puesto.

Volviéndose a Ester, Robles dijo:

—El solo nombre de Victoriano Lorenzo les pone la carne de gallina.

—¿Victoriano? Lo conozco; es buen hombre.

—El gobierno está ofreciendo dos mil pesos a quien lo entregue vivo o muerto. Pero es inútil: parece que nadie tiene deseos de arrestarle o de siquiera prestar informes. Día a día es mayor el número de historias que de él se cuentan.

En eso, un silbido opaco cortó la conversación. Robles miró hacia el portal e hizo una seña a Ester.

—Venga conmigo.

Caminaron hacia una ventana, abierta sobre un callejón de servicio, a un lado de la casa.

—¡Mire!

Al silbido respondió el centinela que custodiaba la cerca en el fondo del patio y caminó a encontrar al compañero. Conversaron en baja voz, y a las claras se comprendía que se notificaron algo que le produjo espanto, pues, de regreso a su puesto, parecía buscar a plena luz del sol sombras y fantasmas.

—Allí los tiene usted —reinició la conversación Robles. Considérese desguarnecida.

—¿Cómo así?

—¡El espectro de Lorenzo! Este que custodia el portal conoció los rumores de que el indio ronda. Se lo comunicó al compañero y ya están los dos que al menor ruido sueltan los fusiles y echan a correr. Tienen la mente llena de fantasmagorías. No hay hogar en Aguadulce o en Pocrí don-

de todas las noches no se rece una oración a Lorenzo. Los soldados creen que tiene pacto con el diablo. Se dice que la bala no lo hiere; que se le han hecho disparos a quemarropa y nadie ha podido herirle. Los retenes pasan las noches masticando balas, porque esas son las únicas que pueden matar a los que están protegidos por el diablo. En fin, señorita Ester, cada día aumentan las inverosimilitudes que se hablan de Lorenzo. Pero algún día caerá. No será hoy ni mañana, pero caerá. Esta es una guerra de blancos, de hermanos, por opiniones políticas. Pero lo de él no es guerra ni nada. Es anarquía, desorden, atentados civiles que no tolera la sociedad. A ésto nos han llevado estas malditas guerras ... Y pensar que un hombre como Benjamín Herrera acepte la promiscuidad de esos cholos asquerosos.

—Vamos; vamos, no se acalore, Teniente.

—Estoy hastiado, créame Ester, estoy hastiado. Esta gente no quiere pelear. Tienen miedo o les importa poco. Es como si no comprendiesen la importancia histórica de esta guerra.

—Yo también entiendo poco de estas cosas.

Robles hizo una pausa. Imperceptiblemente, se había llenado de cólera. Manaba violencia su mirada.

—Me voy; tengo que reportarme al Cuartel. Ha sido un momento encantador; perdone que me haya exaltado.

—No hay de qué, Teniente, y no olvide el camino.

Ester sonreía. La expresión de su rostro era imprecisable. Tras los pasos del Teniente Robles bajaba por la calle un golpe largo de tambor. Cerca a la casa que habitaba Ester, rompió la mañana un toque de corneta. La muchacha se asomó al portal: en medio de la calle un bando anun-

ciaba que el Gobierno Legítimo de la República de Colombia recompensaba con dos mil pesos a quien entregase al Indio Victoriano Lorenzo vivo o muerto, así como indicios que procurasen su captura.

Ester abandonó el portal. Un ligero temblor la dominaba. Había un propósito firme de capturar a Victoriano; era odio. Confiaba en la sagacidad y cautela de Lorenzo, pero dos mil pesos eran tentadores. Y no pudo contener la risa al pensar en todas esas patrañas que forjaba la mente insana de los soldados. Ridiculeces del miedo. Nunca creyó que un hombre pudiera inspirar tanto pavor. Entonces Ester tuvo dudas. El Teniente Robles tenía razón: la guerra que ellos hacían era muy distinta a la que Lorenzo desarrollaba. No es que fuese un criminal, sino que la guerra en gentes como Herrera, Castro, Lucas Caballero, Salazar, etc., era una necesidad intelectual, era un compromiso de familia, mientras que para Lorenzo, y su gente era asunto de vida o muerte. Tenía razón Robles: ese pavor que infundía era el pasaporte para la horca. Liberales y conservadores le temían igualmente. Hoy habitaba el mismo campamentó, pero mañana, cuando los que fabricaron la guerra se dieran abrazos, entonces, el único enemigo de la República sería Victoriano Lorenzo.

Ester caminaba llena de pensamientos por el amplio patio de su prisión. De tiempo en tiempo se inclinaba para tomar del suelo una astilla de leña que luego rompía inconscientemente entre los dedos.

—"Estoy hastiado de todo esto, estoy hastiado, créame" —murmuraba entre dientes.

¿Entonces, a qué la guerra? Lo mismo dijo Bernal, igual cosa repetían todos. ¡Liberales...! ¡Conservadores...! Ja... ja... —fue una risa leve, fina,

amarga. De pronto, borrosa, como un atisbo de madrugada, Ester creyó ser espectador en una enorme plaza. En el centro, atado a un poste, un hombre herido agonizaba. Vio mas: otros hombres —soldados— lo tomaron violentamente arrastrándolo hasta un banco. Allí fueron los azotes: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! Era horrible. Tuvo la certidumbre de que todo el mundo lloraba. Pero asunto raro, la cara del ajusticiado le era familiar. Esa barba corta... los ojos hundidos... la mirada buena y acogedora, eran cosas íntimas, muy suyas.

Ester tuvo un ligero estremecimiento y se le llenaron los ojos de espanto: nuevamente la visión, otra vez la misma pesadilla.

Miró en derredor. En su paseo había llegado muy cerca al guarda, el cual parecía nervioso de tenerla tan cerca.

—Mejor será que vuelva.

—¿Es una orden?

—No; es que las cosas se van a poner muy feas.

—Gracias.

De la mañana solo quedaba una brisa perdida. Las sombras dormían verticales y los perros andaban hoscos, meditabundos, pesquisando sitios para una siesta. A veces, por el piso rodaba una piedra sin motivo.

Ester caminaba entre vapores de recuerdos y pensamientos. Sabía rota su vida. "—Esta hermosa joven, digna de la paz del hogar, de ser una amante esposa, vedla ahora, padeciendo las consecuencias de una locura a la que la empujó ese testarudo Herrera—". Las palabras del General Castro le martillaban: —"Vedla ahora". ¿Pero es que el mundo veía en su rostro esa verdad tan íntima? ¿Es que por sobre todas las cosas el do-

lor vivió en su cara? Sí, era cierto; ¿a qué seguir fingiendo? ¿A qué proseguir una comedia representada para ella misma? ¿Por qué el absurdo de permanecer conscientemente en una equivocación? Sí era cierto, ¿a qué seguir fingiendo? ¿A qué proseguir una comedia que se defendió de sombras que solo habitaban en su imaginación? ¿Y reír...? No supo reír... no pudo reír. Fue la suya una sonrisa estudiada, argumento para escogidos momentos. Un presentimiento terco la sofocaba. En un principio fue la desconfianza de Bernal; ahora el dramatismo del Teniente Robles, el espanto de los soldados. Era el desbande de temores y anhelos contenidos, la liquidación de viejas formas y conceptos ante el reclamo pujante de la vida. Pero en ella, la nostalgia tomó el perfil de la juventud y la belleza que temen marchitarse. Hecha para amar y gozar hasta rendirse, vivió la estrafalaria vida de un monje peregrino.

Ester, en un arranque nervioso, soltó a reír estrepitosamente. El soldado, junto a la cerca, se volvió sorprendido. Ella, muerta en sus labios la antojadiza carcajada, gritó:

—Guardia, venga acá.

El hombre se aproximó. Entonces Ester, vencida por quién sabe cuántos pensamientos, explicó:

—No, nada. Voy a acostarme.

El sol abandonaba el cenit.

CAPITULO XXVII

Ester durmió hasta el crepúsculo. Al despertar tuvo la sensación de una gran pena. Una vergüenza inexplicable. Solamente el paso constante de los guardas le recordaba que era una prisionera.

Las siete de la noche. Llevaba ya horas bordando, menester éste que era su única distracción desde tiempo atrás. De pronto sintió el frenar violento de un corcel junto al portal.

—¡Ester...! ¡Ester...!

—¿Qué sucede, Rafael?

Se sorprendió de hablarle con tanta familiaridad.

—No, nada.

Robles contuvo el torrente de palabras que estaba a punto de soltar y prosiguió con moderación.

—Quería invitarla a dar un paseo.

—¿A estas horas, Teniente?

—Sí, y le aseguro que será una sorpresa muy agradable para usted.

—Me parece que no es muy prudente que una dama salga a estas horas, Rafael.

—Descuide, no estaremos solos. Verá cosas muy interesantes.

Robles conservaba el misterio de quien quiere sorprender galantemente.

—Bien, lo acompaño, Teniente.

—¡Guarda! —gritó Rafael. Vaya a las caballerizas y manden otro caballo para el Teniente Robles.

* * *

Trotaban por la calle hacia la plaza. Para Ester todo era nuevo a su paso, ya que desde su arribo al pueblo no abandonó la prisión. Tal como se lo advirtió Robles, la población no dormía, ni se refugiaba en las habituales tertulias domésticas. No estaban solos en la noche. Había una extraña nerviosidad. La gente en los portales hablaba y discutía en alta voz. Los pocos chiquillos que encontraron sofocaban el insomnio, sentados en los quicios de las puertas o recostados a los portales. No dormían.

Cuando llegaron a la plaza, el espectáculo fue más vivo. Por todas partes aguardaban concentraciones de soldados. Se abría paso a recuas de mulas que transportaban municiones y artillería hacia las afueras. En los aleros de las casas ardían fogatas y las mujeres del pueblo estaban llenas de trajín. Sobre la tierra sonaban, como un redoble, los cascos de los corceles. Ester iba serena y silenciosa mirando hacia todas partes. Tenía un porte real con su larga capa que alcanzaba las ancas del animal. De vez en cuando Robles la miraba esperando que ella le hiciera preguntas. Mas parecía que el paisaje no era nuevo para la muchacha o que estaba en autos de la situación.

Robles enderezó hacia las afueras. Por primera vez, Ester lo miró extrañada.

—¿Y ahora hacia dónde, mi Teniente?

—Vamos a Pocrí; está solo a kilómetro y medio.

—¿Estaba en el itinerario?

—Desde luego; de no ir, perderíamos lo mejor del paseo.

—Haberlo dicho...

A la altura del pueblo, Ester se encontró con una larga trinchera, hecha con parapetos y sacos de tierra. Los hombres transitaban junto a sus sitios de combate y por todo el llano se veían las luciérnagas lentas de los cigarrillos. La tierra estaba grávida de pasos de caballos y soldados que iban a todas partes, y del rodar de cañones. A esa hora, los hombres eran cosas, unas veces estáticas y otras vivas y nerviosas. Pronto las cabalgaduras enfilaron hacia la cercana población de Pocrí. Por el camino —un amplio trillo de carretas— circulaba el bullico de los guerreros. Del pueblo venían grupos de mujeres, ancianas y jóvenes, a pie las más, en carretas y coches las menos, arrebujadas en negros mantos, a la intemperie únicamente los ojos ávidos. Corrían también chiquillos revoltosos, libres de miedo, que saltaban felices con el espectáculo inesperado de un mundo sin sueño.

Muy pronto divisaron la torre derecha de la capilla. En esa fiesta del movimiento y la tensión nerviosa, hasta los animales se asustaban al paso de una pieza de artillería que una mula dócil arrastraba. La noche era un homenaje a la premura, a la agonía, a la incertidumbre.

—¿Herrera, eh? —dijo Ester.

—Sí; Herrera. Está a la vista.

—¿Cuándo atacará?

No sabemos; hace dos días sus tropas se mueven hacia acá a campo raso, sin precaución alguna. Herrera es un temerario.

—¿Será hoy mismo? ¿Esta noche?

—No creo. Herrera desconoce el terreno; si lo hace será mañana a plena luz del día. Sus avanza-

das han cruzado el Río Chico en dos puntos: al norte por Capellanía y acá abajo, por el paso del Playón. Pero, créame, Ester, que ésta será la primera vez que los liberales encontrarán una resistencia organizada. Nuestra línea de batalla se extiende desde el Cerro del Espavé, allá al norte, sigue el curso del río Pocrí, y luego hasta el Cerro del Vigía, en las isletas junto al mar. Se llevarán la gran sorpresa. Herrera no sabe que la llave de nuestra defensa es Pocrí. Tal vez espera que sea Aguadulce. Será su fin. Aquí tenemos lo mejor de nuestra tropa; el grueso de la artillería también. Pocrí será para los liberales otro Puente de Calidonia.

—Es horrible esta matanza entre hermanos.

—Cosas de política, Ester.

Ya trotaban los caballos por las primeras casas del pueblo. El cuadro allí era similar al de Aguadulce, solo que más animado. A las claras se veía que las posiciones entendían el rol que iban a jugar en el combate inminente. En la plaza menudeaban los corrillos de soldados y en los portales ardían lámparas. Tomaron la vía central y subieron.

—Allá, junto a aquellas palmas viven los Becerra. Son como siete hermanos y todos están peleando al lado de Herrera. Son acaudalados y su despensa nos ha servido mucho.

—¡Becerra, qué raro! Se diría que somos parientes.

—Sabe Dios si lo son. Aquí, Jacinto Torres, un comerciante inofensivo.

Robles parecía gozar en su condición de cicerone. A cada rato descubría o explicaba particularidades del pueblo a Ester.

—Esta casa por donde vamos a pasar es de Ramón Jurado, hombre de alguna fortuna a quien

tenemos deseos de apresar. En cuanto llegamos aquí ordenamos una comisión para arrestarle, pero gracias a una indiscreción del corneta —se le ocurrió sorprender al pueblo con una llamada...

—¡Teniente Robles! ¡Teniente Robles!

Robles se volvió en la cabalgadura.

—¿Qué pasa?

—Creo que esos rojos nos atacan esta noche. Ha regresado un pelotón de reconocimiento. Están en el Limón y se abren en tres alas. Es cosa de pocas horas. Voy a ordenar que toquen alerta.

—No; Herrera no atacará hasta el amanecer.

—Bien, Teniente.

Continuaron los caballos por la calle.

—Pues sí, como le decía, por la indiscreción de ese corneta escapó. Dormía en la trastienda de su establecimiento cuando el toque del clarín le puso sobre aviso. Por un camino que hay detrás se perdió. En casa solo está su esposa, una mujer muy simpática —de apellido Becerra también— con dos hijos, muy chicos todavía.

Las cabalgaduras se detuvieron frente a una casa grande, alargada como una galera, con un amplio portal. Sobre el suelo ardían numerosas fogatas con grandes latas en donde se preparaba café. El piso estaba lleno de gente tendida sobre petates o simplemente cubierta con toallas. Custodiando las fogatas, dos o tres mujeres, cuando no hombres que aguardaban café.

—Esta es la casa de un italiano —explicó Robles. Se llama Félix Stanziola. Es un buen hombre, pero con un genio de todos los demonios. La gente rodea su casa porque es extranjero y la guerra no lo afecta. Es también hombre de fortuna. Voy a presentárselo.

—¡Don Félix! —gritó desde la calle el Teniente.

Muchos que dormían volvieron hacia el intruso los rostros huraños.

—¡Don Félix!

En el marco de la puerta se clavó la ancha humanidad de don Félix Stanziola. Una cara adusta, hosca, dos mostachos larguísimos y un pecho muy dilatado, preso en una camiseta blanca.

—Ma si es mi Teniente. ¿Ma que como le va?

—Aquí, don Félix, le vengo a presentar la mujer más bella de Panamá.

—Cuánto gusto; cuánto gusto. ¿Ma por qué no se bajan?

—Robles saltó a tierra para ayudar a Ester.

—La señorita Ester Becerra y López.

—¿Becerra, dijo? ¿Becerra? Entonces usted es familia de Estelita, la esposa de Ramoncito Jurado.

Ester sonrió indecisa, y Robles intervino:

—Creo que no. La señorita hace poco llegó de Bogotá.

Llena de sorpresa, Ester volvió la vista a Robles, pero éste, sonriendo por respuesta, guiñó un ojo.

En eso se asomó un niño. En cuanto don Félix hizo el descubrimiento, exclamó:

—Pascual, hijo mío, ven acá. Dile a tu madre que nos mande café.

—¿Cómo ven ustedes la guerra por aquí, don Félix? —intervino Ester.

El italiano, con una excesiva cantidad de gestos, que iban desde atizarse los mostachos hasta rascarse la cabeza, respondió:

—Esto es horrible; yo no entiendo esto. Todos colombianos, todos de la misma tierra y matándose, matándose. Nadie duerme, la gente no trabaja, los negocios se mueren, todo, todo, yo no entiendo esto señorita, todo se va acabar, todo, todo, todo...

De momento, la casa se llenó de curiosos. Mujeres que preguntaban, llenas de miedo, si los liberales atacarían; otros que preguntaban si era cierto que Castro se había rendido; si habían llegado refuerzos de Panamá. De tal suerte preguntaban que Robles se veía impotente para responder. Don Félix halló el remedio:

—Vayan a dormir, vayan y no molesten. La guerra es la guerra. Más antes, mejor.

Después de un rato de grata conversación y de mejor café, Robles invitó a Ester a caminar hasta una lomita cercana, junto al pueblo, desde donde, según él, se podía divisar parte de las defensas. Ester aceptó y Robles pidió a don Félix que cuidara de sus caballos.

—Buena suerte, señorita, —se despidió, con dulzura, el extranjero.

Caminaron sin proferir palabra. Lentos eran sus pasos, tal que si arrastraran íntimas preocupaciones. A uno y otro lado, la gente que dormía en los portales; la que miraba con ojos perdidos, cruzados los brazos sobre las rodillas, a la marchita luz de los fogones personales; y hasta el cuadrilátero de unos campesinos lerdos que de la guerra solo guardaban un insomnio para sus escupitajos de tabaco, toda, toda esa gente giraba la vista hacia los caminantes: una pupila tonta, terriblemente cansada. Pero Ester y Robles proseguían, lejanos, calle abajo. Llegaron hasta un enorme tamarindo, casi al final de la vía. Junto al árbol había una cruz grande de madera que olvidaron unos misioneros. Ester caminó hasta la lámpara que la alumbraba y leyó una placa al óleo.

—Es increíble cómo impresionan estas cosas. Siempre hacen pensar en la muerte.

Robles habló:

—La Religión deja luces a su paso.

Volvieron la vista hacia el pueblo: un cuadro de llamas, sombras y gente agonizante: eso vio Ester.

—Continuemos.

—¿Más todavía?

—Sí; lleguemos hasta la lomita.

Desde hacía algunas horas, Ester comprendió que Robles no quería separarse de su lado. Al principio tuvo la certidumbre de que era miedo. Temía a la soledad ante la muerte. Pero se convenció de estar en un error. Lo que no quería Rafael era que ella volviese a su casa; que regresara a Aguadulce. Tal vez esperaba grandes sucesos y quería tenerla junto a sí para protegerla mejor, o... Dios solo podía saber. Pero no olvidaba su condición de prisionera, es decir, resultaba más grato estar expuesta a la peripecia del combate próximo, aniquilar los nervios con paseos y conversaciones, que la insoportable horizontalidad del lecho, los pasos chocantes del centinela, la espera mansa. Mas una cosa había clara: estaba cansada de su vida fragorosa y la tocaba también ese pesimismo que crecía en todos los cuarteles. En su interior progresaban deseos de huir, de alejarse y dar la espalda a un pasado de fusiles humeantes y cráneos triturados.

—Bien, vayamos, Teniente.

Ahora, el camino abandonaba el caserío, internándose en las sombras. Del pueblo subía a la noche un tenue resplandor y el pelo canoso de la humareda. El silencio iba espesando. Por sobre sus cabezas voló graznando una lechuza. De vez en cuando, ante ellos saltaban pájaros que dormían en el camino.

—No sé por qué recuerdo a José Asunción Silva dijo Robles.

—¿Lo conoció?

—Sí, muchísimo. Varias veces fue a la Facultad y también oí sus conferencias. Un hombre impresionante. Vivía su propia vida. Altanero. Orgulloso. Apasionado. Un temperamento inolvidable.

—Una noche... una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas, Una noche, en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas...

—Se diría que ha querido usted asustarme.

—Ester -dijo Robles volviéndose de pronto y asiéndola por los brazos— esta noche estará llena de grandes acontecimientos. Herrera va a atacarnos. No es tonto. El no esperará la luz del día porque sabe que estamos atricherados. Yo quiero decirle algo...

—¿Pero, cómo está tan seguro?

—No me interrumpa. Quizá sea corta la noche para decirle todo lo que siento. Yo la amo, Ester, la amo con todo mi corazón. La adoro desde el día en que la vi salir de misa allá en Bogotá. No importa que usted no me corresponda; yo temía morir sin que lo supiese.

Robles la atrajo con vigor hacia su pecho, presa de febril agitación. Ester no ofreció resistencia.

—Pero Rafael...

Eso es, la piel de ambos se erizó: la campana de la vieja capilla tocaba a rebato; golpes locos, tal que si la estuvieran ahorcando. Era como si en la noche enferma no hubiera sitio fúnebre y entonces, proscrita por las sombras, buscara los caminos del miedo, galopando por la sangre. Y no fue solo la vieja campana. El griterío descontrolado de un pueblo sorprendido, espantado, fue peor. Se hubiera dicho el aullido profundo, estertóreo de una fiera herida.

—Herrera nos ataca, Ester.

—¡Santo Dios!

Por un momento permanecieron indecisos, como sorprendidos en travesuras; mas en seguida, Rafael, rodeando el fino talle de Ester con su brazo, echó a correr hacia el pueblo, se detuvo un instante para besarla y continuó carrera hasta la casa de don Félix.

Aquello era el introito del Juicio Final. Los hombres se detenían a ver, mientras se hundía el grito de una mujer atropellada por un caballo en loco galope, y los gritos de chiquillos bucando a sus padres. Lo más impresionante eran esos grupos de mujeres que aparentaban estar lejanas a todo, que recorrían de arriba a abajo la calle atestada con un responso anhelante en los labios: "—Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los Cielos y la tierra de la inmensa majestad de Vuestra Gloria. ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Señor Dios...". Y era un canto grave, un murmullo hondo, calle norte, calle sur, que calaba los mismos huesos.

—Ester, aguárdame aquí, con don Félix; nada te pasará.

La muchacha, confundida y presa del espanto, no atinaba a responder. Robles alcanzó su cabalgadura y se perdió camino del frente, hacia la cuenca del Río Pocrí.

En esos momentos el fragor del combate era claramente perceptible. Daba la impresión de un cerco de plomo y pólvora que rodeaba al pueblo desde el Cerro del Espavé hasta el nudo del Vigía. Se oían los gritos y los vivas de los combatientes. Una tras otra, las descargas se sucedían como un hilo de petardos que estallaran intermitentemente.

De pronto se sintió muy cerca la explosión de un cañón. Otra. La gente se volvió a mirar entre

sí, pero en seguida se supo que eran piezas del gobierno emplazadas en la Lomita a la salida de la población. No hubo respuesta inmediata. La lucha seguía pareja a lo largo de las riberas del Río Pocrí. Un nuevo grito general sacudió al pueblo: estallaban en las calles las primeras granadas. La muchedumbre se dispersó, medrosa. Las detonaciones continuaban. Parecían goteras diabólicas que estallaran. La gente no podía contener las exclamaciones de pavor. A cada nueva explosión se levantaba un aullido ensordecedor. Don Félix, vuelto un energúmeno, salió al portal con los brazos en alto:

—¿Ma que estos bandidos no van a respetar mi casa?

De lejos llegaban los vivas de los combatientes. Las procesiones y rogativas abandonaron las calles, refugiándose en los portales. Eran unos impresionantes cuadros medievales. Largas túnicas negras, enormes ojos apasionados fijos en el cielo,el mundo de rodillas.

Faltaba mucho para el clarear del día. Una bala de cañón estalló junto a una casa, y a los llantos y gritos de la gente se juntó el ruido de la teja que rodaba por el suelo. A veces un proyectil, luego de abrir un boquete en las paredes de quincha, corría por la calle, sin explotar.

Hubo un momento en que pareció silenciarse el frente de batalla. Ligero alivio en las respiraciones. Ojos anhelantes salieron a los portales mirando hacia el norte. Nada, Solo el viento llegaba cargado de pólvora. ¿Se retiraban los rojos? ¿Derrotaron a Herrera? ¿Pero, era posible? Uno más exaltado brincó a la calle para gritar: "—¡Viva el Gobierno!". Lo miraron, sorprendidos los más, sonrientes e incrédulos los menos. Fue solo reposo de vendaval. Un griterío estentóreo y espeluz-

nante recorrió el frente: Herrera volvía a atacar. El traquetear de los fusiles y el duelo de la artillería eran ensordecedores. Momento a momento la algarabía se aproximaba al pueblo. Ya caían en la calles balas de Remington. Muchos azorados corrieron hacia las afueras para saber lo que estaba sucediendo. Se sintió crecer la intensidad del combate. Pronto entró en carrera loca un pelotón de retaguardia.

—¡Herrera avanza; está encima!

Desde ese momento, nadie podría decir lo que sucedió. Llantos, oraciones, blasfemias. Mujeres caídas por el suelo; niños heridos por las patas de los caballos desbocados. Muchedumbres que se fugaban hacia los llanos, hacia cualquier sitio. Las granadas explotaban profusamente y el cielo lleno del silbido fatal de las balas anunciaba la agonía inútil de un pueblo. En medio de tanta confusión, hubo sitio para unos cascos de caballo.

—¡Ester! ¡Ester!

Robles se lanzó del caballo. Todo sudoroso, roto el capote, los cabellos revueltos, metió con violencia el hombro a la gruesa puerta de la casa de don Félix.

—¡Ester! ¡Ester! —gritó, golpeando la puerta con los puños mientras los caballos huían y regimientos enteros corrían hacia nuevas posiciones. Las piezas de artillería, tiradas por cuadros de mulas, rugían pavorosamente por todos los caminos.

—¡Ester! ¡Ester! ¡Escúchame!

Ahora era el grueso del ejército del General Castro el que se retiraba. La debacle.

Una voz fina, sorprendida, gritó desde el interior:

—¡Rafael, Rafael, ¿eres tú?

—Sí, sí Ester. Sal, sal, no demores.

La gruesa puerta se abrió:

—¿Qué sucede, Rafael?

—Es el desastre. ¡Esto se ha acabado! Ven, apresura.

La muchacha, como todo el pueblo esa noche, hubiera seguido cualquier voz de mando. Ester aguardó junto al caballo de Robles mientras él iba por el suyo, atado a un mango cercano. Ante Ester desfilaba un ejército vencido. Hombres sangrantes, tambores rotos, cañones arrastrados, soldados despavoridos, banderas en el hombro, oficiales a pie. Era la huída, el éxodo. Todavía peleaba, frente al pueblo, allá abajo, una delgada defensa encargada de cubrir la retirada. Pero sus momentos de vida estaban contados. El pueblo pasaba a manos liberales. Mas ello no entusiasmaba a Ester. Allí, viendo el desastre desfilar calle abajo, la embargaban inexplicables sentimientos.

—Monta, Ester —le gritó Robles.

La muchacha obedeció.

—Toma el foete, que yo tengo espuelas. Pégale en las paletas, más, más fuerte, así, así, para que se acalore. No le tengas miedo.

El caballo piafaba y se revolvía en el puesto.

—Ahora, cúbrete con el capote y sígueme bien cerca.

Robles montó ágilmente, dio una mirada alentadora a Ester, y arrancó a galope tendido. La muchacha iba junto a él. Doblaron un callejón a toda carrera y tomaron el camino de la quebrada al lado norte del río. La noche continuaba oscura. Adelante encontrarían el frente liberal, pero por allí no se disparaba, pues el grueso del ataque se concentró por la calle central. Cuando estuvieron cerca, Robles le advirtió:

—Cúbrete bien y no hables.

Era una peligrosa carrera porque esa madruga-

da de febrero continuaba tercamente oscura.

—¡Alto quien vive!

—¡El partido Liberal! ¡Informes para el General Herrera!

—¡Adelante!

—¿Tan los godos patitas pa qué te quiero, eh [illegible]

CAPITULO XXVIII

Trote largo. Los corceles resuellan vigorosamente. En un tramo el camino es calcáreo y los cascos suenan metálicos. Ya debía clarear la derecha del cielo; sin embargo, persiste la oscuridad. Febrero, malhumorado, queda siempre tendido hasta bien entrada la madrugada.

—El día nos sorprenderá antes de llegar a Capellanía. Es peligroso continuar hacia allá. En cuanto vadeemos la quebrada del Espino, cortaremos hacia el norte, porque la línea liberal del Espavé ya debe estar entrando también a Pocrí.

A unos doscientos metros divisaron el Paso del Espino. Era una atractiva reunión de árboles inmensos. Pronto se adelantaron por una especie de cañón.

—Entramos al Espino —advirtió Robles.

Daba la sensación de que se entraba en la tierra. El sendero de carretas, lleno de baches y zanjones, corría entre altos barrancos. A uno y otro lado crecían árboles inmensos, rastrojos tupidos, enredaderas tejidas en las copas de los vegetales, afianzando mucho más la oscuridad. Los animales iban inseguros, tanteando, paso a paso, el camino. Nada era visible. Por todas partes se escuchaban ruidos extraños —voces de pájaros noctámbulos— que crispaban los nervios.

Llegaron al fondo de la vertiente: un amplio lecho de arena fina. Los caballos, sudorosos, pegaron la nariz al suelo olfateando agua, pero la tierra solo tenía humedad de rocío.

—Es la "madrevieja". Esta quebrada se seca en verano.

Ester solo miraba, metida en la capa hasta los ojos.

—Sigamos, que pronto será de día. Si nos divisa un rojo estamos perdidos.

Continuaron por el oscuro túnel vegetal. Zanjas, barrancos, peñas, resuellos de animales, músculos tensos. Cincuenta metros más y estuvieron a la intemperie. Iniciaban una carrera franca cuando Robles frenó: allá, a lo lejos, avanzaba un grueso pelotón de soldados y jinetes.

—¡Regresemos a la madrevieja!

Ya en el lecho de la quebrada, siguieron el cauce hacia el norte; avanzaron unos quinientos metros y desmontaron. Robles tomó a Ester de una mano, desandando gran trecho. En un grato recodo de la madrevieja —blanca arena bajo una mata— se detuvieron.

—Sentémonos, Ester. Hay que aguardar.

Pronto sintieron muy cerca las voces de los soldados. Entraban por el cañón. Las cacajadas resbalaban intactas, íntegras las blasfemias y los tonos bajos. Ester estaba muy cerca de Robles, sus grandes ojos asustados y un ligero temblor en las manos.

—¿Miedo?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Pronto nos libraremos de todo ésto, Ester.

Ella lo miraba como si no entendiese o le hablaran desde muy lejos. Y luego, cuando pareció salir de ese letargo, la sorprendió un llanto profundo, lleno de nervios.

—¿Pero Ester, qué sucede?

Lloraba desconsoladamente.

—¿Estás herida? ¿Sientes dolor? ¿Cuéntame, por favor; qué te sucede?

Robles le acarició el cabello con dulzura, mas Ester, con una violencia inexplicable, le apartó la mano.

—¡Suéltame!

Robles la miró, sorprendido. Persistía ese llanto desconsolado, al cual no hallaba explicación.

—Ester, cuéntame qué te pasa.

—¡Nada!

—Pero no ves que...

—¡Nada!

De pronto, casi que con la salida del sol, se encendió un violento tiroteo y todo indicaba que el combate se había reiniciado. Gritos y petardos apuraron la madrugada.

—¡Contra-ataque; Castro contra-ataca! ¿Pero, será posible?

—¿Qué? ¿Qué, Rafael?

—Amada mía, Castro contra-ataca. Pero eso es un crimen. Sus defensas están rotas, sus cuadros deshechos; ¿pero ese hombre está loco?

El fuego del combate arreciaba. Era claro que los liberales habían sido sorprendidos y se retiraban. Sus voces se oían más cerca. El frente se aproximaba al escondrijo de ellos.

—Habrán notado mi ausencia —dijo Robles con una profunda angustia en el rostro.

—¡Desertor! —dijo Ester, como para sí misma.

—Calla, calla, no digas sandeces.

—¡Ja...! ¡ja...! Desertor... desertor... Si Castro triunfa...

—¡Calla! Perversa, despiadada, calla o...

Robles levantó peligrosamente la mano sobre el rostro de Ester. Estaba pálido, lleno de fiebre,

con un miedo atroz en las pupilas. Un fragor inesperado se sintió muy cerca. Ambos quedaron en suspenso. Tropas frescas de Herrera avanzaban hacia el frente de batalla. Iban presurosas. La silenciosa madrevieja estuvo llena de ruidos. Soldados pasaban... pasaban; era un refuerzo considerable que Castro no había previsto.

—Loco. Insensato. Castro debió capitular —dijo Robles, alentado con el paso de los contingentes— Ester, no me dejes... Ester, yo te amo...

—Pero Teniente...

—No me llames Teniente; detesto todo, todo. Teniente... Teniente...

—Ayer le gustaba...

—Ayer y hoy son mundos muy distintos.

—Sobre todo si Castro triunfa en el combate de Aguadulce.

Había una extraña satisfacción en el rostro de Ester.

—¡Imposible!

Cambiando repentinamente, Robles prosiguió:

—Pero Ester, todo lo hice por ti, tú eres la culpable.

—¿Yo? Pero acaso no sabes que todo el tiempo he sido liberal, que ruego a Dios que no viva un solo godo, que esa palabra desertor, me duele, me hiere de un modo que no puedo explicar.

—Ester, no me dejes, por favor...

—Apártate. Eres tan cobarde como todos ellos. Solo ríen cuando comandan un pelotón de fusilamiento.

—¡Ester! ¡Ester!

—¡Desertor!

A lo lejos, el combate tomó violencias de candela en pajonal. Y como si la empujara el norte, la voz de la fusilería se fue alejando por los caminos del sur.

CAPITULO XXIX

Es una mujer cansada. Los brazos sobre la muralla, mira al mar. Su rostro es conocido. Esa manera de posar los ojos dejadamente, ese modo de dardear la lejanía, nos recuerdan tiempos pasados. ¿Pero, está cansada? Tal vez no. Quizá solo sea una fatiga pasajera. Un poco de desorden hay en su cabello, ya sin encanto del azabache. Su cuerpo, perdida la altivez primaveral de otras jornadas, sigue hablando de una euritmia embriagadora, guarda el eco de promesas vírgenes, lleno todavía de noches mansas, noches inabordadas. ¿Qué busca sobre la densa soledad marina esa nostálgica figura? ¿Qué diálogo sutil oye en la tarde? ¿Fantasmas de otros tiempos le conversan? Abajo, tranquila, está la mar, rota la frente por brechas de un sol en ocaso. La mujer tiene un ligero movimiento; toda distancias, adelanta unos pasos, y nuevamente se dobla sobre la muralla. Es como si le atrajera esa vida frustrada del Océano: ese rodar y gemir sobre las mismas dimensiones, el pálido paisaje de las playas. Algo de eso hay en ella: rastros de frustración.

Desde la cárcel cercana de Chiriquí llegan voces. Pero ella no escucha. A su lado, de vez en cuando transita un centinela o pasa un muchacho.

Por una de las calles de la ciudad que em-

pieza cerca, desemboca un hombre de pesado andar. Su contextura es fuerte, pero parece extenuado. Hay una ligera inclinación cuando afianza la pierna derecha. Camina también hacia la gruesa muralla que retiene al mar. Es un cazador de recuerdos. Husmea en el aire pasajes conocidos. Busca palabras, mira todas las cosas con dolor; pide a la tarde, con ojos cósmicos, algo como una explicación.

De pronto, descubre en su sendero a esa mujer lejana. Hay una expresión de espanto y asombro en su cara. Luego sonríe como aquél que ha materializado un recuerdo o padecido una alucinación. Mira fijamente; quiere andar más veloz, pero la pierna se resiste. Tiene los ojos prendidos en esa imagen serena y cautivadora. Muy cerca ya, se detiene, el rostro se aviva con gestos indescriptibles. Por fin logra gritar, pero su voz se queda corta:

—¡Ester! ¡Ester!

Ella, perdida por viejos caminos, tuvo la certidumbre de que la llamaban. Y sonrió ¡Cómo es de vivo y poderoso el recuerdo! Hubiera dicho que, no muy lejos de allí, una voz, un acento amigo, la llamaba. Pero solo eran sus deseos, apenas la presencia del pasado.

—¡Ester! ¡Ester!

Tuvo miedo; esa voz era muy viva. Esa voz la tocaba. Lentamente, con gesto involuntario, volvió la vista. Ese hombre allí parado, esa manera fija de mirarla, ese rostro... pero ese hombre...

—¡Ester!

—¡Antonio, Antonio Bernal!

El caminó para estrecharle la mano, pero ella le echó los brazos al cuello y escondió en su pecho un llanto que no podía contener.

Luego, cuando consiguió calmarse, habló:

—¡Antonio, Antonio, Victoriano ha muerto!

El la miró con los grises. Con voz muy queda replicó:

—¡Victoriano Lorenzo ha muerto!

—Antonio, mira, mira, allí no más, esas manchas de sangre en la tierra parecen conversar.

—Ester, hace días ando como loco; no puedo conciliarme con la idea de este crimen.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi vida está llena de fusilamientos! ¡Bárbaros! —exclamó Ester llena de furia.

—¡Lorenzo ha muerto! —Bernal, volviéndose hacia ella, prosiguió—: Ester, me parece verlo todavía... Cuando supo que Castro te había hecho prisionera, se adelantó al Ejército para rescatarte. Recuerdo bien que me invitó. Yo no quería acompañarle; le temía un poco. No pudo llegar hasta tí. "—Castro tiene a la niña Ester. Castro tiene a la niña Ester—", solía decirme constantemente. Después intentó penetrar a la población para traerte con él, pero Herrera no se lo permitió: estábamos en los umbrales del combate de Aguadulce y Lorenzo era General comandante de la Séptima División. Luego fue en la misma lucha: solicitó a Herrera el más serio compromiso de la batalla: apoderarse del cerro del Vigía, guardián del puerto de Aguadulce. No lo olvido: sus cargas salvajes dejaron corta a la formidable embestida del General Julio Plaza sobre Pocrí. Peleaba al descubierto; matorral por matorral; las isletas lodosas se teñían con la sangre de los bravos. Había en el tiempo un imperativo inolvidable: la marea. Era preciso tomar el cerro antes de la llena. Suya fue la idea. La montaña ardía como un mechón de cabello seco. Tras las llamas, él y sus hombres: rifles, machetes, gritos y corazón dispuestos. Fue una sorpresa para los godos:

llenos de espanto soltaban las armas y corrían ladera abajo, trastornados, hacia los vencedores, hacia las llamas. Muchos, ciegos por el humo, se lanzaban al abismo que corta al cerro abruptamente por el norte. Antes de que la marea regresase, el Vigía estaba en manos liberales.

Bernal hizo una pausa y continuó:

—Creo que en su ánimo estaba el avanzar inmediatamente sobre Aguadulce y yo diría que solo por tí. Pensaba que eras una niña que necesitaba protección. Pero Herrera había dado órdenes a Porras de mantener segura la posición. En esa misma jornada llegaron dos ordenanzas suyos; uno llevó razones a Herrera y el otro a mí.

—"Capitán Bernal —dijo— el manu pregunta que quí ay de la niña".

—Nada pude responder: era imposible saber tu paradero. Tuve noticias de la casa en que te mantuvieron presa: yo personalmente busqué con ánimo de encontrar un papel, una pista que nos dijera algo. Pero nada. Nadie sabía. El día del combate te vieron; fue la última noticia. Llegamos a pensar que tal vez habías muerto, pero esto resultaba difícil de creer. A él, Ester, le preocupaba mucho tu suerte.

—Luego fue la marcha a Chiriquí. Lorenzo, con sus batallones, quedó patrullando las provincias centrales para no dar descanso al enemigo y evitar que consolidara posiciones. Durante meses no tuve noticias suyas. Nos encontramos de nuevo en el sitio de Aguadulce. Y yo me pregunto, Ester, ahora que veo en el suelo su sangre, por qué no se le quiso. Difícilmente hubo en la Revolución soldado que prestara mejores servicios que Victoriano Lorenzo. Y, sin embargo, allí está, porque así lo quisieron los políticos.

Antonio se contuvo y por momentos pareció que

un gran cansancio lo vencería, pero notando la ansiedad que sus palabras despertaron en Ester, continuó.

—¿Qué hubiera sido de nosotros en Aguadulce sin la ayuda de Lorenzo? Todavía estaríamos, los ojos abiertos, los nervios crispados, tendidos en los llanos de Palo Solo, Pozo Azul, Pueblo Nuevo, en los rastrojos de la Albina. Lo recuerdo con increíble claridad, Ester. Nuestras avanzadas divisaron al enemigo pasado el Santa María. Noche a noche nos acercábamos con lentitud, a campo raso. En las alturas de la Loma hicimos un alto, pero esa noche continuamos arrastrándonos por el llano. Al amanecer estábamos a la vista de la población. Entonces fue fácil escrutar las formidables defensas levantadas por el enemigo. Paso a paso nos aproximamos ante sus propias barbas. Era emocionante, Ester. Miles de hombres avanzando metro a metro, y otros miles, arma en ristre, la mirada atenta aguardando la orden de fuego. Morales Berti esperaba una carga de valientes como la que nos dio el triunfo en ese mismo lugar en febrero anterior; por eso había tomado todas las precauciones de defensa y mantenimiento. Pero los propósitos de Herrera eran distintos: íbamos a sitiar a lo mejor del Ejército Conservador en el Istmo. La mañana siguiente encontró nuestras líneas a mil y a quinientas yardas de su línea de fuego. Poco a poco se iba completando el cerco. Y así, mientras batallones enteros abrían trincheras, levantaban barricadas y tendían alambradas Lorenzo —y eso nadie se lo explica— cruzaba las defensas enemigas, entraba al pueblo, derramaba latas y pilas de miel, se traía el ganado de las huertas y de las lecherías ante sus propias narices. No fue una vez. Sucedió en varias ocasiones. De noche oíamos tiroteos ce-

rrados que no eran hacia el frente y todos sabíamos que disparaban a Lorenzo. Luego regresaba, ante la admiración de todos, vaqueando sacas enteras, cargado de sal que arrebataba al enemigo. Así fue posible el sitio. Porque cuando el cerco estuvo terminado, un cerco de fuego, alambradas y zanjas, el enemigo estaba sin alimentos. Nuestros cañones, emplazados ocho en Pozo Azul y ocho en la línea de Pocrí, aguardaban la orden de empezar.

—"A las doce del día 2 de Agosto de 1902, rompimos el bombardeo. En uno de los cerros del Vigía, Vaca de Monte, se instaló el más poderoso cañón, a tres mil trescientos metros de Aguadulce. El 3 de Agosto comenzó a funcionar con precisión aterradora. Las noches, Ester, eran días. Tensas, nerviosas. Pegado el ojo a la mirilla del fusil. Atentos a cualquier ruido.

—"¿Oíste?"

—"Sí".

—¿Ves algo?".

—"No".

—"Avisa".

—"No tengas miedo".

—Estos diálogos avivaban las sombras de esos llanos de la muerte. Por todas partes había tiradores apostados, cazando los más ligeros movimientos. Allí gané esta cojera de la pierna derecha.

—Ellos estaban hambrientos. Nada tenían para comer; Lorenzo había limpiado su despensa. Cuando consumieron los últimos caballos, todos vimos cómo, una a una, caían las palmas. ¿Recuerdas aquellos palmares de Aguadulce? ¿Recuerdas que se erguían como centinelas atalayando la llanura? Nada de eso queda, Ester. El pueblo semeja un huerto abandonado. Las palmas rodaban

y seguramente a la muerte de cada vegetal seguía el festín suicida de palmito y miel. Sí, Ester, es inconcebible en estos tiempos. Al final solo tenían, para alimentarse, suela de zapatos, y miel. Luego fue la mortandad; la disentería colectiva. La gente se acostaba en los portales para no levantarse más. Los habitantes se arrojaban al suelo, a las calles, enfermos, hambrientos, cadavéricos. El 28 de Agosto, día de la capitulación, entramos para contemplar el cuadro más horripilante, las escenas más tétricas de esa guerra estúpida y miserable, que vivimos por tres años. No volví a ver a Lorenzo. A mediados de Agosto, Herrera le ancargó dirigirse a las inmediaciones de Panamá, San Carlos y Antón, para cubrir la retaguardia e impedir desembarcos del gobierno por esos sitios.

Bernal permaneció silencioso unos segundos; luego prosiguió:

—¿Y tú Ester, qué te habías hecho? ¿Qué hacías en este lugar, tan pensativa...? Ester, hay nostalgia y dolor en tu rostro...

—¿Yo...? ¿Qué iba a hacer...? ¿Qué puedo hacer...? Sí, hay tristeza y dolor en mi rostro, pero en ¿qué rostro sincero no deja el sufrimiento huellas? Vivir... Gozar... Ja... Ja... ¿Sabes qué buscaba esta tarde aquí, junto a la sangre de Lorenzo? No, no buscaba, no sé. Sencillamente que me parecía verlo llegar con las manos llenas de palomas para la niña Ester. Hay un momento crucial en toda vida, un instante supremo para decidirse. Pero la mía Antonio, no ha tenido siquiera el encanto de la alternativa; no resta el consuelo de que pudo ser mejor. Algo me empujaba, me arrastraba incontenablemente, algo que se ha consumido en mí, no sé cuándo ni porqué. Antonio... yo soy una mujer vencida, soy un recuerdo agóni-

co de un tiempo que poblamos sin vivirlo. ¿Ya, qué aguardamos aquí frente a la tarde? ¿Acaso aún arden esperanzas en ti? ¿Queda espacio en tus pupilas para mirar a los hombres?

—Ester —dijo Bernal tímidamente—, tú buscabas algo, aguardabas a alguien.

—¡Sí, capitán Antonio Bernal, ¡sí! Aguardo el espíritu de Victoriano Lorenzo. Tenía la convicción de que en el crepúsculo, esta plaza, estas paredes mudas, se llenarían con el trueno de los fusiles asesinos; y entonces, de esas manchas de sangre que parecen conversarnos, Victoriano Lorenzo despertaría para explicarle a "su niña Ester", para decirle su opinión sobre los hombres, para hablarme de su muerte. Pero ya sé que es inútil. Antonio Bernal: estas paredes son mudas y este amplio recinto lo visitan vientos caminantes que no se pueden detener. Y con la voz de Lorenzo corren, como perros hambrientos, los gritos de sus verdugos.

Ester calló para mirar hacia el Ancón lleno de sol; luego continuó:

—Antonio, son sucesos frescos en mi memoria, me parece que fue ayer. Durante el combate de Aguadulce mi última ilusión se consumió. Me hallé sola, abandonada, sin amigos y sin esperanzas. Entonces tuve asco de todo, quise divorciarme de una vez para siempre con al pasado. Me vine a Panamá. Pero todo era infructuoso: mi existencia estaba rota. ¿Para qué vivir? Era una fugitiva, una prófuga de mí misma. Antonio, es duro vivir cuando no se ama la vida. Mis días se dilataron, los meses se hicieron eternos, hasta que, por fin, empezaron a correr rumores de paz. En seguida lleneme de optimismo. ¿Por qué no comenzar nuevamente? Pensaba en ti, Antonio, en Victoriano, en Chefa, en la vieja casa grande,

en... —Ester escondió la mirada en la mar serena. Y llegó el 21 de Noviembre de 1902. Se sabía en toda la ciudad que, desde el 19, el General Salazar y Vásquez Cobo conferenciaban con Herrera, Lucas Caballero y Eusebio A. Morales, a bordo del acorazado norteamericano "Wisconsin". Discutirían los términos del tratado que pondría fin a la guerra. Esa tarde del 21 una abigarrada multitud aguardaba en "La Marina". Cuando Salazar puso pie en tierra, lo saludó una ovación general; el entusiasmo de todo un pueblo cansado de pelear.

—Esa noche los chinos quemaron cohetes nunca antes vistos; las muchedumbres inundaron las calles, las bandas de música tocaron el himno nacional. Por todas partes se gritaba a coro: —"Cesó la horrible noche"; "Cesó la horrible noche". Era un día de júbilo desbordante. La ciudad no durmió, y, al amanecer, los petardos aún acompañaban el jolgorio popular.

—Al día siguiente hubo una manifestación patriótica que se detuvo bajo los balcones del Palacio de Gobierno. Antonio: yo, sin quererlo, me llenaba de optimismo, de confianza. Y hasta llegué a alegrarme. Luego supe que Salazar y otros oficiales habían partido hacia Aguadulce a recibir de manos de Herrera —según el tratado— el parque liberal.

—Hay una sucesión violenta de incidentes que no me explico. Cierto que aquí se hablaba mucho de Lorenzo; tal vez Victoriano era una de esas interrogantes que dejaba la guerra. La verdad es que todas las mentes conjeturaban acerca de él. De pronto, se informó que el Indio Lorenzo venía prisionero en el "Bogotá". ¡Imagina, Antonio, mi asombro! ¡Lorenzo preso! Me pregunté mil veces

el porqué. Pero era tonto: no hallaba una respuesta sensata.

—Creo que fue a principios de Diciembre. "Llega el Indio Lorenzo en el Bogotá,. Traen al Cholo preso" Piensa tú, Antonio, en aquel espectáculo chocante. Toda la población sobre la bahía, en la Marina, en la muralla, en los balcones, sobre. los techos; un día de fiesta. Yo iba a todas partes, preguntaba a todo el mundo, pero nadie me respondía. Contaban horrores, repetían falsedades, y todos gozaban en la descripción del más grande criminal de todos los tiempos. Regresé a casa angustiada por terribles presentimientos. Pero en medio de todos mis temores, yo confiaba en la razón de los hombres, en la fuerza de elementales principios de justicia, los creía hartos de sangre...

—Lorenzo no bajó a tierra; permaneció prisionero en el "Bogotá". Se decía que lo iban a ahorcar, que una cláusula secreta del Tratado pedía su vida. Yo nada podía hacer; deambulaba por esas calles de Dios preguntando, solicitando audiencias, pero nadie me oía o nadie era capaz de responder. Una tarde tropecé con un soldado, un tal Láscides López, Mayor del Ejército Revolucionario, quien, lleno de arrepentimiento, me dijo que él algo tenía que ver con el apresamiento de Victoriano.

—"Señora —me dijo, hablando como si declarara ante un Consejo de Guerra. Se notaba que de tanto relatar la historia repetía fielmente cada palabra —Me encontraba yo como segundo Jefe del Batallón 'Vencedor', encargado del mismo, al frente de la plaza de la población de San Carlos, a la cual llegaron también los Generales Plaza, Buendía y otros, entre ellos el General Victoriano Lorenzo con su división. Tenía bajo mi cuidado las

armas y parque depositados en la Iglesia del lugar, cuando recibí del General Plaza, como a las 8 ó 9 del mismo día de la capitulación, la orden de vigilar la casa donde se encontraba la comandancia de dicho jefe, en la cual dormía el General Lorenzo, con la instrucción de avisarle en la comandancia del General Buendía, cuando el General Lorenzo despertara.

—¿Pero a qué se debía esa orden? —pregunté.

Encogiendo los hombros, respondió:

—"Señora, no sé. En cumplimiento de la orden recibida, dispuse que una compañía vigilara la casa indicada. A las tres de la madrugada, hora en que despertó el General Lorenzo, fui a informar al General Plaza, quien inmediatamente vino conmigo hasta donde se encontraba aquél. Una vez allí, y después de un rato de amistosa conversación, salieron juntos en dirección del cuartel del General Lorenzo. Pero ya, antes, en privado, el General Plaza me había ordenado seguir con la compañía que había estado en la vigilancia expresada para que hiciera rodear el cuartel del General Lorenzo y para cercar todas las boca-calles cercanas, con consigna de no dejar salir al General Lorenzo, porque quedaba en calidad de prisionero. Al llegar al cuartel ellos departieron unos instantes. Luego el General Plaza se retiró. Yo cumplí las órdenes recibidas y, en la mañana de ese día, advertido por las instrucciones que se habían impartido de manera sigilosa, y con el presentimiento de que el General Lorenzo estaba en serio peligro, me dirigí a donde una conocida dama de esa localidad para manifestarle que el General Lorenzo se encontraba prisionero, y que yo deseaba que ella le hablara para ver si quería tomar alguna determinación sobre el particular. La respetable y amistosa dama, se avistó con

el General pero nada pudo conseguir: que no le preocupaba en absoluto el procedimiento usado contra su persona, ni abrigaba el menor temor por su prisión, toda vez que tenía su conciencia perfectamente tranquila y la cabal satisfacción de haber cumplido sus deberes para con la patria y el partido. El General Lorenzo jamás creyó que pudiera pasarle algo grave.

—"Perdidas las esperanzas por ese lado, hablé al comandante Mosquet, quien pertenecía a la división del General Lorenzo haciéndole la misma insinuación que había hecho a la honorable dama de quien he hablado. El comandante Mosquet se entrevistó también con el General: recibió la misma respuesta.

—"A pesar de todo lo dicho, y convencido ya de que el General estaba en difícil situación, me dirigí personalmente a él exponiéndome a que se me siguiera Consejo de Guerra, y le informé que el único que disponía de fuerzas allí era yo; que tenía a mis órdenes, por ausencia del primer jefe, un batallón integrado por ciento veinte hombres bien equipados; que estaban, además, bajo mi control todas las armas y el parque depositado en la Iglesia; que yo estaba dispuesto a salvarlo a toda costa, y que si él quería, podía armar todas las fuerzas que estaban en el pueblo para sacarlo de allí de cualquier manera. Agregué que una vez fuera de la población, él podía tomar el mando de las fuerzas y disponer lo que debía hacerse. Inútil resultó el empeño; el General se negó a todo, insistiéndome en que estaba de lo más tranquilo; que a él nada podía sucederle puesto que no había incurrido en faltas ni delitos de ninguna naturaleza: que después de ser libertado marcharía a la Negrita para arreglar sus asuntos personales y que luego iría a Nicara-

gua, donde pensaba descansar de los trabajos sufridos durante la guerra.

—"Dos días después llegó al puerto de San Carlos el vapor 'Bogotá', y el General Lorenzo fue embarcado apresuradamente".

—Yo, Antonio —prosiguió Ester—, le pregunté a López varias veces si algo motivaba el arresto. Me dijo que no sabía nada concreto; que tal vez tenía algo que ver con el hecho de que algunos hombres de la división de Lorenzo, borrachos, se rebelaron por la capitulación. Pero fue cosa de momentos, porque el mismo Lorenzo los sometió. ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Acaso Herrera, luego de utilizarlo, lo despreció? ¿O tal vez le temía? Aquí, aquí mismo, el 24 de Diciembre en la noche, corrió la noticia de que se había fugado del "Bogotá". La mañana siguiente, sin dificultad, lo encuentra un soldado en la casa del General Domingo González, en calle 14 Oeste. ¿Es eso una fuga? ¿Hay allí intento o siquiera deseo de escapar? ¿No se ve a las claras una treta burlada? ¿No trashuma todo un tragicismo barato, no te recuerda una vulgar zarzuela...? Pasaron los meses de Diciembre... Enero... Febrero... Marzo... Abril... Se habló de crímenes, de saqueos cometidos por Victoriano; no era posible precisar a órdenes de quién estaba el prisionero. Los funcionarios transferían la responsabilidad, como si no quisieran mancharse las manos con sangre inocente. Un día, el siete de Mayo, ya no tuve dudas sobre el final de Victoriano. El Juez Superior del Distrito Judicial de Panamá, don Juan P. Jaén Maltés, dejó a la Comandancia General del Ejército, el conocimiento del juicio seguido a Lorenzo. Por esos días llegó, procedente de Bogotá, un tal Pedro Sicard Briceño, de sombría catadura a instinto sanguinario, para cuya

alma negra y depravada pido condena eterna, y acto seguido se dieron los pasos para constituír el Consejo de Guerra Verbal que había de condenar a Lorenzo. Consejo de Guerra, Antonio, porque según el mercenario Sicard Briceño, una frase —"estoy preso entregado por Herrera al Gobierno"— de una carta atribuída a Victoriano, y que no apareció en el juicio, lo privaba de las garantías concedidas en la Cláusula Quinta del Tratado. El 14 de Mayo, a las dos de la tarde se instaló el Consejo de Guerra, presidido por Esteban Huertas. Desfilaron testigos, ninguno de los cuales declaró haber presenciado los hechos atribuídos a Lorenzo. Decían conocerlos por referencias. Un señor Conte dijo que no le constaba, pero que le habían informado que tropas de Lorenzo habían asesinado a Trinidad Lombardo. Dionisio Quintero, otro declarante, oyó decir que, en Enero de 1901, el Señor Victoriano Lorenzo mandó fusilar al General Julio Rincón, por haberle encontrado unos papeles del Gobierno.

—"En fin, Antonio, una patraña vil, porque los testigos solicitados por Victoriano no pudieron comparecer. Así, esa noche, el Consejo lo encontró culpable de los crímenes del 'Pateón de Santa Fe', de 'Río del Caño', 'Chigoré', 'San Agatón', 'La Pintada' y 'La Vaquilla', condenándolo a la pena de muerte, y absolviéndolo de la acusación de robo. Al amanecer del día siguiente se le notificó el veredicto y se escogió la tarde para fusilarlo.

—El cuadro está en mi memoria con todos sus detalles: cerca a la rampla, de espaldas a esta muralla donde ahora conversamos, Antonio, estaba el patíbulo; una silla sobre el suelo provista de cuerdas para atarlo, detrás, una especie de foso, hecho con cajones llenos de tierra y soportes

pintados de negro. Sujeto en la parte posterior se veía un cartel, amarillo, con letras negras:

VICTORIANO LORENZO
Ajusticiado por varios asesinatos.
Panamá, Mayo 15, 1903.

—Era Antonio amigo mío, una fiesta de esas de que habla la historia bárbara, llena de sangre. La plaza, atestada de una multitud impaciente y consternada. El silencio era profundo y se oían las voces de la mar, esta misma mar indiferente que ahora vemos. Sonaron las cinco de la tarde. Tal vez la brisa era muy fría, pero densas nubes pardas fueron estrechando el cielo. Así, en el marco del crepúsculo, allá en el vientre del Cuartel, se escuchó un tambor a la sordina. El silencio iba cuadrando temores.

—Apareció, como una compañía de pájaros agoreros, la escolta. ¡Doce hombres que llenaban la plaza de pasos... pasos... pasos...! En el centro, un hombre bajo, menudo, de abundante pelo fuerte que se asomaba tras el sombrero, en un angosto saco nerviosamente abotonado. Caminaba seguro, la mirada perdida, estrujando un crucifijo sobre el pecho. El golpe de las olas era el mismo que escuchábamos, inalterable, erizante. ¡La tarde era gris! Para el tamaño de su coraje la plaza fue muy angosta. Le acompañaban, el Padre Bernardino, Superior de los Agustinos, y el Padre Fouyard, Rector del Seminario. La escolta se abrió en dos alas, y Victoriano avanzó, resuelto, hacia la muerte. Luego de oír la palabra de uno de los sacerdotes, apartó el sombrero, para tomar asiento. Alguien leyó:

—"Victoriano Lorenzo, natural de Penonomé, y vecino de Panamá, va a ser fusilado por varios

crímenes. Si alguno levantase la voz pidiendo gracia o de alguna otra manera tratare de impedir la ejecución, será castigado con arreglo a las leyes".

—Entonces, Antonio, en medio de un silencio escalofriante, que provocaba el grito rebelde, Victoriano se irguió y dijo algo que no pude oír completamente:

—"Señores: oíd una palabra pública: ya sabéis de quién es la palabra. Victoriano Lorenzo muere... a todos los perdono... yo muero como murió Jesucristo...".

—Fue atado a la silla, y cubiertos sus ojos con un paño negro. Los soldados de la escolta se cuadraron, a cinco pasos de distancia. Se oía el silencio, cuando unas campanas comenzaron a doblar. La brisa helada se alejaba temerosa.

—Un pañuelo blanco hizo la señal. Una descarga, y tras el humo un hombre herido de muerte inclinó la cabeza sobre el pecho. Hubo un movimiento de flanco; otra descarga; el herido volvió lentamente la cabeza; otra detonación y Victoriano intentó levantarse, abrió los brazos y murió .

—¿Luego, qué sucedió, Ester?

—Es terrible. La gente se fue dispersando en silencio. Muchos reclamaron el cadáver para darle sepultura pero fue negado. Al anochecer arroparon su cuerpo, tinto en sangre, sobre una carreta con paja, y, así, como carne mala de matadero, lo echaron al panteón. ¡Lo mataron... ja... ja... Cobardes! Benjamín Herrera, traidor miserable. Le temieron al pobre con razón. Les asustó la fe liberal de Victoriano. Temieron al liberalismo del Cholo que no sabía de transacciones ni de artimañas políticas. ¡Miserables!

Ester concluyó su relato vencida por un can-

sancio tremendo. Sus ojos estaban opacos; la brisa había dejado sobre la frente blanca un mechón de cabello. Su rostro, teñido por la palidez de una fatiga agobiante, guardaba los rastros de una renunciación definitiva. Se tornó, lentamente, para esconder la mirada en las aguas llenas de sangre.

—Ester, ya el sol se oculta. Volvamos a casa.

—¿A dónde?

—¡A casa!

—Ja... ja... capitán Antonio Bernal...

Antonio no permitió que siguiera hablando. Le asió el talle con dulzura y la obligó a caminar. Habían adelantado unos pasos, cuando en su camino se cruzó un borracho. Vestía un viejo uniforme, descolorido y roto. Llevaba un sombrero de fieltro en la mano y su cabello estaba irremediablemente enredado sobre la frente. Se detuvo ante los caminantes, levantó el rostro, inciertamente, y miró. Hubo un parpadeo ligero en su mirada, se limpió los ojos alcohólicos con el dorso de la mano, y volvió a clavar la vista. Era como si contemplase recuerdos.

—¿Tú...?

—¡Teniente Rafael Robles!

Bernal, sorprendido, no atinaba a comprender.

—¿Has venido como vine yo, eh? —dijo. Sabía que alguna tarde tendrías que llegar. Esas manchas de sangre tienen una fuerza que no acepta explicación. ¡Ah, te esperaba Ester Becerra y López, te esperaba. Quisiera verte mejor, pero no; así es suficiente. Estás cansada, envejecida, ya no eres la perversa de mi juventud...!

—¡Desertor!

—Sí, desertor; sí, pero tú, él, todos nosotros somos desertores. Nuestro mundo terminó, y era preciso acabar con él. Mira y entenderás que

aquí no hay sitio para nosotros. Nos faltó coraje para morir a tiempo. ¡Desertor! No preguntas qué ha sido de mí desde aquella noche en El Espino. Poco importa: soy un borracho. Voy por la vida dando tumbos y no pienso detenerme; sería vano. Me alegra la muerte de Lorenzo; le acompaña la dicha de no ser un fugitivo como tú y yo, Ester Becerra y López... Ya el sol se desvanece. Voy a dormir mi borrachera de todos los días. Aquí, sobre este suelo, voy a reirme de esa caravana de recuerdos que me vigila.

Ester quedó un instante pensativa. Apartó el brazo de Bernal, distanciándose unos pasos; luego se volvió hacia ellos.

En el suelo, somnoliento, Robles; de pie, confundido, Antonio Bernal.

—¡Desertores!— gritó, dándoles la espalda.

—¿Ester... Ester, dónde vas?

—No me sigas.

—¿Pero, a dónde vas?

—¿Acaso lo sé? ¿Lo sabes tú? ¡Escucha: no tengo miedo a las luces del Farallón!

Bernal vio su cuerpo mojarse de sombra. Iba esbelta. No había fatiga ni cansancio en su paso. Tuvo la sensación de que reía. No muy lejos una corneta sonaba. Se oyó un ruido de fusiles. Después nada. Silencio.

En la noche, Bernal estaba solo.

—FIN—

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Diciembre de 1981
en los talleres de Italgraf, S.A.
Carrera 40 No. 16-24,
Bogotá, D.E. - Colombia.

